



UNIVERSIDAD APEC

EL HABLA DE LOS
HISTORIADORES
— Y OTROS ENSAYOS —

Andrés L. Mateo

EL HABLA DE LOS HISTORIADORES
Y OTROS ENSAYOS

Andrés L. Mateo

Mateo, Andrés L.

El habla de los historiadores y otros ensayos (Discurso de ingreso de Andrés L. Mateo a la Academia Dominicana de la Lengua). – Santo Domingo : Universidad APEC, 2010, 164 p.

ISBN : 978-9945-423-19-8

1. Lingüística 2. Teoría de la literatura 3. Historiología 4. Teoría de la historia 5. Crítica literaria 6. Literatura dominicana 7. Ensayos dominicanos I. Título

410.1

M425h

CE/UNAPEC



UNIVERSIDAD APEC

Título de la obra:

El habla de los historiadores y otros ensayos

Andrés L. Mateo

Primera edición:

Septiembre 2010

Composición, diagramación y diseño de cubierta:

Departamento de Comunicación y Mercadeo Institucional

Impresión:

Editora Búho

ISBN: 978-9945-423-19-8

*Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic*

JUNTA DE DIRECTORES DE LA UNIVERSIDAD APEC

Ing. Francisco Hernández
Presidente

Ing Antonio César Alma Iglesias
Vicepresidente

Ing. Pedro Pablo Cabral
Tesorero

Dra. Cristina Aguiar
Secretaría

Lic. Álvaro Sousa Sevilla
Miembro

Ing. Loraine Cruz
Miembro

Lic. Peter Croes
Miembro

Lic. Radhamés Mejía
Miembro

Lic. Isabel Morillo
Miembro

Dr. Rolando Guzmán
Miembro

Lic. Alejandro Fernández W.
Miembro

Lic. Juan Fco. Puello Herrera
Presidente de APEC

Dr. Luis Heredia Bonetti
Pasado Presidente

Ing. Héctor Fernández Fortuna
Director Ejecutivo de APEC

Dr. Franklyn Holguín Haché
Delegado Permanente del Consejo APEC
de Pasados Presidentes

Lic. Justo Pedro Castellanos Khouri
Rector

COMITÉ EDITORIAL

Andrés L. Mateo
Diógenes Céspedes
Carlos Sangiovanni
Manuel Núñez
Teresa Hidalgo
Giovanna Riggio
Reynaldo Paulino Chevalier

ASESOR

Mariano Lebrón Saviñón

ÍNDICE

Presentación del Rector.....	IX
El habla de los historiadores.....	15
Discurso de recepción de Andrés L. Mateo en la Academia Dominicana de la Lengua, por Diógenes Céspedes.....	35
La dominicanidad en los <i>Apuntes de un Viaje</i> , de José Martí...	43
Una lectura diferente de la quintilla del Padre Vásquez.....	59
<i>¿Por qué vino Pedro Henríquez Ureña en 1931?</i>	67
Anexos al ensayo <i>¿Por qué vino Pedro Henríquez Ureña en 1931?</i>	87
Anexo I:	
Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes.....	89
Anexo II:	
Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina Por Rafael Alberto Arrieta.....	93
Anexo III:	
Cartas de Pedro Henríquez Ureña a Max Henríquez Ureña y a Alfonso Reyes.....	111
Anexo IV:	
Otras cartas de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes.....	123
Anexo V:	
Recibimiento a Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo en el año 1931	131
Anexo VI:	
La escuela dominicana: su presente y su porvenir Por Manuel E. Suncar.....	147
Anexo VII:	
Pedro Henríquez Ureña y su patria la República Dominicana Por Pericles Franco Ornes.....	153

PRESENTACIÓN

UNAPEC vive orgullosa de la reunión de talentos que con especial dedicación ha logrado amasar en su seno, más que por mera vanidad, por el impacto que tiene en su calidad institucional, en su desarrollo como universidad de primer nivel y, asimismo, en la sociedad dominicana a cuya existencia superior dedica la suya.

En esa argamasa noble resalta la presencia de Andrés L. Mateo, decano de estudios generales de nuestra universidad.

Reconocido intelectual y escritor laureado, el doctor Mateo llegó grande a UNAPEC.

Su talento y su prestigio se le adelantaban, volaban graciosamente delante suyo, aquel día en que, hace ya algunos años, incrementando una antigua vinculación como docente, comenzó a ejercer delicadas funciones directivas, primero como director del departamento de español y luego como decano de estudios generales.

Durante su estancia entre nosotros, su estatura no ha disminuido ni ha parado de crecer y, por tanto, ha continuado desbordando buenamente nuestros linderos, nuestro tamaño.

El destacado escritor era profesor de nuestro decanato de artes y comunicación aún antes de marcharse a Cuba en 1989 a cursar su doctorado en ciencias filológicas en la universidad de La Habana, cuya tesis resultó en su magnífica obra *Mito y Cultura en la Era de Trujillo*.

Afortunadamente, esa relación continuó a su retorno, hasta hoy.

Recio intelectual, escritor extraordinario, es dueño de una prosa potente y hermosa y de una obra que se monta sobre nuestras realidades más esenciales, a las que, armado de un poderoso arsenal ideológico y creativo, critica y enfrenta.

Más todavía, pues aunque sabemos que es propia de los grandes, no deja de sorprendernos la agilidad con la que el estimado académico se mueve desde el espacio de un artículo periodístico hasta el de un ensayo y el de una novela y en todo caso deja la misma estela de la mejor calidad, una frente a la que cualquier letrado ve nacer naturalmente la envidia buena y cálida de llegar a escribir así alguna vez, aunque sean solamente unas pocas líneas, aunque sea brevemente y en otra vida.

No deja de sorprendernos su versatilidad. Es un verdadero pancraciasta del pensamiento y de la palabra, luchador ágil, elegante, fuerte, si bien en su caso es líder indiscutible en la *cuadra técnica* de Jack Veneno, ese personaje dominicano que viaja constantemente de ida y vuelta entre la realidad y algunas de las páginas más exquisitas sobre la dominicanidad, salidas, por supuesto, de su mano maestra.

La enjundia y profundidad, el poder y la belleza expresiva que usualmente es posible encontrar en los trabajos del doctor Mateo, son infrecuentes en las letras dominicanas.

Aunque, como he dicho, su autor tiene tiempo entre nosotros, *El habla de los historiadores y otros ensayos* es el primer libro suyo que publica nuestra universidad.

Algunos pares intelectuales y colegas en el quehacer institucional, se le adelantaron: Guillermo Piña Contreras, antiguo director de nuestro departamento de español, con su *Los intelectuales y el poder*, resultado de un fructífero coloquio en torno al tema, organizado por nuestra universidad hace

algunos años; Diógenes Céspedes, actual director del referido departamento y parte también de esa argamasa buena a la que he hecho referencia antes, con su *Max Henríquez Ureña en el Listín Diario (1963- 1965)*; y Mariano Lebrón Saviñón, asesor cultural de la rectoría, con su *Usted no lo diga y otros temas de lingüística*.

El habla de los historiadores y otros ensayos incluye *El habla de los historiadores*, el discurso con el que ingresara como miembro a la Academia Dominicana de la Lengua; el discurso de recepción como miembro de la referida institución, a cargo éste de Diógenes Céspedes; *La dominicanidad en los Apuntes de un viaje, de José Martí*; *Una lectura diferente de la quintilla del padre Vásquez*; y finalmente *¿Por qué vino Pedro Henríquez Ureña en 1931?* y en relación con este último tema, algunos anexos reveladores.

Cuatro ensayos, de los cuales sólo se habían publicado *La dominicanidad en los Apuntes de un viaje, de José Martí*, en el 2003, y *¿Por qué vino Pedro Henríquez Ureña en 1931?*, en el 2006, si bien en este último caso algunos problemas de edición hicieron que la misma fuera recogida, por lo que bien puede considerarse como inédito.

No me corresponde hacer la crítica de estos trabajos. Estas palabras han de ser tan sólo de presentación y, consciente de eso, no puedo evitar, sin embargo, decir que en ellos es posible reconocer la ya proverbial potencia cultural, filosófica e ideológica del laureado escritor y académico.

El habla de los historiadores, el ensayo que encabeza y del que toma su nombre el libro, resulta el trabajo más denso y en él su autor nos lleva con gracia y maestría por una tupida madeja conceptual en la que toca las diferencias entre el quehacer histórico y el quehacer literario, entre el discurso literario y el discurso histórico, en procura de responder las

preguntas que formula casi al inicio de sus palabras: “¿Cuáles son las diferencias entre la verdad de la historia y la verdad del arte? ¿Qué distingue a estas dos prácticas sociales que tienen a la lengua como materia prima?”. A partir de ellas realiza una larga y rica travesía tras los elementos que caracterizan el habla de los historiadores para concluir en que: “El habla del historiador irrumpe por ese minúsculo desgarrón por donde se nos escapa lo que hacemos y lo que decimos: soldando sus nudos de coherencia, su inserción en lo ‘real’. Ella es así, se le pide que revele y oculte, proyectando desde los acontecimientos todo el armazón del saber, y el poder, que su discurso de la verdad dice poseer”.

La dominicanidad en los Apuntes de un viaje, de José Martí, es un rico análisis sobre las notas escritas por *El Apóstol* cubano durante su último viaje a República Dominicana a principios de 1895, publicadas tiempo después, en 1932, bajo el título *Apuntes de un viaje*. En ellas el profesor Mateo subraya la idea que Martí se hizo en torno al “carácter del hombre criollo” y encuentra, más aún, “una semblanza de nosotros mismos, al cierre del siglo XIX, y particularmente a mediado de su década más convulsa”. Al autor lo gobierna el convencimiento de que en esos apuntes cobra vida “una dominicanidad que la historiografía dejaba fuera de sus páginas” y es derrotada “la falsa erudición positivista, que ocultaba en la contradicción entre civilización y barbarie, su rechazo al modelo del hombre campesino como base de la formación del Estado Nacional dominicano”.

Su conferencia *Una lectura diferente de la quintilla del padre Vásquez*, parte, por supuesto, de la famosa quintilla del sacerdote, Fray Juan Vásquez, un personaje del siglo diecisiete que “debe su inmortalidad en la historia dominicana a esas cinco líneas”, las cuales rezan: “Ayer español nací / A la tarde fui francés / A la noche etíope fui / Hoy dicen que soy inglés / No sé qué será de mí”. En la visión de nuestro

ensayista, esta quintilla “es una viñeta angustiosa de las vicisitudes de la dominicanidad por cuajar una identidad propia”. Objeto de múltiples análisis en el pasado por parte de historiadores y políticos, el doctor Mateo precisa el hecho, sin embargo, de que de ella sólo “se ha decantado exclusivamente el aspecto político”, por lo que se propone rebasar ese marco y hacer de ella una lectura más amplia y rica, novedosa por demás.

Por último, su trabajo *¿Por qué vino Pedro Henríquez Ureña en 1931?* tiene su origen en el hecho de que este viaje del insigne dominicano a nuestro país “ha constituido una fuente de discusión sobre su relación con la figura y el régimen de Rafael Leonidas Trujillo Molina”, por lo que se propone responder algunas preguntas que la ignorancia, la desinformación y la maledicencia han hecho relevantes: “¿Vino Pedro Henríquez Ureña al país como un acto de adhesión a la política autoritaria de Trujillo iniciada en el 1930? ¿Cuáles fueron las causas que lo llevaron a abandonar sus cátedras en la República Argentina, y regresar a la patria que había dejado treinta años antes, el 16 de enero de 1901? ¿Tuvo Trujillo la iniciativa de conquistarlo? ¿Cuál fue el papel de su hermano Max en su reclutamiento como funcionario del régimen? ¿Fue su gestión un caso de típica servidumbre intelectual, o hizo flotar el señorío de su altivez de espíritu en medio de la general abyección de la sociedad?”.

En los trabajos que integran el libro que UNAPEC pone en manos del amable lector, su autor nos coloca nuevamente ante un tema reiterada y afortunadamente presente en su obra -la dominicanidad-, trabajado en todo caso con la profundidad, la gracia y el tino, la maestría y la belleza a que nos tiene acostumbrados.

Tomada por el más auténtico espíritu universitario, conforme el cual las ideas circulan libremente y tiene plena

vigencia el *respeto a la diversidad* -así consagrado, además, en nuestro modelo educativo y académico-, UNAPEC celebra en estos días cuarenticinco años de fructífera andadura vital tras su decisión original de servir a la sociedad dominicana.

Satisfecha y feliz, se congratula también por publicar este nuevo título, *El habla de los historiadores y otros ensayos*, segura, absolutamente segura como está, de que la bibliografía nacional queda enriquecida y sus lectores satisfechos y agradecidos de haberles acercado tanta riqueza conceptual, tan bien estructurada, tan bien dicha.

Se une este título a una obra que, como la de Andrés L. Mateo, expresa las mejores tradiciones y valores ciudadanos, democráticos y nacionales y que, con la vida de su autor, son prenda y orgullo de la Nación dominicana.

Estas palabras las he dicho antes. Reiterarlas siempre es justo y oportuno, pero acaso ninguna ocasión mejor que ésta en la que por primera vez publicamos un libro suyo.

Justo Pedro Castellanos Khouri
Rector de UNAPEC

Santo Domingo,
agosto de 2010.

Andrés L. Mateo

EL HABLA DE LOS HISTORIADORES

(Discurso de ingreso de Andrés L. Mateo a la Academia
Dominicana de la Lengua)

Hablando en la Universidad de La Habana, Camila Henríquez Ureña explicaba la diferencia entre Historia y Literatura, aludiendo a un hecho narrado en *La divina comedia*, ese libro que escribiera Dante Alighieri pintando un cuadro patético de la Italia de güelfos y gibelinos. Toda Florencia conocía el caso del conde Hugolino, encerrado junto a sus hijos hasta su total extinción en la torre de un viejo palacio.

Se trataba de un acontecimiento que los historiadores registraban con minuciosidad, como parte de esa larga lucha que el pueblo italiano libró hasta forjar los caracteres del estado nacional. Pero las crónicas históricas no podían decir qué ocurrió allí dentro después que los carceleros tapiaron la puerta. La historia objetiva se detenía en las puertas mismas del desenlace, y sólo después que Dante escribiera su historia ficticia del infierno, la imaginación contaría a los italianos los sinsabores del conde Hugolino, condenado eternamente a morder la cabeza de sus hijos en el infierno, porque en la desesperación del encierro, mirándoles caer uno a uno, había comido de sus carnes para sobrevivir él mismo un poco más de tiempo.

Lo que Camila Henríquez Ureña pretendía enseñarnos con ese cuadro aterrador extraído de *La divina comedia*, atañe a los límites de uno y otro discurso. ¿Cuáles son las diferencias entre la verdad de la historia y la verdad del arte? ¿Qué distingue a estas dos prácticas sociales que tienen a la lengua como materia prima?

A la historia le era imposible atravesar esa puerta cerrada. La historia no puede sino clausurarse a sí misma en el instante en que los verdugos condenaron la puerta para que el conde Hugolino muriera junto a sus hijos. Hasta ahí llega el dato, de ahí no puede pasar la crónica certificada, más allá de esa puerta cerrada nada ocurrirá para el historiador. La literatura, en cambio, para inyectar en lo real la dimensión de la ficción desbordada, tenía que derribar esa puerta. Si la literatura se quedara en el umbral, si la ficción que

atraviesa el relato no edificara mundos imaginarios a partir de un hecho real, la muerte del conde Hugolino no hubiera pasado de un acontecimiento histórico, de una referencia que se explicaba en su relación de causa a efecto.

Pero aunque estas diferencias son fundamentales, ambas disciplinas tuvieron su origen en el relato.

¿Qué ocurre con el habla de los historiadores, entonces, que eludiendo sus viejas relaciones con el relato, se cree que hace la historia, al mismo tiempo que la narra?

¿Por qué el habla de los historiadores ha ocupado la seguridad memoriosa del documento, la escribanía; deshaciendo, aparentemente, el vínculo que ata la historia al mito?

En su libro *Teoría literaria y crítica de la cultura*, Wlad Godzich explica lo siguiente: “La historia se desarrolló como una disciplina a la sombra de un sistema de significación que concedía un valor especial a las explicaciones teológicas.”¹ Lo que quiere decir que el discurso histórico, en sus orígenes, tomó el relato como forma privilegiada. Aristóteles había advertido sobre el hecho de que la historia no era más que un discurso sobre las acciones, lo que fue conformando el modo particular, la especificidad que adoptaría el discurso historiográfico en la cultura occidental. Es necesario resaltar que Aristóteles dice “un discurso sobre las acciones”. Privilegiando las acciones que fluían del relato del historiador, lo narrado buscaba darle una explicación de causa y efecto a lo representado en la historia. Este relato teje un conjunto de acciones que son la materia prima de la historia, la trama; cuyo valor de significante reside en el hecho de que lo contado posee una clausura que da sentido a un desenlace, que explica un acontecimiento. Lo que realmente interesa

1 Wlad, Godzich, *Teoría literaria y crítica de la cultura*, Ediciones Cátedra, Madrid, España, 1998, págs. 72/ 73.

al historiador es la interpretación del devenir tal y como se manifestó en el pasado, y como proyecto de sentido este interés termina transformándose en el movimiento mismo de la historia. La historiografía existe porque hay una pasión por el pasado, y ella misma es una recuperación de la muerte. El historiador se puede comparar con un Edipo trashumante que escarba el cadáver de su propio padre. No hay historia sin necrofilia, esa sublime malla que se deshace tras la inclusión materna de lo silenciado, de lo encontrado, que se singulariza en el relato del historiador como un hallazgo. Sólo que ese pasado atraviesa por la lengua que lo narra y se transforma, convirtiéndose en presencia y conocimiento, en poder. En su famoso *Curso de lingüística general*, Ferdinand de Saussure advertía que “la lengua no está completa en ningún sujeto ni en ningún diccionario. No existe perfectamente más que en una masa social.”² Pero en el habla de los historiadores esa *masa social* de que habla Saussure se evapora. Ese discurso sobre las acciones de que hablaba Aristóteles, emana del historiador como si no fuera una percepción de los hechos, sino los hechos mismos. Sólo que toda habla es un mundo perceptivo, un mundo hablado. Y lo que ocurre es que este tránsito, de mundo perceptivo a mundo hablado, se realiza en el historiador sin que él mismo lo perciba. Cuando leemos un libro de historia, la palabra se va haciendo cada vez más autónoma, el historiador hace brotar los hechos de su verbo como si fuese un demiurgo, pero él está obligado a tener en cuenta ciertos límites que se derivan del imperativo de veracidad que la historia proclama en su morfología. La literatura, por ejemplo, lleva a un grado extremo esta autonomía de la palabra, porque en la literatura el sujeto narrador está completamente independizado de la figura del autor, y lo que el relato estructura como historia es siempre ficción, mundo inventado. El historiador se embriaga con uno de los absolutismos modernos de lo real: la noción heroica de la historia como ciencia, y el autor y el narrador

2 Saussure, Ferdinand de, *Curso de lingüística general*, Madrid, Alianza, 1994, pág.83.

son una misma persona. Además, su discurso se designa con un singular abstracto, aunque la historia es una pluralidad de prácticas concretas.

Es este espejismo lo que define el habla del historiador.

Al enunciar una proposición, la cual puede estar documentada, pero que se construye a través de la lengua, el historiador ha añadido la subjetivización a la producción de los significados perceptivos de la realidad. Porque lo que realmente ocurre cuando contamos algo es que proporcionamos ideas a la realidad, la transformamos mediante conceptos, la asimilamos utilizando palabras, signos y símbolos que nos permiten *inventar* la historia real. La lengua es siempre un modificador de la realidad. En el habla del historiador todo esto fluye desde un singular abstracto, que se ilusiona con creer que lo dicho, como territorialidad del relato, equivale a la historia misma, siendo ésta concebida como una fuerza capaz de provocar el movimiento efectivo. En este punto, el habla de los historiadores está ya muy distante de sus orígenes al lado del relato sagrado.

En dos largos capítulos de su libro *Lenguaje y poesía en Santo Domingo en el siglo XX*, publicado en el 1985, el doctor Diógenes Céspedes analizó el hecho de que el lenguaje de los historiadores dominicanos aparecía como un discurso de la razón, de la verdad y de la ciencia, y se preguntaba lo siguiente en este texto ya relativamente lejano: “Si asumimos que el primado del discurso es lo múltiple, ¿en virtud de cuál teoría implícita o explícita del sentido y de los hechos empíricos llega el historiador a creer que lo que ha escrito es la verdad? ¿En virtud de cuál teoría piensa él que la historia es ciencia? ¿En virtud de cuál ideología no le viene al espíritu, por la evidencia misma que tiene ante sus ojos, que lo que él manipula no son más que discursos, es decir, palabras puestas en un determinado orden por unos sujetos cuya característica fundamental es la de ser, en el orden de la vida, la contradicción

y subjetividad máxima?”³ Y más recientemente, refiriéndose al hecho de que la historiografía dominicana ha trabajado una aguda visión de la historia prescindiendo de la lengua, el profesor Manuel Matos Moquete dice, en su libro *La cultura de la lengua* que “cuando se lee algunas de las historiografías políticas, sociales, económicas, y hasta culturales de los historiadores dominicanos, causa extrañeza el hecho que la lengua sea la gran ausente en los acontecimientos narrados”. Y más adelante agrega: “Para el lingüista, el escritor, el hablante corriente, la lengua es ciertamente el modelo del sentido, de la percepción, del análisis y la comunicación de la experiencia. Pero el historiador, ignorando que, como señala H. Meschonnic, ‘la historia es sentido que se cuenta, palabras sobre acontecimientos reunidas en un cierto orden’, pretende que la historia no sólo es el espacio del sentido, sino lo que da sentido a todo, incluso a la lengua. Por eso, aunque ningún hecho histórico pueda ser aprehendido o narrado sin la presencia del significante constituido por la lengua, es común que los historiadores, al igual que el Estado, proclamen el ‘sentido histórico’, es decir un pasado dado como sustancia y contenido autónomo, original, que funda y justifica el presente y el porvenir.”⁴

La problemática que Diógenes Céspedes y Matos Moquete dejan sobre el tapete no es otra que la cuestión de cómo la representación histórica dominicana ha producido los modelos imaginativos de su devenir, sin que dialoguen la constelación de referencias que encarnan sus hechos y la lengua. Si la historia no es más que “palabras sobre acontecimientos reunidas en un cierto orden”, ¿cómo se puede construir una historiografía sin la lengua? ¿Cómo, si la lengua es el significante de la cultura, puede erigirse un “sentido histórico”, un sentimiento de pertenencia, que no la incluya?

3 Céspedes, Diógenes, *Lenguaje y poesía en Santo Domingo en el siglo XX*, Editora Universitaria, Santo Domingo, 1985, pág. 347.

4 Matos Moquete, Manuel, *La cultura de la lengua*, Edición de la Biblioteca Nacional, Santo Domingo 1986, pág. 16.

Desde Hegel la historia dejó de ser concebida como una emanación de un ser superior, en cuyos efluvios la humanidad fraguaba su destino. Esa criatura externa al ser concreto que el pensamiento de Emmanuel Kant cifró en la inmanencia, hizo que la concepción de la historia perdiera el sentido del movimiento. Para Kant la historia cumplía sus propósitos cuando arribaba a los fines que la propia naturaleza se daba. Esta idea provenía de la Ilustración, como todos sabemos, pero en Kant se convierte en un sistema de interpretación que juzga las acciones que se realizan en la historia, en la medida en que se alejen o se acerquen a las finalidades últimas que la naturaleza se ha dado como proyecto.

Es contra esta concepción de la historia que el pensamiento hegeliano reaccionó, creando esa famosa “Filosofía de la Historia” en la cual el espíritu absoluto se va desarrollando en su plenitud, colmando los diversos estadios de la humanidad. Para Hegel no hay ninguna otra forma de existencia del ser humano que no sea histórica, y la historia misma es un devenir desde el cual se expresa esa figura metafísica del espíritu pero en la que se pone al descubierto un escenario de luchas, confrontaciones, avances y retrocesos, que significan la constitución histórica de la humanidad, y el sentido del desarrollo que permite explicar progresivamente lo que la humanidad es y ha alcanzado. La historia es para él un escenario en el que se cumple un fin universal, como si la razón gobernara los fines de los actos humanos, pero a través de los actos particulares: “Debemos buscar en la historia un fin universal, el fin último del mundo, no un fin particular del espíritu subjetivo o del ánimo. Y debemos aprehenderlo por la razón, que no puede poner interés en ningún fin particular y finito, y sí sólo en el fin absoluto.”⁵

Sólo que Hegel ligó este devenir a las formas múltiples que el espíritu absoluto adopta en cada tiempo y espacio, e

5 Hegel, J.F.G, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, en *Lecturas sobre historia de la filosofía*, Edición Pueblo y Educación, La Habana, Cuba, 1973, pág.102.

incluso de manera diferente en un mismo tiempo y espacio; estableciendo que “el espíritu se explicita y manifiesta en las figuras multiformes que llamamos pueblos.”⁶ Y como para el pensamiento hegeliano el ser humano como categoría abstracta no existe, sino que lo que existe es un hombre y una mujer determinados, cuyo contenido y existencia están dados por el pueblo, sus principios universales se integran a la voluntad y a la actividad de los sujetos individuales en la historia. Así es como Hegel llega a postular la tesis de que en la historia universal y mediante las acciones de los hombres “surge algo más que lo que ellos se proponen y alcanzan, algo más que lo que ellos saben y quieren inmediatamente.”⁷ Hegel ilustra esta idea con la conocida imagen del hombre que en venganza por una ofensa incendia la casa de su enemigo, pero la casa de su enemigo estaba unida a otras casas que también se incendian, con lo cual la intención de la venganza se convierte a su vez en delito. Hegel, a mi modo de ver, instaura aquí la separación entre la historia y el relato, porque si el fin universal reside en los fines particulares y se cumple mediante éstos, es claro que el lado subjetivo, la conciencia -como él mismo dice-, no sabe todavía cuál es el puro y último fin de la historia. Un acto se puede convertir en la causalidad de otro, y así sucesivamente. La línea recta de este ideograma fue lo que llevó al marxismo a configurar su noción de la historia basada en leyes, en la cual el combustible de los cambios sociales, lo que movía los acontecimientos que propiciaban la superación de un estadio de la humanidad a otro, no estaba ya representado en el espíritu absoluto, sino en las confrontaciones de las clases sociales que se enfrentaban en el escenario de la historia.

La historia pasa a ser una fuerza, o conjunto de fuerzas, una ley, una ley capaz de explicar por sí misma el movimiento efectivo. En Hegel era el desenvolvimiento del espíritu

6 Hegel, J.F.G. Op. cit. pág. 103.

7 Hegel, J.F.G. Op. cit. pág. 127.

absoluto, en Marx el materialismo histórico, que asumía la inexorabilidad de los acontecimientos, incluso por anticipado. Más que un relato, es el cuerpo de la interpretación historiográfica el que se enreda en algunos de los dilemas del discurso histórico, convirtiéndose en cognición, en despliegue de lo descriptivo que da sentido a todo, incluso a la lengua con la cual se va desenrollando lo narrado. De Hegel a Marx la historiografía se blindó de determinaciones científicas. La ruptura con el relato es total, y los historiadores se empinaron sobre ese absolutismo moderno de lo real creyendo que su discurso era ciencia; separándose de esta manera de su vieja pariente: la literatura.

De aquellas historias sagradas que arrancan con la *Biblia*, poniendo en el centro la acción del verbo, pasando por *Las confesiones* o *La ciudad de Dios*, de san Agustín, hasta la concepción hegeliana que presupone una ley del progreso y la idea de que todo lo humano sea visto como una totalidad, la historia cambió la percepción de sí misma, y también su dependencia de la lengua para la construcción de sentidos. Entonces vio en la inmutabilidad de poder explicar un destino cumplido a partir de la representación de los acontecimientos del pasado, la prueba de su propia autonomía. Luego de la desaparición del naturalismo, tras la embestida del enciclopedismo francés, y la disminución considerable del prestigio de Dios, sólo quedaba la historia. Eso que Diógenes Céspedes y Matos Moquete llaman “espacio de sentido”, se refugió en la historia viniendo desde la teleología de lo sagrado, como algo ineluctable, autónomo; escamoteándole la eternidad al relato, hundiendo en lo inerte y lo opaco la blasfemia del porvenir.

Lo que ha sobrevenido es la discusión, y a veces la confusión, entre la verdad histórica y la verdad del arte. Hemos citado el deslinde que establecía Camila Henríquez Ureña entre los dos discursos, a partir de la historia del Conde Hugolino en la cultura italiana, y la recuperación que la ficción hace del

acontecimiento histórico, asumiéndolo y colocándolo en otra dimensión. Pero en la historia de la literatura dominicana hemos tenido modelos de producción literaria que han incentivado apasionadamente el debate entre la verdad del arte y la verdad de la historia. Uno de ellos, *“Enriquillo”*, de Manuel de Jesús Galván, ha propiciado lúcidos análisis entre estas dos prácticas. Enriquillo, el personaje, es un referente histórico. Su figura es una figura datada, documentalmente verificable, y los hechos que rodearon su imagen heroica forman parte de las crónicas históricas que se organizan junto al proceso de descubrimiento, conquista y colonización del mundo americano. En particular, dos cronistas contrapuestos lo sustentan: Fray Bartolomé de las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo. Proveniente del mundo objetivo, sembrado en las miles de peripecias e imagerías de la colonización en la isla, su leyenda se ha transfigurado por el efecto que la ficción ha impreso en la realidad. Y ha permanecido como un mito galante, sin importar, por ejemplo, el meticuloso desmontaje realizado por Fray Cipriano de Utrera en contra de su sustentación histórica.

Todos sabemos que *“Enriquillo”*, el de la ficción de Galván, es un libro que responde a las teorías que el romanticismo hispanoamericano elaboró, propiciando una valoración de las manifestaciones culturales de las minorías, como en el caso del libro *“Martín Fierro”*, de José Hernández, la más alta expresión de la poesía gauchesca; o la vuelta al indigenismo como forma de recuperar un parentesco exótico con una raza extinguida por la voracidad mercantilista de la empresa colonizadora. *“Enriquillo”* es, sin lugar a dudas, la más notable de todas las producciones literarias de esa corriente indigenista americana. Sólo que la propuesta de lectura del personaje Enriquillo, elaborada a partir del discurso de la ficción, ha sustituido de manera formal las consideraciones alrededor del personaje histórico. Después del libro de Manuel de Jesús Galván, las crónicas que delinean el marco de la historia objetiva en que Enriquillo realizó los hechos

históricos que lo consagraron, han pasado a ser documentos secundarios respecto del valor del héroe. No han importado los graznidos de Fray Ciripriano de Utrera, ni la polémica que rodearon sus juicios. Ni el meticuloso desmontaje a que lo sometió. La impronta del héroe la ha impuesto el discurso ficcional, y los escolares que repiten arrobados esa cadena de acontecimientos trágicos y gloriosos, que arrancan con “La matanza de Jaragua de 1503”, no pueden estar seguros de qué terreno pisan cuando los obligan a introducirse en las páginas del libro de Manuel de Jesús Galván. ¿Es la narración de Galván la verdad de la historia o la verdad del arte? ¿Cuáles son los valores ideológicos que Galván manipula para transmitirnos un personaje sublevado contra una forma de explotación despiadada que, sin embargo, reproduce nítidamente los valores hispánicos, vale decir del explotador? ¿Cuál es la separación entre el “Enriquillo” histórico y el personaje de la novela? ¿La cosmovisión del arte concurre en el “Enriquillo” a desnaturalizar la verdad de la historia, convirtiéndolo, idealmente, en su contrario? ¿Quién habla en el texto, el discurso del historiador o la ficción ideológicamente mediatizada?

Lo cierto es que no es posible leer a Manuel de Jesús Galván sin interrogar el habla del historiador, y sin deslindar los dos planos, el del novelista que se empina sobre la documentación histórica y produce la ficción, y el del historiador que se columpia en el fardo memorioso del documento. En el libro del profesor e intelectual Pedro Conde Sturla, “*Notas sobre el Enriquillo*”, son estos dos planos los que quedan al descubierto, es esa madeja sutil que envuelve el discurso del historiador con el mito, y que estuvo en los orígenes de la historiografía, lo que se disecciona. Nos dice Pedro Conde: “Enriquillo es una especie de canto a las glorias de la hispanidad y de la conquista. Solo superficialmente es la historia de Enriquillo. Pero la misma historia de Enriquillo es otra cosa. Vale decir: la historia de un proceso de aculturación interrumpido (cosa

que Galván deplora en el alma sinceramente).”⁸ Por eso, quien lee el libro del profesor Pedro Conde Sturla y vuelve a las páginas del “Enriquillo” de Galván, encuentra un nivel de interpretación diferente, como si estuviera leyendo un nuevo libro.

Un caso menos distante, y aún más polémico, es el del libro de Mario Vargas Llosa “La fiesta del chivo”. El personaje principal de esta novela es Rafael Leonidas Trujillo Molina, un absoluto que gravitó durante treinta y un años en la historia de los dominicanos, y cuya sola invocación nos introduce de inmediato en el debate. El primer conflicto en la “Fiesta del chivo” es la manera como Mario Vargas Llosa despliega la historia objetiva en la específica intención de construir significados a partir del discurso ficcional. Ya hemos visto que la ficción es la espina dorsal de la literatura, y que es con ella que se edifica un mundo inventado que tiene sus propias leyes, distintas a las leyes de la “realidad real”, por decirlo de alguna manera. En particular, los dominicanos que han leído “La fiesta del chivo”, recuperan un anecdotario muy próximo a su realidad inmediata, porque los personajes principales de esta novela aparecen con sus nombres propios en la trama que el discurso ficcional va desenrollando, y porque el autor los pone a representar los mismos papeles que representaron en la historia objetiva, en el mismo acontecimiento en el cual fueron actores, con igual o parecido desenlace con que desembocan los hechos en la historia real. La primera impresión es que la ficción queda subordinada por el “suceder real” de la historia, ya que los acontecimientos son narrados en el orden de la historia objetiva, y uno identifica hechos, personajes y circunstancias, como si brotaran de la trama de la historia y no de la imaginación creadora.

Esto es lo que ha obligado a discutir el contenido de esta novela como si se tratara de una “verdad de la historia” y

8 Conde, Pedro, *Notas sobre el Enriquillo*, Editora Taller, 1978, pág.20.

no de una “verdad del arte”; y empujado a muchos a querer “rectificar” señalamientos que en la novela parecen adquirir la estatura de la historia documental, cuando no son más que construcciones verbales que edifican el sentido únicamente hacia adentro del sistema de significación que la ficción erige. Toda obra literaria es un sistema, funciona atendiendo al conjunto de elementos que la integran de manera solidaria. Si un acontecimiento o personaje es mencionado dentro de ese sistema, su significación no es mecánicamente equivalente a la que tiene en la realidad. Lo opuesto a la ficción no es la verdad, sino el hecho concreto, del cual la ficción se aleja, enriqueciéndolo, porque más que confirmar o interpretar lo que sucedió, a la ficción lo que le interesa es lo que puede haber sucedido, o lo que podría ser. Lo curioso de “La fiesta del chivo” es que son los historiadores quienes reclaman apego a la verosimilitud del dato, y corrigen, amplían o modifican lo aportado por la narración ficcional, partiendo de la pertinencia científica que cree poseer el habla del historiador.

¿Cómo procede en la novela “La fiesta del chivo” la representación de la realidad histórica, pasando de lo conocido, el dato histórico, a lo desconocido, el discurso ficcional? ¿De cuáles artificios está hecho ese universo de representaciones que convoca una historia tan rotunda para los dominicanos, tan difundida en la oralidad nacional, y que sin embargo es solo existente en el espacio espiritual o anímico que el autor, Mario Vargas Llosa, creó a partir de lo conocido? ¿Cómo es que “La fiesta del chivo” pone a vivir en el reino de lo posible, a héroes y personajes consumados de la historia real de los dominicanos? Está, además, el problema de la oralidad. Ese universo trujillista que se aposentó en la oralidad nacional era una suma de historias, rumores, miedos, chismografías, y decires, dispersos en la nebulosa del caos. No creo que exista nadie en el país, medianamente enterado, que no conociera la casi totalidad de las historias y tragedias que Mario Vargas Llosa pone en la piel y en la

conciencia de muchos de sus personajes. Lo que todo ese río desbordado de historias y pesares no tenía era un diseño. La obra de arte se cierra sobre sí misma, esa cualidad de cosa terminada y conclusa la convierte siempre en un símbolo del mundo. Circulando en el sistema de la novela, comunicado ahora por su forma artística, “La fiesta del chivo” es el diseño de toda esa oralidad que podría haberse perdido, como si fuese el espejo de Broch que contiene todas las visiones del mundo. Y es, además, un método de conocimiento de la historia misma, pero de otro orden. Al leer esta novela nos ponemos en contacto con el conjunto del espacio trujillista, en otro orden del conocimiento. Pero la saturación de cada instante en la historia objetiva del trujillismo es tan parecida a la ficción que la representación de la búsqueda de una estructura necesita de la historia para manifestarse. La interpretación de la novela empuja inexorablemente hacia la interpretación de la historia.

La estructura de la novela de Mario Vargas Llosa está integrada por tres líneas narrativas, que tejen entre sí toda la relación espacio-temporal del texto. Estos tres planos narrativos conjugados permitirán descomponer la inmediatez de la historia. El desplazamiento es el siguiente:

1) Urania Cabral regresa al Santo Domingo contemporáneo. Su relación espacial es el presente, pero el inventario con el cual se va dibujando su historia es una viva recuperación del pasado. Esta tensión pasado-presente es una iluminación, revela, saca a la luz, da a conocer cosas que no están contempladas en la historia objetiva. La misma Urania Cabral que guía el hilo conductor de lo narrado, es un personaje inventado, una ficción, y a su destino se engarzan Trujillo, que responde a una realidad objetiva, y su padre Agustín Cabral, que puede ser encarnado en la historia real por numerosos amanuenses, pero que es, en realidad, un arquetipo de todos ellos. En contacto con Urania Cabral, y subordinado al flujo de la conciencia de ésta, Trujillo es ya un

personaje de la ficción más que de la historia. Urania Cabral es ficción, pero en la historia real del trujillismo hay muchas Urania Cabral.

2) El segundo plano narrativo se desarrolla mayoritariamente en la tercera persona, y describe la cotidianidad, el pensamiento y los terrores de Trujillo y sus subordinados. Este Trujillo no es una ficha tomada de la historia objetiva, sino que se estructura desde el valor simbólico de la ficción novelesca, y se desplaza del presente al pasado, del pasado al presente; instalándose en el escenario de la historia inventada, no a merced de las leyes objetivas del acontecer real, sino repujando la trama del autor de ficción que lo guía.

3) En el tercer plano narrativo los conjurados esperan el paso del carro para darle muerte a Trujillo. La relación temporal es aquí pasado-presente-pasado. Mientras esperan, cada cual evoca y justifica el motivo personal o social que lo empuja a participar en la empresa, de donde surge una dimensión heroica desconocida para cada uno de los héroes. Este plano es particularmente creativo, pese a que ha sido el que ha originado mayores reclamos de “rectificación” histórica. Como en la historia del Conde Hugolino, el habla de los historiadores se tiene que detener allí, en el momento en que los conjurados esperan el carro de Trujillo para darle muerte. No pueden entrar en su pensamiento, no pueden vincular los aspectos particulares de su vida a la historia general, no pueden subordinar el dato al mundo interior del personaje, no pueden arrojar al personaje sobre sus dudas, no pueden dibujar sus miedos en medio de la heroicidad del acto; nada de esto existe en la historia objetiva, que funda su discurso, aparentemente, en la objetividad. Pero Vargas Llosa puede construir los mismos personajes de la historia objetiva, enriqueciéndolos con los aportes del mundo interior, haciéndolos más próximos a la condición humana al dotarlos de incertidumbres, de vacilaciones y contradicciones.

Cualquiera de los personajes heroicos del 30 de mayo se completa mejor a partir de esta novela, porque el hecho mismo adquiere dimensiones humanas. ¿No es Antonio de la Maza un personaje histórico más completo, y su heroísmo de mayor dimensión, luego de haber leído la novela? El Antonio de la Maza que sobrevive como un héroe en mi conciencia es más completo al finalizar el texto, y es inabarcablemente conmovedor hasta las lágrimas, ese Don Vicente de la Maza santiguándose y agradeciendo a Dios que su hijo muriera peleando. ¿No se agiganta, también, hacia la historia objetiva, la figura de Pedro Livio Cedeño? Su inmoción es la más idealista, él no tenía cuentas personales con Trujillo. Está allí por un impulso incontenible de justicia. Ninguna de estas realidades las puede constatar el habla del historiador, no pueden figurar en el documento, no se codifican sino en la conciencia, no pueden ser asumidas como “realidades” si no es en la ficción.

En el diseño de una novela el novelista tiene la posibilidad de colocar a los personajes en una situación moralmente trágica. En “La fiesta del chivo” el senador Agustín Cabral funciona perfectamente como arquetipo de la sumisión nacional al poder absoluto de Trujillo. Casi tomado de un trozo de relato extraído de la vida, su abyección colma asquerosamente todos los límites. Difícilmente haya otra dictadura en el mundo en la que la humillación llegara a esos extremos, y la mejor forma de plasmarlo es el personaje de Agustín Cabral, arquetipo angustioso de la inmensa abyección que atravesó la sociedad dominicana bajo el régimen de Trujillo.

La historia armó la visión lúcida de la acción humana, se alzó con el honor de ser el soporte de la caída del género después de la pérdida del Paraíso, y esculpió la añoranza de la sucesión temporal asignándole un sentido a cada acontecimiento, cotejando cifras, volcándose sobre las viejas teorías, poniendo como telón de fondo multitud de cuadros

estadísticos, análisis económicos y predicciones. Todo esto a cambio de derribar los viejos mitos mediante un acto de conocimiento.

Refiriéndose a ese tránsito, E. M. Cioran escribió lo siguiente: “Tras haber echado a perder la eternidad verdadera, el hombre ha caído en el tiempo, donde ha logrado, si no prosperar, por lo menos vivir; lo cierto es que se ha acostumbrado. El proceso de esta caída, y de este acomodo, recibe el nombre de Historia. Pero he aquí que le amenaza otra caída, de la que todavía es difícil medir la amplitud. Esta vez, ya no se tratará de caer de la eternidad, sino del tiempo; el caer del tiempo es caer de la historia.”⁹

Aunque lo que Cioran rechaza es la noción de finalidad, y apostrofa la magnitud cósmica que da a toda incidencia privada el habla de la historia de inspiración hegeliana, es claro que, por lo menos en eso de “Caer del tiempo es caer de la historia”, se anticipa por mucho a las opiniones de Fukuyama que proclaman un determinado fin de la historia. Pero lo original y profundo es equiparar la historia con una caída. Porque el habla de los historiadores se beneficia todavía del modelo de naturaleza que la Ilustración aportó, ordenado de acuerdo a un sistema de fines, como ya hemos visto con Kant; y reinscribe los modelos del mundo sagrado con una hermenéutica en la que el fin de las acciones humanas era conocido de antemano, como ya hemos visto en lo que va de Hegel a Carlos Marx. Aquí la caída es lo único que puede denominar la faz cambiante de la historia, aunque la expresión figurativa de esa faz se arme de un discurso especializado para urdir una representación en el habla. Esta caída coloca al historiador, de nuevo, junto al literato, muy próximo al lánguido semblante del poeta, y hace sospechosa la noción de causa.

9 Cioran, E. M., *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario*, Montesinos, Ensayo, Madrid, España, 1985, pág. 14.

Es por eso que desde el antiidealismo de Nietzsche se busca despojar a la historia de todo significado trascendente, y el habla de los historiadores no es más que un modo de pensamiento con su lógica, su estrategia, su evidencia y su razón. Siguiendo esta línea de pensamiento fue que Michel Foucault escribió el muy citado párrafo final de su libro *Las palabras y las cosas*, esfumando al actor de la historia, borrándolo “como un rostro dibujado en la arena, a la orilla del mar”. Para Foucault en la historia no existe ningún orden fundamental. El orden es la propia escritura de la historia, y ni siquiera es el pasado el que rige las indagaciones del historiador, puesto que ninguna época pasada puede interpretarse por sí sola, y la historia es siempre, en cierto sentido, una historia del presente.

Lo que resume, pues, el habla de los historiadores es el siguiente conjunto de elementos:

a) Su origen junto a las formas narrativas, a través de un sistema de significación que atribuía un valor especial a las explicaciones teológicas provenientes del discurso de lo sagrado.

b) La estructura cerrada del relato, que busca esclarecer los acontecimientos, y posee una clausura que da sentido a un desenlace.

c) El proyecto de sentido que tiene que darle una explicación de causa y efecto a lo representado en el habla.

d) Los límites que le dicta el imperativo de veracidad, como morfología del habla.

e) El habla desde un singular abstracto, que le permite escamotear la pluralidad de prácticas concretas que la historia representa.

f) La autopercepción heroica de que su habla es ciencia.

g) El carácter de acontecimiento que adquiere, independientemente de la historia narrada, la propia habla del historiador.

- h) La voluntad de imponer al lector verdades coactivas, formas de mirar, y una cierta función interpretativa anterior a toda experiencia.
- i) La certeza de que esa habla está cargada de terribles poderes.

Aclaro que cada uno de estos registros encarnan formas ritualizadas de la escritura del historiador, y que no todos operan con conciencia en el sistema del habla. Pero en cada acto de habla que la historia esgrime nos rodean con una transparencia apacible, desplegándose en el relato mismo que cuenta luchas, victorias, heridas, ideas y destrucciones, dominaciones y servidumbres; haciéndolos brotar como verdades, en el teatro que únicamente escenifica la singularidad de la historia. Palabra a palabra el historiador va construyendo los hechos en el acto mismo que los ha pronunciado. Se hace la historia, pero también se narra, y narrarla es un acto de prestidigitación.

Cuando el conde Hugolino entraba con sus hijos a la torre del palacio, el comentario del historiador conjuraba el azar del discurso. Era la misma historia la que se realizaba, el habla investida por la razón que, en un sentido estricto, no existía. Únicamente el inquietante lenguaje de la ficción podía continuarla. Es cierto que el habla del historiador se detenía allí, justamente donde la ficción comenzaba, según pretendía enseñarnos Camila Henríquez Ureña, en la Universidad de La Habana. Pero el habla del historiador es generadora de efectos de lenguaje y los propios objetos de la historia son también artefactos textuales, como ya hemos visto.

En este territorio dejamos el discurso. El habla del historiador irrumpe por ese minúsculo desgarrón por donde se nos escapa lo que hacemos y lo que decimos: soldando sus nudos de coherencia, su inserción en lo “real”. Ella es así, se le pide que revele y oculte, proyectando desde los acontecimientos todo el armazón del saber, y el poder, que su discurso de la verdad dice poseer.

**DISCURSO DE RECEPCIÓN DE ANDRÉS L. MATEO
EN LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA LENGUA**

Diógenes Céspedes

DISCURSO DE RECEPCIÓN DE ANDRÉS L. MATEO EN LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA LENGUA

Diógenes Céspedes

Con el discurso que acabamos de escuchar, entra Andrés L. Mateo por la puerta ancha y grande de la Academia Dominicana de la Lengua, como amplia habrá de ser, que ya antes lo era como miembro de número electo, su colaboración con el engrandecimiento y renovación de esta corporación cuyo objetivo estratégico es el estudio y preservación de nuestra lengua-cultura desde las vertientes de la lingüística científica, la crítica, la creación literaria y los estudios gramaticales.

Ha escogido el nuevo académico un tema novedoso: “El habla de los historiadores”, siguiendo una línea maestra de la investigación de los últimos veinte años que, a partir de las ideas de Émile Benveniste y Henri Meschonnic, concibe el lenguaje y la historia como una misma y única teoría.

Y va él a lo específico: es decir, al discurso de los historiadores dominicanos, aunque la reflexión vale para cualquier cultura-sociedad en la cual, si se sigue el hilo de las palabras del nuevo académico, es fácil comprobar el desatino en que caen los historiadores que se dedican a la tarea de escribir un tramo de la historia con prescindencia de una teoría del lenguaje. Grave error que les empuja de inmediato a una inconsciencia: el creer que el relato de los hechos que nos ofrecen con “palabras reunidas en cierto orden” es la verdad y no, al contrario, un punto de vista o perspectiva más acerca de los hechos narrados, y que estos últimos no son los hechos mismos, de los cuales, por cierto, lo único que nos quedan son discursos, es decir, sentidos, tantos como sujetos aborden el tema.

Además, para quienes no estamos situados en la metafísica del signo, en materia de historia, e incluso en lo atinente a las llamadas “ciencias humanas”, no es posible, como lo es en las llamadas “ciencias naturales”, la experimentación en laboratorio. Partimos de la hipótesis irrefragable de que en materia de historia, así como en el terreno de las disciplinas humanísticas, solamente tenemos discursos que liberan sentidos. En el terreno de la historia, los hechos de los cuales escribe un historiador ocurrieron al menos, para comenzar, 50 ó 100 años antes, si no siglos. No son historia inmediata, como decía Américo Lugo, sino que pertenecen al pasado, de cuyos hechos nos quedan únicamente discursos, lo reitero, palabras reunidas en cierto orden por alguien, con intereses variopintos, como son la pertenencia y posición de clase, la ideología, la adscripción a los mitos y a los discursos sobre lo sagrado, entre otros.

Y con esos hechos históricos lo único que podemos hacer es confrontar las diferentes versiones ofrecidas por los historiadores, es decir, comparar discursos, y sus sentidos, a fin de establecer, no la verdad, sino cuál posee más coherencia interna y poder de conocimiento acorde con la teoría y los conceptos del método que se nos propone.

Consecuente con la parábola que une la teoría del lenguaje a la de la historia, nos invita entonces Mateo a indagar, con curiosidad, puesto que para él tampoco hay lenguaje sin pensamiento, y el pensar se convierte en un arte, nos invita a averiguar, repito, si es legítimo pensar que la literatura puede ser separada del lenguaje y el discurso, del sujeto y lo social, del individuo y del Estado en razón de que la ficción, sin importar el género, se construye con palabras reunidas en cierto orden.

Semejante preocupación ronda el discurso del nuevo académico desde *Mito y cultura en la era de Trujillo* (Editora de Colores, 1993), pero esa temática lingüística le ha

acompañado a lo largo de su batalla de articulista agudo en los diarios donde le ha sido dable escribir desde su cuarto de la dignidad, única moneda de curso legal con lo que cuenta todo escritor que se precie de serlo y que, para deleite de sus lectores, aparecen, casi en su totalidad, en *Al filo de la dominicanidad* (Editora de Colores, 1996) y en *Las palabras perdidas* (Editora Cole, 2000.) Labor de articulista que fue galardonada y aceptada con la mayor discreción y humildad, pero con orgullo ético, por nuestro académico en 1999 al recibir el Premio a la excelencia Periodística Dominicana, otorgado por la Fundación Pellerano Alfau.

Y la ética del discurso teórico en Mateo se extiende al mismo tiempo al trabajo de ficción que inaugura con *Pisar los dedos de Dios* (Taller, 1979), novela cuyo tema halla legitimación en *Vivir para contarla*, la biografía de Gabriel García Márquez, cuando este último dice lo siguiente: “Mi único problema fue que no pude entender en qué momento debía tocar la campana, y la tocaba cuando se me ocurría por pura y simple inspiración. A la tercera vez, el padre se volvió hacia mí y me ordenó de un modo áspero que no la tocara más. La parte buena del oficio era cuando el otro monaguillo, el sacristán y yo nos quedábamos solos para poner orden en la sacristía y nos comíamos las hostias sobrantes con un vaso de vino”. (Grupo Editorial Norma, 2002, p. 105)

¿No estamos, en el caso de sus dos novelas posteriores, en presencia de las mismas travesuras de *Pisar los dedos de Dios*? Los sentidos que liberan *La otra Penélope* (Taller, 1982) y *La Balada de Alfonsina Bairán*, (Talleres Tipográficos de la UNPHU, 1992), así lo atestiguan. La primera, hay que decirlo, fue galardonada con el Premio Nacional de Novela otorgado por la Secretaría de Educación y Bellas Artes en 1983; y la segunda, en 1991, como inédita, obtuvo el Premio de Novela “Pedro Henríquez Ureña” convocado por la universidad del mismo nombre.

Con estos dos textos el nuevo académico abre, en el primer caso, el portal del desencanto y la ideología de la derrota que caracterizó a la pequeña burguesía después de la insurrección de abril de 1965; y, en el segundo caso, el visor de contraste del autor retrocede unos seis o siete años y encuentra el mismo desencanto en los finales de la dictadura, casi sin motivo, diría yo, puesto que la juventud, levadura de la época, se talló un futuro épico y una señal de identidad en el antitrujillismo.

Y este antitrujillismo desembocó en el movimiento clandestino 14 de junio, delatado en 1960, pero cuya simiente germinará luego del 30 de mayo de 1961. El desencanto de *La otra Penélope* sí tiene un fundamento transocial, puesto que el movimiento revolucionario desembocó en un idealismo que fue el producto de la inadecuación de teorías extrañas al medio social, como señalaba Martí en “Nuestra América” para significar el fracaso del político que desconoce la especificidad de su cultura-social.

Ya casi para terminar, tengo la satisfacción de confesar que al Dr. Mateo de hoy le conocí en 1963 cuando él dirigía el club “Movimiento Cultural del 63” y yo era dirigente del club cultural “Fernando Gastón Deligne”. Nos presentó el difunto Frank Fuentes, quien me hizo el encomio de la inteligencia de quien para esa época estaba en el primero de bachillerato. La caída de aquel gobierno constitucional en el cual vimos, sin ojos de ciego, la única posibilidad de ejercicio democrático de nuestra disidencia, nos aisló y segmentó a todos a través de la política totalitaria del Triunvirato. Entre idas y venidas pasó el tiempo de los estudios de bachillerato. Entré a la Universidad en 1964 y me fui a Francia en 1969. Solo volví a saber de Mateo en 1972, pues cuando regresé a Santo Domingo después del ciclón David, me informó que Andrés L., como le llamamos entre amigos, había vuelto a Santo Domingo con su familia. En 1980, luego de mi regreso de este segundo viaje a Francia, el encuentro con Andrés

L. fue en la Universidad, donde ambos éramos, y somos todavía, profesores. Desde ese año hemos mantenido una amistad y un intercambio de puntos de vista sobre la teoría del lenguaje, de la literatura, del sujeto, de lo político, del Estado y de los problemas culturales de nuestra sociedad y de América Latina. Esta pasión por el cultivo del intelecto ha producido este milagro natural de la ley de las afinidades electivas o como decía Roman Jakobson al repetir una figura retórica que está en Aristóteles: Los que se parecen se juntan. Y ambos nos parecemos en la práctica del arte del pensar, la cual consiste más en interrogar e interrogarse que en afirmar, más en pensar en contra de, que en pensar como.

Apegado a esa práctica del pensar, sitúo como antigualla la frase que a veces se aplica a algunos escritores. Hemos perdido un poeta pero hemos ganado un novelista. Sólo quien cree en el ingenuo anacronismo de la existencia de los géneros literarios puede aplicar esa frase a Mateo o a cualquier escritor que cambie de un género a otro. La poesía, por ejemplo, es el valor que permite la máxima amplitud de la subjetividad. Pero si el ritmo es el valor en cada texto o todos son difíciles o todos son fáciles según la cultura y las dotes de invención de cada escritor. Por eso Andrés es tan poeta cuando escribe sus novelas como cuando escribe sus poemas. No hay ninguna diferencia en cuanto al valor entre *A la búsqueda del tiempo perdido* de Proust -etiquetada como novela, prosa- y los poemas de *Las flores del mal*, de Baudelaire, o los poemas de Mallarmé o Apollinaire.

En razón de cuanto antecede me permito dar la más cordial bienvenida, y conmigo, ustedes, académicos, amigas y amigos, al Dr. Andrés L. Mateo, nuevo miembro de número de esta corporación y -aunque suene a pleonasma- decirle que esperamos de su bien ganado y merecido liderazgo cultural, las acciones conducentes a un fervor de renovación en ese ámbito específico de esta Académica y, en lo general, de nuestra sociedad a fin de que primen en ellas el talento

y la virtud en estos tiempos escabrosos y carentes de ética en los cuales se vive, y reiterarle que para la consecución del propósito cuento con el apoyo entusiasta de un equipo con devoción por el trabajo y tocado de un amplio espíritu de comprensión.

Andrés L. Mateo

**LA DOMINICANIDAD EN LOS APUNTES DE UN VIAJE,
DE JOSÉ MARTÍ**

José Martí realizó tres viajes a la isla de Santo Domingo, y en cada uno de ellos su penetrante agudeza de observador sagaz fue calando en la conformación de una idea del carácter del hombre criollo, en las recurrencias sociolingüísticas del habla popular, en la visión de la naturaleza que él amaba con un sentido casi religioso, y hasta en la especificidad de la historia, que en la opacidad pegajosa del tumulto social, servía para enmascarar el espectáculo real de las condiciones de vida del hombre común.

De su último viaje, el que José Martí emprende el 30 de enero de 1895, se conocen sus *Apuntes de un viaje*, publicados por primera vez en 1932, por el doctor Manuel Sanguily, y escritos a vuelo de pájaro en la premura ardiente que lo invadía frente al hecho ya inmediato de su llegada a Cuba en son de guerra, como cierre de su peregrinar por la independencia.

Martí inicia *El Diario* el 14 de febrero, es decir dos semanas después de haber arribado a la isla por Cabo Haitiano, y lo culmina el 8 de abril, un día antes de partir a Playitas junto al generalísimo Máximo Gómez. *El Diario* es una oportunidad única de la prosa martiana para pintar la vida campesina dominicana con una profundidad que supera el arquetipo negativo que había impuesto el pensamiento positivista. Desde la “Generación de 1837” en Argentina, la semiótica del poder había consagrado en América la contraposición entre la ciudad y el campo como el signo distintivo de la civilización. Esta imagen degradada del campesinado, en la cultura dominicana, llegará después a su apoteosis con el cuadro famélico que pinta José Ramón López, en su libro: *La alimentación y las razas*, que no es más que un fiero discurso de deseo, abierto sobre una decepcionante realidad nacional, en la que no acaban de cuajar las instituciones típicas de la vida moderna.

Martí venía del frío New York de febrero de 1895, y el cambio de paisaje lo recrea en unas pinceladas rápidas que pasan por encima de la flora y se detienen en el saber campesino atesorado en el habla: “... *ahora que escribo -apunta Martí- mientras mis compañeros sestean, en la casa pura de Nicolás Ramírez, sólo resaltan en mi memoria unos cuantos árboles, unos cuantos caracteres de hombre o de mujer, unas cuantas frases...*”.

Es la primera observación que anota, pero como la reflexión martiana valora siempre la filosofía y el saber popular, lo primero que le extraña es la profundidad, penetración y espontaneidad aparente del habla del campesinado dominicano:

“La frase es añeja -dice-, pintoresca, concisa, sentenciosa; y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera”.

La tradición positivista dominicana vio siempre en el habla campesina un significante instrumental, al que le confería inocencia en su relación con la naturaleza o la vida social, y lo paralizaba en el tiempo como en un ataque de inmovilidad que era el atraso. Martí descubre, en cambio, que tras la impresión pueril, se restituye un saber en el que está agazapada la experiencia, y en el que la vida fluye como una coartada que el campesino clava en el lenguaje. Si pongo mi atención en una máxima campesina, en un refrán, o en un cuadro de los que Martí selecciona para ilustrar este hallazgo, distingo claramente este saber, pero además, tomo la significación por un sistema de hechos que saca a flote, con ironía, las diferencias sociales.

Esta sociolingüística martiana tiene un momento esplendoroso en las notas con que describe al campesino Arturo Fondeur. La descripción de Martí se despliega como un

espacio interior, rasgo común de toda su prosa, adhiriéndose al detalle objetivo y a la reflexión:

“El que habla es bello mozo, de pierna larga y al cinto el buen cuchillo, y en el rostro terroso y febril los ojos sanos y angustiados. Es Arturo, que se acaba de casar, y la mujer salió a tener el hijo, donde su gente de Santiago. De Arturo es esta pregunta: ¿Por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió, y si la mujer de Jiménez tiene el suyo dicen que ha dado a luz?”

La casa de los Jiménez es de una tradición de negocios y riquezas, y la graciosa interrogante que Martí captura en el habla del campesino Arturo parece aludirla. La pregunta sale armada de su propia malicia, rescatada en una palabra campesina socializada por la evidencia misma de la desigualdad. La pintura martiana cincela estas contradicciones en el habla, así como hace surgir en el frescor primitivo del discurso galante el doble sentido característico de la expresión vernácula:

“A la moza que pasa -escribe Martí- desgoznada la cintura, poco al seno el talle, atado en nudo flojo el pañuelo amarillo, y con la flor de campeche al pelo negro (le gritan:) ¡Qué buena está esa pailita de freir para mis chicharrones!”

Es interesante hacer notar que Martí no saca a relucir estos registros del doble sentido como un goce vulgar. En su pasión de cronista, un conocedor como él, sabía con claridad que el doble sentido, cifrado en el piropo, ordena también la situación histórica del hablante: la clase a la que pertenece, su fortuna, su herencia, su biología. La referencia es, por lo tanto, algo más que graciosa, en el sentido martiano, envuelve ciertos hombres con su lenguaje. Esa capacidad de atrapar el detalle en una pincelada, ese sesgo descriptivo de la mujer cimbreante que desencadena el piropo atropellado en el

deseo incontenible, ese refrán en el que la sabiduría popular ha tejido un sentido que atraviesa con gracia la vulgaridad para convertirse en otra insinuación ingeniosa, hacen de la prosa martiana que se detiene en el Santo Domingo de finales del siglo XIX, una viñeta única, deleitosa, prendida a las pupilas de uno de los más agudos creadores y pensadores del mundo americano, que en el momento que esculpe estos rasgos de la dominicanidad, metiendo el escalpelo en todo lo que hiere su retina de observador en ruta (por cierto, en ruta hacia la muerte gloriosa que a pocos días le aguarda en Dos Ríos), es un combatiente ardiente por la libertad de Cuba, quien dentro de sus arreos de conspirador, no deja de escribir sus notas al vuelo, sus observaciones, sus esfumatos iluminadores sobre el hombre o la mujer acongojados que pasan por su lado.

Estos *Apuntes de un viaje* tienen ya más de un siglo, y pese a que existe una edición dominicana de ellos (la de Emilio Rodríguez Demorizi, por supuesto) nunca nos habíamos detenido en la observación que ese esplendoroso espíritu intranquilo que era Martí, nos legara, como una semblanza de nosotros mismos, al cierre del siglo XIX, y particularmente a mediado de su década más convulsa, y en los días finales del trajinar de su existencia fecunda.

La crónica de este último viaje de José Martí a la República Dominicana tiene también historias intercaladas, verdaderas viñetas descriptivas de situaciones y personajes atrapados en la vorágine de los acontecimientos. La más importante es la de don Jacinto, tejida en trazos magistrales, colocada allí, no por la premura del cronista, sino por el deleite del narrador. La primera frase lo señala, lo sitúa enteramente y lo muestra en toda la tragicidad de su historia:

“Fue prohombre y general de fuego -confirma Martí-, dejó en una huida confiada a un compadre la mujer, y la mujer se dio al compadre: volvió él, supo, y de un tiro de

carabina, a la puerta de su propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel. ¡Y a ti, adiós! No te mato porque eres mujer”.

Esa historia está contada en pasado, con una economía de recursos que la pluma martiana maneja a la perfección. Lo que queda del “general de fuego” lo ha descrito unas líneas antes:

“¿Y don Jacinto, está ahí? -pregunta Martí desde su caballo. Se abre penosamente una puerta, y allí está don Jacinto: Aplanado en un sillón de paja, con un brazo flaco sobre el almohadón atado a un espaldar, y el otro en alto, sujeto por los dos lazos de una cuerda nueva que cuelga del techo; contra el ventanillo reposa un armazón de catre, con dos clavijas por tuercas: el suelo, de fango seco, se abre a grietas; de la mesa a la puerta están en hileras, apoyadas de canto en el suelo, dos canecas de ginebra, y un pomo vacío, con tapa de tusa; la mesa, coja y polvosa, está llena de frascos de un inhalador, un pulverizador, de polvos de asma. A don Jacinto, de perfil rapaz, le echa adelante las orejas dura el gorro de terciopelo verde; a las sienes lleva parches; el bigote, corvo y pesado, se le cierra en la mosquilla; los ojos ahogados se le salen del rostro, doloroso y fiero; las medias son de estambre de color de carne, y las pantuflas desteñidas, de estambre roto”.

Martí se ha detenido demasiado en la figura de don Jacinto, aislándose un poco del toque de observador fugaz que da a sus notas. No podemos olvidar que estos *Apuntes de un viaje* se escriben en los momentos de soledad que le permite su actividad de conspirador, de organizador de la guerra. Pero con don Jacinto ha abierto y concluido una historia. Este generalote de Guayubín pasa a funcionar como un paradigma y simboliza toda la historia nacional, que Martí conocía, caracterizada por practicar un heroísmo sin objeto. Este heroísmo legendario ya no es orgullo o refugio del honor

personal, sino una reproducción pintoresca del alma del pueblo. Martí ha narrado la historia partiendo del presente, y el destartalado general rememora sus glorias regresando al pasado, y cuando nuevamente reasume el presente, dice Martí, que “*se le hinchan los ojos, y le sube el rosado enfermizo a la mejilla*”.

La dominicanidad no conoce un retrato más lastimero de la verdadera condición humana de su generalato de manigua, sobre todo porque el fracaso de su clase dirigencial se ocultó siempre detrás de la diatriba rimbombante contra ese tipo de piltrafa heroica que el pensamiento del siglo XIX estigmatizó sin piedad. Martí lo esculpe en una mismidad harapienta y atravesada de crudo realismo. Esa imagen es un remedo de la historia que, como un lastre, marca la particularidad del mundo americano. Desarrollándose como un rollo chino, entraña, también, una genealogía del autoritarismo desde cuya hegemonía, hasta hoy día, se ha desplegado la práctica política en nuestro país.

Además de don Jacinto, los *Apuntes de un viaje* están llenos de generales atravesando ríos y caminos. Martí los dibuja envueltos en su gracejo popular y todo, en una escritura que imita el habla, destacando, de nuevo, la verdadera condición social de este generalato. Por su frescura y rasgos hiperbólicos, e incluso por su ingenuidad trágica y calor humano, la más conmovedora es la descripción del general Corona:

“El general Corona va hablándome al lado -comienza Martí a narrar- Es cosa muy grande, según Corona, la amistad de los hombres. Y con su ‘dimpués’ y su ‘inorancia’ va pintando en párrafos frondosos y floridos el consuelo y fuerza que para el corazón sofocado de tanta ‘malinidad y alevosía como hai en este mundo’ es el saber que en un conuco, de por ahí, está un eimano poi quien uno puede dai la vida”.

Martí sintió efectivamente muy de cerca al general Corona, ya que su retrato lo construye en un lenguaje real, humano; imitando la naturalidad de los lenguajes sociales. Desde el punto de vista del estilo martiano, este acercamiento expresa una relación afectiva que el observador penetrante que él es no oculta. Cuando el giro perifrástico o la hipérbole aparecen, complementan la inocencia feroz del combatiente. Como si fuera un personaje de Gabriel García Márquez, en un momento de exaltación ante la presencia de Martí, el general Corona le dice: *“Puede uté decir que, a la edad que tengo, yo he peleado en más de ochenta peleas”*.

En el mimetismo divertido de lo pintoresco, la agudeza martiana acaba por expresar la tragedia social. Los medios de descripción son aquí los propios portadores de historia, que reenvían siempre a una tragicidad reiterada (la misma que cuajó en angustia del pensamiento dominicano del siglo XIX, frente a la imposibilidad de conformar un Estado moderno, de acuerdo con los paradigmas occidentales).

Círculo vicioso del acontecer nacional que el viajante clava en el dibujo certero de sus protagonistas. No hay más que toparse con estos héroes que cruzan la narración de Martí, en el 1895, para saber que la ideología heroica que le ha reservado la historia es un fantasma, una ilusión, tras la que la realidad descarnada deja al desnudo estos espectros.

La maestría de la escritura de José Martí, en estos *Apuntes de un viaje*, de 1895, lleva aparejada un recorrido de significación que supera la historia.

El lenguaje con el que esculpe la observación es un lenguaje inmediatamente social, concebido para la transmisión oral, y adaptado a las contingencias mundanas que su tránsito por el país le van presentando como práctica social característica de lo dominicano. Es por eso que toma nota de las expresiones populares: dichos campesinos, refranes, piropos,

etc. Y retrata, a vuelo de pájaro, ese costado doloroso del espíritu levantisco de la historia nacional, en la figura de sus generalotes carcomidos, que pasan como espectros ante sus ojos.

Es en este sentido que el escritor José Martí, no el personaje histórico en tránsito, agota todos los recursos de percepción y expresión, para apropiarse de viñetas certeras que hieren su imaginación y sus sentidos, llamando poderosamente su atención. Cuando el 15 de febrero llega a Santiago y lo hacen ir al “Centro de Recreo en traje de camino”, Martí despliega una capacidad de descripción minuciosa que agota todo su campo visual: la casa engalanada, la juventud que aguarda el inicio de la fiesta, el gentío en la puerta, el estante lleno de libros nuevos, la charanga tocando un vals del país, los instrumentos de los músicos, etc. Incluso, detalla las conversaciones, con pormenores, dibujando hasta aspectos psicológicos de la personalidad del hablante. Y súbitamente, salta de la descripción que se sostiene en la percepción visual, a la narración auditiva:

*“En medio del barullo -dice- oigo este cantar:
El soldado que no bebe
y no sabe enamorar,
¿qué se puede esperar de él
si lo mandan a avanzar?”.*

Y el 29 de marzo describe “un descalzo que viene cantando desde lejos, con voz rajada y larga, una trova que no se oye”. Luego escucha ésta que rápidamente registra:

*“Te quisiera retratar en una concha de nacle,
para cuando no te vea
alzar la concha, y mirarte”.*

Finalmente, el 3 de abril, mirando en medio de la mar cómo pasan volando los flamencos de alas negras, le llega a la memoria esta otra cuarteta:

*“un rosal cría una rosa
y una maceta un clavel, y
un padre cría una hija sin
saber para quién es”.*

Esos retablos de trovadores populares, con los cuales Martí va tejiendo una visión bullanguera del criollo, son como telón de fondo en los cuales se empoza la sabiduría del pueblo. Antes se ha referido a la particularidad de la lengua, abriendo en la inocencia del dominicano de campo que retuerce su saber en el habla, una marrullería del espíritu que contiene tesoros insospechados. El mismo general Corona, que trota con él por los caminos inhóspitos, encierra, en su sociolecto cibaeño, una inmovible lección de moralidad: *“El quiere decencia en el hombre -asegura Martí en sus notas- y que el que piense de un modo no se dé por dinero, ni se rinda por miedo, a quien le quiere el prohibir”.*

Y de un golpe, con ese aire de afecto que siente por el general Corona, Martí lo pone a narrar su propia historia de heroísmo moral: *“Yo ni comandante de armas quiero ser, ni interventor, ni ná de lo que quieren que yo sea, poique eso me lo ofrece el gobieino poique me ve probe, pa procurarme mi deshonor, o pa que me entre temó de su venganza, de que no le aceite el empleo. Pero yo voy viviendo, con mi honrade y con mi caña”.*

El general Corona es el arquetipo de una cartografía heroica del manigüerismo dominicano, que funda sus actos en una cuestión de honor. Toda la fuerza del sociolecto con que lo pinta Martí dimana de esa contradicción inocente que lo empuja en su honor. No son sus intereses materiales los que

lo mueven a la lucha armada en reiteradas oportunidades. A pesar de su baja formación cultural, es esta descripción sociolectal la que le da fuerza al valor arquetípico. A Tilo Patiño, por ejemplo, un general de revueltas como él, con quien se alzó en Santiago contra la dictadura de Lilís, lo rechaza porque *“ahorita está de empleado del gobiaino”*. Y hurgando en las causas que lo empujan a la rebelión, en la maraña de su sociolecto cibaeño, asume dimensiones ideales:

“poi ete hombre o poi ete otro no me levanto yo, sino de la ira muy grande y de la desazón que da ei vei que los hombre de baiba tamaña obedecen o siven a la tiranía. Cuando yo veo injusticia, las dos manos me bailan, y le voi andando al rifle, y ya no quiero ma cuchillo ni tenedor”.

Retrato sublime de una bruteza existencial que la historia ha marcado en el manigüerismo, y que el viandante José Martí acopia en notas discretas que sobrevivirán al estigma general de la “inteligencia” del siglo XIX dominicano. Bien vistas, estas observaciones martianas sobre la dominicanidad, agotan una teoría humanística del lenguaje, sobre la que se vuelca, arrepentida, heroica, desmesurada, estremecido en los vericuetos de su propio existir, la vida dominicana. Porque en la lengua toda teoría es siempre incompleta, falsa; son estos registros que pretenden captar la pluralidad de la vida humana, los que nos acercan a la lengua real. Esa palabra que penetra hasta el fondo de la inteligencia, esa palabra que describe el mundo exterior es, en el universo martiano, también, la construcción del propio sujeto. Y estos apuntes son una prueba de ello.

Ese recorrido de significación de la dominicanidad, que constituyen los *Apuntes de un viaje*, de José Martí, se detiene también en el juicio crítico.

Cruzando la frontera, Martí se topa con cuadrillas de contrabandistas que atraviesan en ambos sentidos. Entonces, escribe una nota nerviosa, rápida y certera sobre el hecho:

“Cuando los aranceles son injustos, o rencorosa la ley fronteriza, el contrabando es el derecho de insurrección. En el contrabandista se ve al valiente, que se arriesga; al astuto, que engaña al poderoso; al rebelde en quien los demás se ven y admiran. El contrabando viene a ser amado y defendido, como la verdadera justicia. Pasa un haitiano que va a Dajabón a vender su café: un dominicano se le cruza, que viene a Haití a vender su tabaco de mascar, su afamado andullo: saludo, saludo”.

Martí vivió los últimos sesenta y un días de su vida fuera de su patria, trajinando por la isla de Santo Domingo, en los afanes conspirativos que lo llevarán al calvario de Dos Ríos, en Cuba. Estos *Apuntes de un viaje* son notas vivísimas que el infatigable revolucionario cubano escribía en sus horas de ocio. José Martí tenía una estima particular por el testimonio oportuno, que lo llevaba a escribir sobre lo vivido el día anterior en las condiciones materiales más inverosímiles: sobre un burro trotón, bajo una mata, en un desfiladero que la luna alumbraba, a la orilla de un río que le moja los pies, bajo la débil brizna humedecida del amanecer. El testimonio martiano es forma escritural captada en su intención humana, que el lenguaje plasma transformada por su destino social.

La mejor demostración de ello son las viñetas condolidas que Martí esculpe sobre la figura del haitiano. En dos oportunidades lo fija con amor en el fresco gigantesco que es esta crónica de viaje. El 16 de febrero, de entre un gentío, extrae la imagen lastimera:

“Rodeado de oyentes está, en un tronco, un haitiano viejo y harapiento, de ojos grises fogosos, un lío mísero en los pies, y las sandalias desflecadas. Le converso, a

chorro, en un francés que lo aturde, y él me mira, entre hosco y burlón. Calló el peregrino, que con su canturria dislocada tenía alborotado al gentío. Se le ríe la gente:

¿Con qué otro habla, y más a prisa que el santo, la lengua del santo? ¡Mírenlo, y él que estaba aquí como Dios en platanal! Como la yuca éramos nosotros, y él era como el guayo. Carga el lío el viejo, y echa a andar, comiéndose los labios.”

Y el 2 de marzo. Después de haber cruzado el Masacre, deja unas pinceladas amorosas de su guía:

“Mi pobre negro haitiano va delante de mí. Es un cincuentón zancudo, de bigote y pera, y el sombrero deshecho, y el retazo de camisa colgándole del codo, y por la espalda un fusil de chispa, y la larga bayoneta. Se echa a troncos por el camino, y yo, a criollo y francés, le pago sus dos gourdes, que son el peso de Haití, y le ofrezco que no le haré pasar de la entrada del pueblo, que es lo que teme él, porque la ordenanza de la patrulla es poner preso al que entre al poblado después del oscurecer: ‘Mosie blanc pringarli metté mosié prison’. De cada rama me va avisando. A cada charco o tropiezo vuelve la cara atrás. Me sujeta una rama para que no dé contra ella. La noche está velada, con luz de luna a trechos, y mi potro es saltón y espantadizo. En un claro, al salir, le enseño al hombre mi revólver colt, que reluce a la luna: y él, muy de pronto, y como chupándose la voz, dice: ¡Bom papá!”

Hay una galantería sublime en esas estampas, y el contraste entre la miseria de espanto y el candor es una elección de conciencia, no de eficacia lingüística. Quizás esta sea la suprema lección de las crónicas martiana: que obliga al estudio de la historia a través de la lengua que narra aparentemente alejada de toda parcialidad. Martí

escribe en el 1895, pero esas viñetas tranquilas no son, ni en el caso dominicano ni en el haitiano, espacios desprovistos de conflictividad. Lo que ocurre es que la historiografía dominicana, en la mayoría de sus exponentes, ha trabajado siempre ignorando la lengua.

Quienes lean estos *Apuntes de un viaje* comprenderán, entonces, que hay en ellos una manera de pensar la historia, y de borrar una ausencia: la de esos miles de personajes humildes que el fervor martiano rescata del olvido. Por estas páginas cruzan cientos de personajes anónimos que Martí dibujaba con pretensión de perpetuidad, aunque sólo fueran un celaje a su paso, una tonada campesina, un habla maliciosa que ocultara en la obediencia servil la verdadera personalidad achispada del campesinado. No hay una sola observación que la agudeza martiana deje desprovista de un juicio. En estos *Apuntes de un viaje* hay, por lo tanto, una dominicanidad que la historiografía dejaba fuera de sus páginas.

Y hay, además, la derrota de la falsa erudición positivista, que ocultaba en la contradicción entre civilización y barbarie, su rechazo al modelo del hombre campesino como base de la formación del Estado Nacional dominicano.

En el escenario de estas crónicas, el hombre natural, como el propio Martí quería, es quien capitanea la historia. Estos *Apuntes de un viaje*, de 1895, son más que un viaje de Martí a nuestro país, la posibilidad de un viaje a través de nosotros mismos, en la coyuntura de un momento histórico particularmente convulso. Para quienes lo lean, será como leerse a sí mismos, volcarse sobre la mismidad de su propio pasado, en una sociedad como la nuestra, en la que, pese a que muchas cosas han cambiado, el pasado no se ha ido.

Andrés L. Mateo

**UNA LECTURA DIFERENTE DE LA QUINTILLA
DEL PADRE VÁSQUEZ**

Como telón de fondo de una identidad plural, el Caribe ha sido una cultura en tensión. Síntesis traumática de un proceso histórico que mezcla los variados componentes que integran su resultado final, la presión aculturativa de los distintos imperios, su dimensión geográfica, su multilingüismo y hasta su concepción culturalológica; han hecho de la caribeñidad una aventura espiritual de angustiosa definición en el tiempo y en el espacio.

Negros africanos, y europeos provenientes del siglo de las luces, interactuando en el escenario convulso de las confrontaciones de los imperios europeos del siglo XVII, irán construyendo una identidad cuya definición acuña numerosos lugares comunes que intentan ser el resumen de ese proceso múltiple y complejo. “Crisol de razas”, “Caleidoscopio de culturas” “Mosaico de infinitas variaciones étnicas y culturales”, todas esas definiciones antropológicas del Caribe han nutrido una literatura de robusta contextura imaginativa.

De Aimé Césaire a lo real maravilloso de Alejo Carpentier, de Nicolás Guillén a Derek Walcott, de Jacques Stephen Alexis a George Lamming; pasando por ese componente caribeño que siempre reivindica Gabriel García Márquez; la cultura y la literatura que el Caribe ha producido se insertan en esa particularidad latinoamericana con todas las características derivadas de su rico proceso histórico.

Y como es así, yo preferiría intentar explicar, en el breve espacio de esta conferencia, algo que es propio de la dominicanidad en relación con ella, y que tiene que ver con el hecho de que, en cierta forma, una parte considerable de nuestra literatura, y de nuestra vida espiritual en general, ha vivido siempre de espaldas al Caribe.

¿Por qué ha ocurrido esta separación entre las expresiones culturales caribeñas y el mundo espiritual de los dominicanos?
¿Cuáles son los presupuestos ideológicos de nuestra separación

idílica del universo de referencias culturales que conforma el mundo del Caribe? ¿Cuál es el papel del más importante componente de la cultura nacional caribeña dominicana, el componente hispánico, en este alejamiento de la cultura dominicana de la configuración cultural del Caribe?

Ahora que se habla de integración con el Caribe en nuestro país, sería importante conocer el presupuesto histórico e ideológico que nos ha separado de ese escenario, tan próximo y tan lejano al mismo tiempo. Y es claro que ese presupuesto atraviesa toda la historia de la cultura nacional, y constituye, sin ninguna duda, un resultado concreto de la sobredeterminación ideológica del hispanismo, no como expresión cultural, sino como ideología.

Quisiera partir de la interpretación que se le ha dado a la famosa quintilla de Fray Juan Vásquez, y que no ha rebasado nunca el marco político. La quintilla dice así:

Ayer español nací
A la tarde fui francés
A la noche etíope fuí
Hoy dicen que soy inglés
No sé qué será de mí.

Esta quintilla es una viñeta angustiosa de las vicisitudes de la dominicanidad por cuajar una identidad propia, y Fray Juan Vásquez, un personaje “dominicano” del siglo XVII, en cierto modo la rubrica con su propia vida, porque este frailecito de Dios murió quemado en su iglesia de Santiago de los Caballeros, durante la invasión haitiana de 1805. La incertidumbre que la quintilla expresa la ha convertido en una cita recurrente de las interpretaciones históricas que han estudiado las luchas de las potencias europeas a partir del siglo XVII, por el dominio del mercado americano en el escenario del Caribe. Estas luchas de las potencias europeas tenían dos formas de expresión concreta

en el Caribe americano: Por una parte, la vulneración de la exclusividad comercial establecida a favor de España con la creación de la “Casa de contratación”, realizada a través del comercio intérlope, y las actividades de los piratas, corsarios y filibusteros que merodearon durante todo este periodo las aguas del Caribe. Y por la otra, las guerras entre las potencias europeas, llevadas a cabo en los territorios continentales, cuyos desenlaces implicaban negociaciones que originaban cambios en las colonias respecto de las metrópolis que las dominaban. Todos sabemos que ese es un largo periplo que incluye la invasión inglesa de 1655, con su comparsa de filibusteros y bucaneros; el despliegue de los franceses en las tierras fronterizas que arrancó en el 1697, y luego la formación de la frontera en el 1731, que acarrearía más adelante la creación de la colonia francesa de Saint Domingue. Después el tratado de Basilea y la entrega de la parte oriental de la isla a los franceses, y las batallas entre ingleses y franceses derivadas del mismo, y más adelante las revueltas de esclavos y las luchas interminables, hasta la Revolución haitiana y la invasión francesa a la isla con más de 58 mil soldados. El periodo incluye dos invasiones haitianas, la de 1801 y 1805, y una etapa cruenta y llena de incertidumbre. Una gigantesca movilidad social, puesto que el Caribe era eso que Juan Bosch llamó “Frontera imperial”, y que antes había estudiado en su singularidad el intelectual colombiano Germán Arciniegas.

La quintilla está, pues, plenamente justificada desde el punto de vista político, y de Fray Juan Vázquez se puede decir, incluso más que en el caso del poeta español Jorge Manrique, quien debe su gloria a un solo poema genial; que éste debe su inmortalidad en la historia dominicana a esas cinco líneas. Solo que de la quintilla se ha decantado exclusivamente el aspecto político. Pero ¿no es la quintilla una imagen cabal, desde el punto de vista de la cultura, del mundo caribeño? ¿No son esos mismos componentes culturales, interactuando en el escenario del Caribe, los que han configurado ese

llamado “crisol de razas”? ¿Y esa base cultural, en la cual se entremezclan todos esos componentes de la cultura europea y africana, no proviene del resultado final de un mismo proceso histórico y político? ¿Por qué, si la quintilla ha servido para ilustrar un espacio de incertidumbre de la identidad, y si al final se exhibe como un exponente glorioso que emergió de la duda y cuajó en nación; no se considera, también, al conjunto de sus componentes antropológicos, la caribeñidad, como el elemento esencial de la dominicanidad? ¿Qué ha ocasionado el hecho de que, mientras colocamos la quintilla de Fray Juan Vásquez como telón de fondo de la historia, hemos vivido de espalda al Caribe?

Yo estimo que nuestra separación idílica del universo de referencias culturales que conforma el mundo del Caribe ocurre porque la cultura dominicana se dio en la ideología hispanista una falsa autopercepción. Y debo explicar que no hablo de la hispanidad, que remite a una cultura y a una lengua; sino de la ideología hispanista, que es, como en la antigua acepción hegeliana de la palabra ideología, una falsa conciencia. En la práctica, la ideología hispanista confinaba el referente culturoológico de la caribeñidad a un factor externo, no interactuante con la concepción de lo dominicano, que permanecía protegido de las influencias externas en su coraza hispánica. Si se estudia el rosario amplísimo de lamentaciones que caracterizan al pensamiento dominicano del siglo XIX y las tres primeras décadas del XX, se notará de inmediato que esas vicisitudes a las que se refieren pasan como si fueran desgracias externas, sin ninguna vinculación con la historia concreta del Caribe. Ante todas las vueltas de maromas que la historia objetiva del pueblo dominicano daba, la invocación a la hispanidad como ideología se transformó en un signo de amparo para la cultura dominicana.

¿No expresa, como hemos visto, de una forma sintética y certera, la quintilla de Fray Juan Vásquez una explicitación

de nuestra específica condición de caribeños? ¿Por qué no se operó una lectura cultural de la quintilla, y sí ha primado una lectura política?

Es como si ese gigantesco escenario de la historia del Caribe nos dejara imperturbables en nuestra estirpe hispana. En términos de identidad cultural, la constante hispana que como falsa conciencia ha esgrimido siempre la elite intelectual nacional, ha impedido que nos identifiquemos plenamente con la caribeñidad. Y este no es un planteamiento teórico. Las escuelas dominicanas, todavía, miran hacia el Caribe como una zona muy remota de su sensibilidad y sus intereses. El efluvio que ese cerco histórico, étnico, cultural y social produce en los dominicanos, es como el reflejo de una otredad distante. Siendo lo más próximo, la caribeñidad parece lo que define al otro, no una parte importantísima de nuestro producto espiritual en la historia.

Como en el Caribe, lo propio de la dominicanidad es lo plural, lo diverso, lo multiétnico y multicultural; la diversidad de fuentes espirituales de que se ha nutrido nuestra aventura de ser en el espacio y en el tiempo. Pero, ¿por qué si el telón de fondo es la misma convulsa historia del espacio caribeño, y sus resultados son los mismos, la idea de la identidad y la cultura del dominicano se distancian, abrumadoramente, del marco caribeño? Simplemente, porque el espacio ideal que abrió la ideología de la hispanidad proporcionaba a los pensadores de la cuestión nacional y a los escritores, un referente compensatorio. A los efectos de la vida espiritual dominicana, todos esos vaivenes no son percibidos más que como episodios históricos, peripecias externas, puesto que la falsa conciencia nos hacía ver en el espejo de nosotros mismos como españoles. Mientras en el resto del Caribe todos esos factores conmueven en sus cimientos la aventura espiritual del hombre y la mujer entrampados en su discurrir, y sus resultados hacen parir a ese sujeto histórico que puebla el Caribe, la dominicanidad los recupera como si no estuviera

influida por ellos, como si la fuerte naturaleza hispana resultara inalterable frente a la historia en movimiento.

Yo creo que para insertarnos con autenticidad en el Caribe, tendremos que empezar por volver a leer la quintilla de Fray Juan Vásquez, pero esta vez atendiendo al aspecto cultural.

Andrés L. Mateo

¿POR QUÉ VINO PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN 1931?

El martes 15 de diciembre de 1931, Pedro Henríquez Ureña llegó a la rada del río Ozama en el vapor Coamo, y fue recibido con todos los honores por estudiantes, profesores, intelectuales y autoridades. Había salido de la Argentina el 16 de noviembre, y su recibimiento en Santo Domingo se convirtió en una apoteosis nacional. La prensa de la época reseña la extraordinaria representación intelectual, política y social que le dio la bienvenida, resaltando la categoría de personalidades como el doctor Fabio A. Mota, Ramón Emilio Jiménez, y, por supuesto, Max Henríquez Ureña. La caravana que recibió al ilustre dominicano se trasladó al recinto de la Universidad de Santo Domingo, donde los discursos oficiales inflamaron el ambiente con loas al tirano en ciernes, y parabienes por la feliz ocasión de su llegada. Cuando le tocó el turno de hablar, Pedro Henríquez Ureña evocó la figura de José Martí, y enarboló la idea de una patria a la que se regresa con intención de ayudar y movido por un ideal de superación. *“Al regresar a la patria, después de larga ausencia, cada minuto ha sido para mí de pensamiento y emoción”* - dijo el humanista. Y después agregó: *“Yo solo sé de amores que hacen sufrir, y digo como el patriota: ‘mi tierra no es para mí triunfo sino agonía.’*¹⁰

Dada la dimensión de la personalidad de Pedro Henríquez Ureña en la República Dominicana y en América, este viaje ha constituido una fuente de discusión sobre su relación con la figura y el régimen de Rafael Leonidas Trujillo Molina; y pese a que esa etapa de su vida finalizó dramáticamente con la salida definitiva, planificada en secreto, de su mujer y sus hijas, primero; y luego, su propia salida fingiendo la enfermedad del padre, y la renuncia al cargo desde París; al viaje se le continúan dando connotaciones diversas sobre las causas que lo motivaron.

10 Pedro Henríquez Ureña, *En mi tierra*, *Repertorio americano*, diciembre de 1934, p. 331. La referencia a José Martí es una clara demostración de su idealismo, con respeto a la realidad dominicana de 1931 en la República Dominicana.

¿Vino Pedro Henríquez Ureña al país como un acto de adhesión a la política autoritaria de Trujillo iniciada en el 1930? ¿Cuáles fueron las causas que lo llevaron a abandonar sus cátedras en la República Argentina, y regresar a la patria que había dejado treinta años antes, el 16 de enero de 1901? ¿Tuvo Trujillo la iniciativa de conquistarlo? ¿Cuál fue el papel de su hermano Max en su reclutamiento como funcionario del régimen? ¿Fue su gestión un caso de típica servidumbre intelectual, o hizo flotar el señorío de su altivez de espíritu en medio de la general abyección de la sociedad?

Pedro Henríquez Ureña comenzó a desempeñar oficialmente el cargo de Superintendente de Educación el primero de enero de 1932, y se mantuvo al frente del departamento hasta junio de 1933, embarcándose por Puerto Plata el día 29, en el vapor Macorís, rumbo a Francia, lugar hacia donde había enviado previamente a su mujer y a sus hijas, con el pretexto de visitar al abuelo, Francisco Henríquez y Carvajal, quien era jefe de la legación dominicana en ese país.¹¹ Si el recibimiento de 1931 fue estruendoso, la

11 Esta investigación no trata la labor de Pedro Henríquez Ureña en la República Dominicana durante su período como Superintendente de Educación, ni las tensiones y conflictos que pudo haber enfrentado él por sus ideas en medio de la atmósfera del poder absoluto. Nuestro objetivo es exclusivamente las causas por las cuales se vio obligado a regresar al país en el 1931. El libro de Orlando Inoa *Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo* puede servir, sin embargo, para ilustrar estas tensiones. Aunque los documentos que presenta Orlando Inoa no están acompañados de valoraciones sobre las circunstancias históricas de los mismos, en algunos casos Pedro Henríquez Ureña arriesga ideas peligrosas y posiciones para ser asumidas en medio de la realidad dominicana de la época. Sus puntos de vista sobre la autonomía de la Universidad, y la contundente relación que establece entre administración económica, fuero universitario y autonomía real. La organización de la “Facultad Libre de Filosofía y Letras”, que propone convocando a intelectuales ya abiertamente disidentes del trujillismo como Viriato Fiallo o Manuel Arturo Peña Batlle (todavía Presidente de Acción Cultural y fuera del redil trujillista), sus observaciones sobre la enseñanza escolástica y el mundo de las ciencias positivas, el sesgo positivista que da a sus propuestas y recomendaciones metodológicas como Superintendente, la ausencia de grandilocuencia al referirse a Trujillo en el plano oficial, etc. Es evidente el cuidado y la precaución que adopta en esa papelería oficial que publica Orlando Inoa, y aunque sean los documentos fríos, se siente la latencia del conflicto. Un último ejemplo: aunque la documentación de Orlando Inoa no lo pretende, al final se siente que Pedro Henríquez Ureña ya había caído en desgracia con Trujillo. La entrevista con Ramón Lugo Lovatón, el editorial de *La Opinión* del 31 de mayo de 1933, y el artículo de Manuel E. Suncar ponderando las directrices de Trujillo del aparato instruccional del país, contienen indicios

despedida de 1933 se realizó en el más absoluto silencio. Ningún funcionario y pocos familiares. Es casi seguro que Pedro Henríquez Ureña miraría con ojos de benevolencia las aguas del atlántico puertoplateño, que nutrieron de yodo los pulmones de Salomé, y lo habían visto a él, un niño todavía, iniciar su vida de extranjería perpetua. Porque, ahora sí, únicamente regresaría a su país hecho despojos mortales, y esa última imagen, empujado sobre la baranda del vapor, extasiado en la roja arena que se dibujaba en la playa bañada por las aguas del atlántico, sería el alimento de su nostalgia de errante, hasta el 11 de mayo de 1946, día en que murió tomando el tren que lo llevaría a su clase en La Plata, Argentina.

Pedro Henríquez Ureña venía de la Argentina, donde ocupaba una cátedra universitaria, pero sería bueno saber primero qué lo llevó a ese remoto país de la América del sur en 1924.

Había vivido en México en dos etapas fundamentales de su fértil existencia, la primera que va de 1906 a 1914, con la interrupción de un viaje a Cuba y Santo Domingo en 1911; y la segunda que abarca desde su regreso de los Estados Unidos en 1921, donde había cursado su doctorado y ejercido la docencia en la Universidad de Minnesota, hasta el viaje a La Plata, Argentina, en 1924. Estos dos períodos en México arrancaron con la aventura que asumió de manera personal en su viaje de La Habana a Veracruz, en el 1906; y su inserción espectacular en la vida cultural mexicana, en las luchas de las ideas que se generarían en el país azteca antes y después de la Revolución de 1910, y en el sólido magisterio que encarnó en medio de la

claros de estar dirigidos contra Pedro Henríquez Ureña. El tema es la separación de sexos en la escuela, y sobre el mismo el pensamiento del Superintendente se había expresado. Estos ataques, o la entrevista precatoria de Lugo, ocurren entre mayo y junio, un mes antes, y el mismo mes que él solicita autorización y licencia para salir del país y quedarse en Francia. Trujillo parecía que lo presentía o lo sabía. (Ver: *Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo*, Orlando Inoa, Ediciones ferilibro 2002, Santo Domingo, República Dominicana).

gigantesca movilidad social que se vivía entonces. De 1906 a 1914 el México turbulento le permitirá expandir ese don especial que le acompañaba desde niño y que lo inclinaba a la búsqueda del saber; y producir, o prefigurar, una buena parte de su obra intelectual. Partiendo de la “Revista crítica” publicada junto a Arturo de Carricarte en Veracruz, y pasando por la “Revista moderna” y “Savia moderna”, en las cuales trabajó a su llegada a Ciudad de México, su fama de culto y el papel de guía espiritual comenzaron a elevarlo al sitial de un joven maestro. Sobre todo, en esta primera etapa mexicana, es destacable su combate en el terreno ideológico, representado por la confrontación con los positivistas que eran el fundamento teórico de la dictadura del general Porfirio Díaz. En estos afanes, la formación de la “Sociedad de Conferencias”, y el “Ateneo de la juventud”, que él encabeza junto a figuras estelares de la cultura mexicana como Alfonso Reyes, Antonio y Alfonso Caso, José de Vasconcelos, y muchos otros; es un momento definitorio del rumbo de las acciones de los jóvenes intelectuales mexicanos contra la filosofía oficial de la dictadura. Casi se puede decir que, sobre todo junto a Antonio Caso y Alfonso Reyes, él fue el centro de un movimiento que abrió y transformó la vida intelectual mexicana, introduciendo corrientes filosóficas opuestas al positivismo reinante, y encarnando el pensamiento intelectual y social que prefiguró la Revolución mexicana de 1910. Pero el rumbo que Victoriano Huerta dio al impulso revolucionario desatado, imponiéndole su personalidad autoritaria y asumiendo las propuestas contrarias a la Revolución; más el deseo de superación incesante que lo empujaba a la búsqueda del ideal de perfección, lo llevaron a cerrar esta primera etapa de su fértil presencia en México, el primero de abril de 1914.

Su regreso a México, en el inicio de la segunda etapa después de su experiencia doctoral y el magisterio de la Universidad de Minnesota, estuvo incentivado por la insistencia de José Vasconcelos, el antiguo ateneísta que había ascendido a rector de la Universidad y le pidió que regresara al país

azteca para encargarse de los cursos de verano. El propio Pedro Henríquez Ureña cuenta en sus Memorias que tuvo que decidir entre una oferta del poeta Salomón de la Selva de quedarse en New York dirigiendo una revista literaria, y la que inesperadamente le ofrece Vasconcelos. No lo pensó dos veces y se decidió por México. En una carta que escribió a Alfonso Reyes el 19 de junio de 1921 explica el mecanismo que empujó su decisión: “¿Que cómo me convencí de que debía ir a México?”- le dice- “Es extraño: no me costó ningún trabajo. Hace un año no lo había podido aceptar. Pero un año de paz, y la impresión de que todo irá bien en el futuro, y la creencia de que no sufriré molestias porque voy cambiado y sabré tratar a los mexicanos sin molestarlos y al mismo tiempo, como dirían los viejos ‘darme mi lugar’, todo contribuyó a que la decisión fuera instantánea cuando recibí la tentadora primera oferta de Pepe.”¹²

Al llegar de nuevo a México Vasconcelos lo colocó al frente de los cursos de verano que, a semejanza de los que organizaba en Madrid el Centro de Estudios Históricos de Menéndez Pidal, iniciaría la Universidad Nacional de México. Y le encargó la dirección del departamento de intercambios. Los antiguos ateneístas estaban en el poder, y particularmente Vasconcelos sabía la utilidad que podía sacar de un hombre como Pedro Henríquez Ureña. Sólo que el humanista dominicano se equivocó. El Pedro Henríquez Ureña que salió de México en 1914 había quedado atrás. Su nombre era ahora un argumento de autoridad intelectual, no sólo en el mundo americano, sino en España. Y contra él se orquestaría una despiadada campaña nacionalista, encabezada por el diario “El universal”, que incluiría hasta el desprecio racial. El nacionalismo emergente en México rechazaba a veces la preponderancia de extranjeros en puestos públicos, y, escudándose en ello, se podían levantar objeciones airadas por problemas estrictamente personales. Incluso en un caso

12 Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo, 1906-1916*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1983, p.31. José Vasconcelos, *Obras completas*, tomo I, Libreros unidos, México, pp.1247-1351.

como el de Pedro Henríquez Ureña, vinculado profundamente al pensamiento mexicano que cuestionó los cimientos del poder dictatorial, y cuyo mexicanismo era sangre y lágrima de su espíritu. Lo cierto es que este período de su segunda etapa en México estuvo caracterizado por los numerosos ataques personales que recibió, y el profundo dolor que ellos causaron en su espíritu. José Vasconcelos piensa que fueron estos ataques despiadados y rastroseros los que precipitaron su segunda salida de México, y en la autobiografía que aparece en sus “Obras Completas” recuerda lo siguiente: “Por deseos suyos lo llevé a la excursión diplomática de la América del Sur. Este viaje le sirvió para entablar relaciones con las universidades argentinas. Proyectaba desde entonces establecerse en Sudamérica, porque los periódicos de la capital de México lo molestaban bajamente; le criticaban su nacionalidad dominicana, su tipo amulatado, su carácter atrabiliario, nervioso. Aunque su capacidad nunca la pudieron negar”.¹³

Sin embargo, Vasconcelos sólo dice la mitad de la verdad de las causas por las cuáles Pedro Henríquez Ureña salió de México hacia la Argentina, puesto que la otra mitad es él mismo. La evolución de la lucha social en México terminó definiendo las posiciones de los antiguos miembros del ateneo, y Vasconcelos se fue descascarando en el trajín azaroso de la política. El escritor dominicano se había casado en 1923 con Isabel Lombardo Toledano, una de las hermanas de Vicente Lombardo Toledano, escritor y político mexicano que, al pasar a ser José Vasconcelos Secretario de Educación, ocupó la Dirección de la Escuela Nacional Preparatoria. Lombardo Toledano, también dirigente de la confederación obrera e izquierdista, entró en conflicto con el carácter autoritario y conservador de José de Vasconcelos, al proponer modificaciones al programa de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria, y procurar mayor independencia de la Universidad, que era una institución

13 Rafael Alberto Arrieta, *Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina*, en *Presencia de Pedro Henríquez Ureña*, editorial Ciguapa, Santo Domingo, p. 146.

dependiente de la Secretaría de Educación. Por este motivo fue cancelado y los obreros se manifestaron contra Vasconcelos; en la refriega hubo un muerto y varios heridos, de modo que fue un hecho de mucha resonancia. Pedro no estuvo directamente involucrado en el suceso, pero asumió que las contradicciones con Vasconcelos eran ya insalvables, y en respaldo de su cuñado y amigos presentó renuncia el 21 de agosto de 1923. Está recién casado, su mujer espera una hija y pierde el empleo. Según una carta que envía a Alfonso Reyes, el 5 de diciembre de 1923, la situación es desesperante: “¿Quieres noticias y cosas nuestras? Todo es aquí tan desagradable que prefiero no contestarte nada. He tenido que pelearme con Vasconcelos y con Martín: apenas tengo mi clase de Altos Estudios, esa me la quitarán probablemente en enero, y un trabajo mal remunerado que me ha dado Genaro en Relaciones (...).

Este cuadro se deteriorará aún más, porque las contradicciones políticas y de carácter ideológico entre José Vasconcelos y Lombardo Toledano se hacían cada vez más antagónicas, y aunque Pedro Henríquez Ureña nunca expresó un activismo político abierto durante su estancia en México, sus posiciones se inclinaban del lado de su cuñado izquierdista. En medio de esta situación, el 26 de febrero de 1924 nace su primera hija, Natacha, lo que precipitará las diligencias que hacía para salir de México, presionado por la inestabilidad económica. Escribió a varios amigos, incluso al borde de la desesperación, hasta que el profesor argentino Rafael Alberto Arrieta le abrió la posibilidad de ir a la Universidad de La Plata, en Argentina. Arrieta cuenta la amargura del instante que atravesaba Pedro Henríquez Ureña: “Me escribió una carta angustiada; recién casado, quedaba sin apoyo económico, en un medio hostil y con sus amigos también desalojados y desvalidos. Necesitaba salir de México y pensaba con más vehemencia que nunca en la Argentina”.

A fines del mes de junio de 1924 Pedro Henríquez Ureña pudo realizar el viaje a la Argentina. Arrieta le había conseguido “tres cátedras secundarias de lengua castellana”, y su amigo mexicano Genaro Estrada le facilitó el dinero con el que se realizó el mismo.¹⁴ La adaptación no fue fácil porque dado su prestigio intelectual el centro académico le otorgó ciertos privilegios, lo que añadido a su carácter ensimismado y taciturno originó cierto resquemor entre sus colegas. Arrieta lo narra de esta forma: “Fue recibido con gentileza por las autoridades del colegio, pero varios profesores de la misma asignatura que él enseñaba mostraron cierto desapego hacia el nuevo colega; tal vez encono para el extranjero recién venido que había logrado una posición envidiable, no alcanzada por ellos en largos años de ejercicio docente; quizás la sequedad un poco hosca del compañero ilustre, que debieron de interpretar como signo de superioridad despectiva, cuando no era sino reserva natural y hasta apocamiento en el trato social.”¹⁵

En medio de numerosas limitaciones económicas, sin embargo, se fue adaptando a las condiciones de existencia de la Argentina. Se multiplicó en forma inconmensurable dictando conferencias y asistiendo a actividades culturales, mejoró notablemente su situación económica, escribió textos capitales de su producción intelectual como su conocido y discutido ensayo “Sobre el problema del andalucismo dialectal de América”, su texto teórico “Seis ensayos en busca de nuestra expresión”, esa tan conocida reflexión sobre la idea de América en la que, tomándolo de Platón, redescubre el término “Utopía”, y plasmó ese ensayo alabado que se conoce con el nombre de “Utopía de América”; en fin, que en la Argentina producirá sus más importantes obras de investigación, y llegará a la madurez intelectual plena. Sólo que la Argentina será también un nicho curioso en la

14 Ibíd. p.147.

15 *Epistolario íntimo*, Op. cit. pp. 318-319.

vida de Pedro Henríquez Ureña. Navega en la angustia pero se refugia en el trabajo. Es una etapa de su vida llena de lamentaciones, amarguras y decepciones espirituales, pero al mismo tiempo es su período de mayor profundidad y más alta producción. En esta etapa nace su segunda hija, Sonia, en abril de 1926. Y aunque ello lo llena de regocijo, el hecho de que su mujer Isabel no ha terminado de adaptarse a la Argentina le proporciona una preocupación adicional. En una lastimera carta que escribe a Alfonso Reyes el 15 de mayo de 1926 le aclara lo siguiente: “Te decía que soy capaz de renunciar a todo, porque antes que nada quisiera cumplir con mi primer deber: hacer feliz a Isabel. Yo creí que nuestra felicidad quedaría asegurada dejando a México, pero Isabel al sentirse separada de los suyos, perdió toda gana de vivir: un año llevaba en la Argentina sin quererse acostumbrar a nada. Ya ha renunciado a la idea de volver a México, pero no la ha sustituido íntimamente con la de quedarse. ¡Y no tengo con qué sustituirle lo que le he quitado!”¹⁶ En esta carta a Reyes hay un vacío, pero casi la totalidad de sus lamentaciones y recriminaciones tienen que ver con el dolor que le produjo su partida de México. Todavía no sueña con el regreso a la República Dominicana, su entorno está lleno de ruidos de niñas, son otras las preocupaciones de la existencia, pero él piensa en México. Es curioso constatar en el “Epistolario de los Henríquez Ureña”¹⁷, que apenas escribe a sus familiares en Santo Domingo y Cuba, durante la primera parte de su estadía en la Argentina. Sólo una vez, el 21 de abril de 1925, respondiendo una carta de Reyes en la cual éste se quejaba amargamente de sus largos años fuera de México (pese a que todo el “exilio” de Reyes fue en legaciones diplomáticas, como Embajador), siente el desarraigo como una ausencia, y vuelve la vista hacia su media isla remota: “Comprendo tu angustia ante la perspectiva de no saber dónde vivir ya

16 Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, 2 t., Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, 1996.

17 *Epistolario íntimo*, Op. cit. pp. 288-289.

definitivamente. Muchos no se lo figuran: yo vivo pensando en cómo podría regresar a Santo Domingo, y hasta Isabel, a quien le resulta poco interesante la Argentina, así lo querría (...). Pero, ¿qué quieres? Allí dominan siempre, desde hace años interminables, o los yankilandeses, o los enemigos: y estos enemigos son del género estúpido, y no me dejarían servir de nada al país.”¹⁸

La Argentina que lo recibió en el 1924 vivía un período de auge económico extraordinario y de gran estabilidad política, que durará hasta el inicio de la década de los años treinta, y ello permitió que la situación económica de Pedro variara favorablemente. En una carta de 1925 le explica a Alfonso Reyes el cambio de situación: “Yo no cumpla un año aquí, y ya mis entradas equivalen a unos 400 dólares mensuales, lo que nunca gané en yankilandia (acabo de obtener una nueva cátedra, ahora en Buenos Aires). Se gasta mucho, eso sí, y nosotros apenas salimos a flote, pero ya sabes lo que cuestan los nenes, y encima hemos puesto casa, y no se podía poner con demasiada pobreza. Así y todo, para noviembre espero haberlo pagado todo, y emprenderemos el viaje a Europa. Se gasta, pero todo se paga con facilidad; todo se vende a plazos, desde la casa y el automóvil hasta la ropa y los zapatos. Y en caso de apuros se pide dinero prestado al Banco, y se paga en dos años.”¹⁹ También desde el punto de vista político y cultural el momento era propicio. En realidad, se trataba de un país mayoritariamente integrado por emigrantes europeos, que vivía un momento de particular apertura hacia el mundo americano. Con el gobierno de Hipólito Irigoyen, e incluso antes con el de Sáenz, una activa intelectualidad americanista se plantea tareas de reencuentro con el mundo americano. La tradición del pensamiento en ese país exaltaba los modelos de vida europeos e imitaba el paradigma de desarrollo del viejo continente. Las interpretaciones de figuras como Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y Domingo Faustino Sarmiento,

18 Ibid. p. 290.

19 Ibid. p. 290.

entre otros, habían ejercido una influencia tan determinante sobre el comportamiento social y la ideología, que lo común era distanciarse del mundo americano. Pedro Henríquez Ureña siente que esa tradición estaba perdiendo terreno, incluso desde su visita anterior a la Argentina (esa polémica visita que realizó junto a la comitiva oficial de Vasconcelos) le había gustado el ambiente intelectual argentino.

Pero la Argentina se complicó. Desde el punto de vista económico, todo el mundo capitalista se había estremecido con la crisis de 1929. Aquella Argentina que él le describía a Reyes en sus cartas, donde el dinero abundaba y la estabilidad económica y política sorprendía, se está eclipsando a golpe de un desconcierto universal. Soplan aires de fronda, y los países como la Argentina, basados en una economía de exportación, proveedora de cárnicos y productos agrícolas a los grandes centros metropolitanos, sienten ya el efecto de la recesión en 1930. En lo político, la década de los años treinta se inicia con el golpe de Estado contra Irigoyen, que abre un amplio capítulo de más de una década de dominio conservador. El ambiente estaba, ciertamente, enrarecido, y él, que había alcanzado ya una verdadera maestría en desarraigo, y vivido los acontecimientos desagradables de México, volverá la vista al país.

Para lograr la reproducción de la vida material en la Argentina se tiene que multiplicar de manera increíble. Describiéndole estas peripecias a su amigo del alma, Alfonso Reyes, le detalla: “Tengo mis tres cátedras (15 horas semanales) en el Colegio de La Plata, dos semicátedras (literatura argentina y americana y literatura inglesa, en el Instituto del Profesorado, de Buenos Aires, 6 horas), el trabajo del Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires (soy secretario), y el trabajo de una nueva cátedra (6 horas) de filología castellana en la Universidad de La Plata. Todo suma, al mes, \$ 1,465.00. Además, ayudo a Binayán y Pirovano, cuyo negocio promete enormidades.”²⁰

20 Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, Op. cit. pp.192-193.

El cuadro es sencillamente agotador, y pese a los reparos de la carta a Reyes de 1925, comienza a indagar la posibilidad de irse a vivir con la familia a la República Dominicana. En una carta de 1931 a su hermano Max, quien había entrado ya a colaborar con el futuro dictador, Rafael Leonidas Trujillo; Pedro le dice: “Te escribí desde Montevideo para preguntarte si creías posible mi traslado a Santo Domingo. Supongo que recibiste la carta, que yo recomendé, para echar al correo aéreo, a mi cuñado Vicente, porque tuve que venirme aprisa antes de que terminara el Congreso Universitario”. En la misma carta ruega a Max que le pinte la situación general del país: “lo que allí se gana y se gasta. Mi único deseo es asegurar entradas que me permitan vivir cómodamente, cosa que allí no será difícil, y hacer de cuando en cuando algún viaje; tú comprendes que si hago el sacrificio de llevarme a mis hijas al país, es con la esperanza de que de cuando en cuando puedan salir a ver otros países, otras culturas.”²¹ Esta carta del 8 de mayo de 1931 contiene, además, algunas sugerencias sobre reformas educativas, incluyendo la supresión de los exámenes tradicionales, como, según dice él, se estilaba en Europa. Y culmina sugiriéndole a Max la implantación de un sistema de pensiones y jubilaciones para maestros. Es casi seguro que Max enseñó esta correspondencia a Trujillo, para lograr que éste se entusiasmara en la idea de traerlo al país, puesto que la misma contiene, de alguna manera, un programa general de trabajo. No existe, ciertamente, ninguna evidencia documental de que Trujillo solicitara a Pedro Henríquez Ureña venir al país a encargarse de los asuntos educativos, y es la figura de Max Henríquez Ureña la intermediaria en estas gestiones derivada de la situación concreta que Pedro vivía. Aunque los acontecimientos políticos de la República Dominicana, posteriormente, harán confluír el interés de Trujillo en el plano interno con las necesidades apremiantes de Pedro en la Argentina.

21 Ibid., pp.195-196.

El 18 de junio de 1931 Pedro Henríquez Ureña vuelve a escribirle a Max, y como éste no le ha contestado las otras cartas, supone que la posibilidad de su regreso es escasa. Pero le detalla los motivos que tiene para regresar a la República Dominicana. Enunciándolos uno por uno los numera en el orden de importancia que les atribuye: “mis motivos para ir:

1. Servir al país;
2. Dejar este trabajo mecánico de aquí, en que sirvo muy poco a la Argentina y que me impide trabajar en cosas mías; mi influencia es menor de lo que ha sido en México, mucho menor, y de lo que podría ser en Santo Domingo; y no porque aquí no hagan falta - sí la hacen- tales influencias; sino porque muy pocos aquí se dan cuenta de la falta; y mi obra propia se vuelve demasiado escasa;
3. Este país está anticuado y no veo que mis niñas vayan a hacer vida muy feliz ni provechosa aquí donde todavía los únicos valores que realmente rigen son los mundanos; claro que eso podría cambiar pronto, pero no estoy seguro;
4. La camarilla que domina en las universidades, reforzada por el actual régimen, es enemiga del que trabaja, así es que mi avance ha sido estorbado sistemáticamente, salvo el resquicio -que no ha llegado a ser hueco- de la Universidad de La Plata, en la Facultad de Humanidades; y no sé cuándo se modificarán estas condiciones. El año pasado llegué a estar muy bien, pecuniariamente, pero la entrada como titular de cátedra universitaria siguió sin resolverse. Este año he empeorado pecuniariamente -como la mayoría, es verdad-; y las perspectivas de ocupar mi verdadera jerarquía son nulas por el momento. Nadie sabe cuánto durará este gobierno, ni lo que vendrá después.”²²

Este documento revela que Pedro Henríquez Ureña está completamente ajeno a la naturaleza del régimen trujillista; sólo piensa, en ese momento, zafarse de las dificultades

22 *Epistolario íntimo*, Ob. cit. p. 425.

que ve acercarse a todo galope a la sociedad argentina, y encontrar las condiciones propicias para seguir desarrollando su obra, anticipándose a los sufrimientos y vicisitudes que tuvo que pasar en México. Trujillo había escalado el aparato del Estado usando la fuerza del ejército para amedrentar a sus opositores, y rápidamente concentraba en sus manos todo el poder real de la nación y la riqueza pública. Siendo un hombre de tercera, según la categoría social que se usaba entonces, se apoyó en un numeroso grupo de intelectuales prestigiosos que se encaramaron en la vertiginosa movilidad social que propició el régimen. Rápidamente cundió el espejismo de que su régimen, en realidad producto directo de la intervención norteamericana de 1916, encarnaba el nacionalismo esperado. Las antiguas jerarquías sociales se derrumbaron, pero Trujillo instauró un cierto respeto al poder del saber, y a las figuras consagradas del acontecer dominicano que se acercaban a su régimen, siempre y cuando reconocieran la dimensión absoluta de su voluntad. La familia Henríquez Ureña reunía dos condiciones atractivas para contribuir a la solidificación de la ilusión inicial del trujillismo: alcurnia intelectual, unánimemente reconocida, y leyenda nacionalista.

Además, en su estrategia de imponer el poder absoluto de manera relampagueante, el prestigio de los Henríquez Ureña le servía al dictador para atenuar la mala imagen que se había ganado al expulsar al vicepresidente y secretario de Relaciones Exteriores, Rafael Estrella Ureña. Este intelectual de fuste, que provenía de una familia prestigiosa, había acompañado a Trujillo en la aventura golpista del 23 de febrero de 1930, y por su renombre en todos los órdenes Trujillo recelaba abiertamente de él. Obligado a marcharse al exilio, fue sustituido en la secretaría de Relaciones Exteriores por Max Henríquez Ureña, quien ocupaba, casi desde los inicios del régimen, la Superintendencia de Educación, y tenía mayor reputación intelectual e igual prosapia. Hay documentación abundante que demuestra que Trujillo utilizó a los Henríquez Ureña en el plan concebido para deshacerse

de Rafael Estrella Ureña, y es en esta jugada maestra en la que, sin saberlo, entra Pedro Henríquez Ureña desde su residencia argentina. El intermediario será Max, quien informará a Trujillo del interés de Pedro, y, quizás, para entusiasmarlo, le dio a leer sus cartas, particularmente la del 8 de mayo de 1931, que, como hemos visto, contiene un pequeño programa de reforma.

Ya el 29 de agosto de 1931 Max le había enviado un telegrama ofreciéndole la Superintendencia General de Enseñanza²³, y él le escribe a Alfonso Reyes diciéndole que había aceptado el cargo. Pero no renunció a sus cátedras en la Argentina, precavidamente situado en medio de una aventura desconocida: por primera vez intentaba la vuelta definitiva al lar nativo. El 8 de septiembre Reyes le contesta afirmando: “Tu regreso a Santo Domingo hará un inmenso bien a tu país y a tu vida personal, en todos sentidos.”²⁴

De la documentación cotejada y la interpretación histórica, se puede, pues, llegar a la conclusión de que Pedro Henríquez Ureña regresó a la República Dominicana en el 1931, por los siguientes factores conjugados:

a) Porque el desarraigo de treinta años se había ya convertido en ausencia.

b) Porque su relación sentimental con México se había deteriorado profundamente, a raíz del rompimiento con Don José Vasconcelos, y las premuras económicas que le sobrevinieron constituían una amarga experiencia que no quería repetir, sobre todo porque ahora tenía una familia.

c) Porque el panorama económico y social argentino se deterioraba rápidamente, y la ilusión liberal se esfumaba, dejando al descubierto la vulnerabilidad de su condición de extranjero, pese a su inmenso prestigio; y la posibilidad real de repetir la incertidumbre económica, y de todo tipo, de la etapa mexicana que lo obligó a emigrar a Sur América.

23 Ibid. p. 427.

24 Ibid. p. 427.

d) Porque había sentido la necesidad de servir en su patria lo que había prodigado en otras tierras, tal y como le aclara a Max en la carta del 18 de junio de 1931, y porque el espejismo nacionalista del trujillismo le había hecho pensar que podía ser así.

a) Porque convenía a la estrategia trujillista de consolidación del poder absoluto, y daba un enorme prestigio al régimen que recién se había desprendido de una figura destacada como era Rafael Estrella Ureña.

Todos esos factores gravitaban sobre Pedro Henríquez Ureña, aquel martes 15 de diciembre de 1931, cuando desembarcaba del vapor Coamo en la rada del río Ozama. Tiene 47 años de edad y el país que ama, al que ha regresado lleno de grandes pensamientos, le resulta extraño. Gobernado por un tirano ensobrecido, colgado de la voluntad omnimoda de una sola persona, ese ambiente tenía que repugnar a quien estaba acostumbrado a la vida democrática y de confrontación de ideas. A los pocos días de llegar está convencido que su vida errante no ha terminado. “Desde que llegué comprendí que tenía que volver”-le escribe en secreto a Alfonso Reyes-. Y en efecto, después de llegar a Francia, en junio de 1933, le envió la renuncia a Trujillo.

Pero Trujillo no perdonó el desplante, en el trujillismo la renuncia a un cargo implicaba una ofensa personal al tirano, puesto que la dominación cuidaba con esmero el manejo de los mecanismos de humillación como parte de la concepción del poder, y aunque Pedro Henríquez Ureña no lo sabía, ponerse por encima de la general abyección de los mortales que servían al régimen, incluyendo a su propio hermano y otros familiares, era un acto de provocación. El 8 de agosto de 1933 Francisco Henríquez y Carvajal, su padre, fue destituido con la excusa de “poderosas razones económicas”, y Fran, su hermano mayor, quien ocupaba un cargo secundario en otra legación extranjera, también fue cancelado. Sólo Max permaneció al servicio del régimen,

sujeto a prueba de fidelidad continua, según el método que Trujillo impuso. Aunque poco después fue trasladado justamente a la Argentina, y más adelante, a Francia.

Tras su llegada a la Argentina en 1933, Pedro Henríquez Ureña se volvió a insertar en la actividad académica e intelectual. Todos conocemos la fertilidad de este período de madurez que transcurrirá después de su regreso a la Argentina tras la renuncia al cargo que Trujillo le había ofrecido, a través de Max, en el 1931. Con respecto al régimen mantuvo un discreto silencio en el exterior, pero al momento de su muerte su separación con el mismo era radical. Aunque siempre con el temor de afectar a sus familiares, conocedor, además, de la capacidad de respuesta del trujillismo, cuyo amargor había probado con motivo de la gestión que aceptó encabezar en el 1931, y de la renuncia de 1933.

ANEXOS

ANEXO I:
CARTA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA A ALFONSO REYES

La Plata, 6 de enero 1925*

Alfonso:

Hoy día recibí tu envío del catálogo de la Exposición Rosenberg, con notas. Hace tiempo te escribí, a Madrid. Dices que piensas en mí (Isabel se queja, y dice que por qué no en nosotros); yo también he pensado mucho en vosotros y en qué haréis, con estas malas jugadas que hace México a las gentes.

Aquí me tienes en la incertidumbre mayor de mi vida. Mi viaje a Argentina fue obra de la razón, y el sentimiento ha sido la víctima. A pesar de que aquí tengo amigos, empiezo sentir que no se deben rehacer continuamente los ambientes afectivos; es verdad que en México mis amigos de antes (ausente tú) iban separándoseme (Vasconcelos, Caso, Julio, Martín) y los sustituían otros (Xavier, Díaz, Dufos, Daniel Cosía, Eduardo Villaseñor, Genarol pero el shift era gradual y el ambiente parecía igual; además, a mí me agrada el afecto familiar de las mujeres, y junto a Isabel había encontrado a su familia. Aquí me faltan las ganas de crear amistades íntimas. Las que tengo (los esposos Arrieta en Buenos Aires, tres o cuatro muchachos en La Plata -Orfila el que estuvo en México, Korn hijo del filósofo, Carabelli el director del Bosque, Rodríguez Pintas poeta uruguayo) no me empeño en hacerlas progresar mucho. Y si eso ocurre conmigo ¡qué no ocurrirá con Isabel! Lo que la pobre ha sufrido no tiene descripción. Hemos pasado -y pasamos- alternativas de intensa felicidad, por lo mucho que nos queremos, y de gran tristeza, por lo mucho que nos falta. Todavía si no tuviéramos a Natacha que absorbe completamente la actividad y el pensamiento de Isabel, habríamos podido -y yo me habría empeñado en eso- hacer vida de sociedad y de diversiones; pero como Natacha se roba todo el tiempo, cuando queremos

* Pedro Henríquez Ureña, *Obras Completas (1921-1925)*, tomo V, pp. 325-327, Santo Domingo, República Dominicana (Recopilación y prólogo de Juan Jacobo De Lara).

divertimos falta la ocasión y hasta el dinero. Luego, por acompañar a Isabel y mitigar su soledad, he dejado de ir a Buenos Aires, y el resultado es que no ejercito las actividades necesarias para aumentar mis entradas: hasta ahora no son sino las que tuve desde que llegué. Es verdad que bastan, pero no sobran.

Y mi problema es: ¿debo quedarme? ¿Se acostumbrará Isabel algún día? ¿Seremos felices aquí? ¿O debo regresar a México, pues otra cosa no se presenta? ¿Seré yo feliz en México, o siquiera viviré tranquilo? ¿Habrà de qué vivir? Lo más serio no es eso: lo más serio es Natacha. ¿Le conviene ser mexicana o argentina? Aquí la gente parece feliz; allá no ahora mismo. Natacha parece feliz; desde que llegó a la Argentina mejoró, se ha puesto fuerte y gruesa, y la oigo dar voces de alegría. Decidirán los dioses...

Ahora, por ser vacaciones, puedo preparar libros. Con Arrieta, el poeta, preparo una antología hispano-americana, del tipo que tanto discutimos en Madrid: será el primero de una serie de libros pedagógicos. Estoy escribiendo un pequeño manual sobre filología, pero ese quiero mandarlo a España: estuve enseñando -privadamente, a pedido de muchachos estudiosos- filología, y me entró al fin la comezón de escribir. Pero quisiera mandar cuanto antes, a España, un libro de aforismos. En la orilla: desearía que saliera en los Cuadernos. ¿Qué hago? ¿A dónde lo mando? Dime pronto, pero asegúrame que no se me perderá. Después mandaré otro libro, Dudas. Carlos Trejo es hispanoamericanista feroz. Le ayudaré a mexicanizar la Argentina, hasta donde es posible. Aquí no se cuenta sino en pequeñísima escala con la clase rica para las cosas de América: los ricos son europeístas.* Pero hay, desde hace cinco o seis años, un latinoamericanismo intenso, en muchos intelectuales, y a la a juventud le preocupa la cosa.

Escribe más, y saluda a Manuela por los dos.

ANEXO II

**PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, PROFESOR EN LA ARGENTINA
POR RAFAEL ALBERTO ARRIETA**

Rafael Alberto Arrieta Pedro Henríquez Ureña, Profesor en la Argentina*

He leído más de una vez en publicaciones hispanoamericanas artículos que conjeturaban acerca de los motivos que pudo tener Pedro Henríquez Ureña para radicarse definitivamente en la Argentina, y alguna del país ha expuesto con inexactitud la forma en que se incorporó a nuestro medio. Mi intervención directa y, puedo decirlo, exclusiva, en las gestiones preparatorias, fueron conocidas por varios amigos comunes, al contarla ahora creo contribuir a documentar la biografía del maestro. Mi relación personal con los hermanos Henríquez Ureña empezó con Max, quien me envió un ejemplar de su libro *Tres poetas de la música*. Acabo de verificar la data en la dedicatoria manuscrita: Santiago de Cuba, 7 de abril de 1918. Nos cruzamos dos o tres cartas. En el verano de 1921 vino a Buenos Aires, yo me encontraba de vacaciones en el campo y a mi regreso él había partido. Ese mismo año se realizó en México un congreso internacional de estudiantes americanos al que concurrieron cinco platenses, entre ellos dos ex alumnos míos del Colegio Nacional de La Plata, Héctor Ripa Alberti y Arnaldo Orfila Reynal. El primero, ya autor de un libro de versos -*Soledad*, 1920- volvió por el Pacífico y reencendió ante los compañeros estudiantes de Lima, con verbo lírico, la prédica “reformista” de aquella hora, que él había hecho encandecer ante los compañeros mexicanos. Apenas llegó a nuestra ciudad, me visitó en mi casa. Desbordaba de impresiones y recuerdos: mares, tierras, hombres... Me traía un saludo de Pedro Henríquez Ureña, habló con particular efusión del gran dominicano residente en la capital de México. Es un hombre tan sencillo y bondadoso -me dijo- que, a pesar de la diferencia de edades y la altura de su posición intelectual, era como un camarada de todos los estudiantes... intimó mucho con los argentinos.

* Jorge Tena Reyes y Tomás Castro Burdiez, *Presencia de Pedro Henríquez Ureña*, Editorial Ciguapa, Santo Domingo, República Dominicana, pp. 143-156.

Yo tengo con él una deuda conmovedora, figúrese que me ha propuesto escribir un largo trabajo en colaboración. Al año siguiente llegó Pedro Henríquez Ureña a Buenos Aires, como miembro de la misión mexicana presidida por el ministro de educación José Vasconcelos, enviada para asistir a la transmisión del mando presidencial. Yo me había radicado aquel año en la capital federal recién casado. Mis dos ex alumnos me presentaron en seguida a su amigo. Al oír que este se tuteaba con Orfila Reynal -actual director del Fondo de Cultura Económica, de México-, debí hacer un gesto de sorpresa, porque en cuanto nos hallamos solos, mi visitante se creyó obligado a explicarme aquella familiaridad.

Durante la permanencia en México de estos jóvenes, su “voseo” me alentó a emplearlo en broma con ellos, y así quedó establecido inesperadamente nuestro tuteo. Lo singular es que yo me he tuteado con pocos amigos antiguos y de mi edad.

Agregó que la familiaridad entre los estudiantes argentinos y él se había acentuado en paseos y excursiones, durante los cuales solía pedirles que le entonasen canciones populares de nuestra tierra, siempre interesado por conocer las particularidades folklóricas de América. No era ése el fuerte de nuestros jóvenes representantes, y sonrió al recordar la desafinación de uno, las confusiones de otro, la sorpresa de un tercero que no se explicaba aquella curiosidad insólita... Estrechamos amistad rápidamente. Nos veíamos a diario. Juntos recorrimos el salón primaveral de Bellas Artes, asistimos a recepciones y banquetes y viajamos a La Plata, donde se celebró un acto universitario en homenaje a la misión mexicana y otro, el 14 de octubre, en la Facultad de Humanidades, donde Henríquez Ureña leyó las preciosas y memorables páginas que tituló “La utopía de América”. Tuve yo la satisfacción de presentarlo al auditorio en nombre del cuerpo de profesores. La embajada, compuesta sobre todo por destacadas figuras de las letras atraía el interés de

los centros de la cultura porteña. Era ministro de México el gran poeta Enrique González Martínez, siempre entusiasta y cordial. Vasconcelos no se negaba, por cierto, a disertar en público. Julio Torri leía relatos sutiles, Carlos Pellicer recitaba su canto reciente a las cataratas del Iguazú, Henríquez Ureña, reclamado por la concurrencia, solía decir su breve glosa a un pensamiento de Rabindranath Tagore. Una noche manifestó el deseo de ver actuar a Roberto Casaux y fuimos al teatro Opera, donde trabajaba el celebrado cómico.

Al partir de regreso la misión, mi nuevo amigo se despidió de mí con un promisorio ¡hasta pronto! Encariñado con la Argentina, ya me había expresado su esperanza de radicarse en ella.

Nuestra correspondencia epistolar se inició con una carta suya datada en México el 20 de marzo de 1923. Extraído de ella esta declaración estilística: “A poco de llegar aquí tardamos dos meses -le envié Mi España, que espero le haya llegado y le haya llevado mis recursos, como yo mismo, creo que voy acercándome (al menos eso procuro) a escribir en el tono de la conversación, y aspiro a que mis artículos- mientras no puedan ser sustanciales sean conversaciones con amigos”. En la misma carta hay una referencia a su novia, y agregaba, sin duda pensando en ella también: “No abandono mi deseo de irme a la Argentina, aunque las circunstancias me obliguen a esperar”.

El 23 del mes siguiente me escribió de nuevo: «Aunque no tengo noticias de usted, después del envío de Mi España, creo tener en usted uno de mis mejores amigos argentinos, y por eso me atrevo a molestarlo. Por ahora, a reserva de escribirle más despacio, le envío la primera de las «Cartas a mi tierra», que deseo dar a conocer en la Argentina, y que enviaré en serie. Tengo mi escrúpulo y por eso acudo a usted: no sé dónde encajará mejor la serie, ya que hago afirmaciones que pueden tomarse como excesivas. Le ruego,

pues, que usted decida dónde es preferible que aparezcan las «Cartas» y las entregue al diario o revista que escoja»; y lo entregué a la revista *El Hogar*, de Buenos Aires, donde apareció, los acontecimientos políticos de México arrasaron en seguida con la situación de aquel momento, y Henríquez Ureña perdió su cargo en el Instituto de Intercambio Universitario. Me escribió una carta angustiada, recién casado, quedaba sin apoyo económico, en un medio hostil y con sus amigos también desalojados y desvalidos. Necesitaba salir de México y pensaba con más vehemencia que nunca en la Argentina. Pero ¿cómo vivir en ella? ¿Podría conseguir algún puesto público, alguna cátedra para contar con un sostén inicial?

Felizmente estábamos empeñados en la reforma del plan de estudios del Colegio Nacional platense y yo formaba parte del Consejo Superior universitario. El presidente de la Universidad, doctor Benito Nazar Anchorena, y el rector de aquel establecimiento, mi ex alumno doctor Luis H. Sommariva, acogieron mi pedido con simpatía y recta comprensión: el humanista dominicano podía ser un colaborador valioso. Tuve, pues, la alegría de ofrecer a mi lejano amigo tres cátedras secundarias de lengua castellana.

Me escribió el 4 de diciembre:

“Hoy he recibido su carta del 3 de noviembre y me apresuro a contestarle. Le agradezco infinita sus gestiones y quisiera poder irme en seguida, pero las circunstancias me lo impiden, así es que le ruego resuelva con las autoridades escolares lo siguiente: ¿es posible que llegue yo en mayo o junio? Sé que es pedir demasiado, pero otra cosa es imposible para mí y quizás fuera factible encomendar los cursos interinamente a otras personas. Esto implicaría una gran cortesía, excesiva para quien todavía no ha podido iniciar sus cursos, pero no inconveniente para los sustitutos, puesto que recibirán la remuneración entretanto. Las circunstancias que me detienen son éstas: la primera es que precisamente a principios de

marzo espero al primogénito. Si pudiéramos emprender el viaje inmediatamente la dificultad no sería tan grande y el niño sería argentino. Pero de momento no veo modo de reunir dinero para el viaje ni me atrevo a dejar abandonados mis embrolladísimos intereses. La situación económica de México es muy mala, nadie tiene dinero, mis ahorros están medidos en tierras no acabadas de pagar, y éstas me representan, por ahora, deudas y no entradas. Ni hay a quién vender, ni siguiera a quién asociar. Pero claro es que de aquí a marzo habré logrado darle solución al asunto.”

En la misma carta se refería a la muerte de Héctor Ripa Alberti, acaecida en La Plata el 18 de octubre de aquel año, y el párrafo terminaba con esta vinculación imprevista:

«Aquí la Secretaría de Educación Pública organizó una velada a su memoria, y en ella me tocó hablar. Creo, por cierto, que mis palabras al aludir al conflicto universitario de la Argentina ahondaron mi separación de las autoridades mexicanas.» Pedro Henríquez Ureña, su joven y bella esposa y su hijita Natacha desembarcaron en Buenos Aires a fines de junio o principios de julio de 1924. Pedro había gastado en el largo y costoso viaje todo su dinero y se vio obligado a afrontar, durante los primeros meses, una situación penosa, sobre todo para su delicadeza moral. Deseaba instalarse en alguna pensión familiar, y la buscamos juntos. Se decidió por una situada en la calle Bernardo de Irigoyen, bastante próxima a la estación Constitución, y empezó a viajar diariamente, algunas veces lo hacíamos en el mismo tren. Fue recibido con gentileza por las autoridades del Colegio, pero varios profesores de la misma asignatura que él enseñaba, mostraron cierto desapego hacia el nuevo “colega” tal vez encono para el “extranjero” recién venido que había logrado una posición envidiable, no alcanzada por ellos en largos años de ejercicio docente, quizás la sequedad un poco tosca del compañero ilustre, que debieron de interpretar como signo de superioridad despectiva, cuando no era sino reserva natural y hasta apocamiento en el trato social. También se esperaba

de él la efusión de un tropicalísimo desbordante, porque una vez, en la sala de profesores del vasto establecimiento, alguien lanzó en su presencia una saeta intencionada contra la hojarasca literaria de las tierras calientes. Con energía, pero sin destempe, el antillano consideró aquella generalización un lugar común de la ignorancia, y citó escritores ampulosos de regiones mucho menos cálidas de América. Hubiera podido presentarse él mismo como ejemplo de contención y sobriedad. Comprendí entonces que el difundido concepto climático influía obsesivamente en su constante vigilancia del estilo. Y algo después supuse que el resquemor del episodio había aflorado en cierto párrafo de uno de sus trabajos de aquellos días, del que me limito a transcribir estas líneas: “Cada país, o cada grupo de países -está dicho- da en América matices especiales a su producción literaria: el lector asiduo los reconoce. Pero existe la tendencia, particularmente en la Argentina, a dividirlos en dos grupos étnicos, la América mala y la buena, la tropical y la otra, los petits pays chauds y las naciones bien organizadas. La distinción, real en el orden político y económico -salvo uno que otro punto crucial, difícil en extremo-, no resulta clara ni plausible en el orden artístico”. Inmediatamente se impuso por su saber. Asombraba la precisión de su memoria y el interés que manifestaba por conocimientos extraños a sus estudios habituales. Mi amigo inolvidable, el doctor Hilario Magliano, director del departamento de física y matemáticas del Colegio, me confirmaba lo referente a su especialidad: las preguntas que le hacía revelaban una sólida información. Pronto se vinculó a la ciudad universitaria mediante lecturas y conversaciones que grupos de estudiantes o asociaciones de cultura le pedían. En noviembre de 1924 el pintor platense Emilio Pettoruti, recién llegado de Europa después de una provechosa ausencia de diez años, inauguró la exposición de sus cuadros en la Universidad. Yo debí pronunciar las palabras de apertura, impedido por una enfermedad repentina, me reemplazó con ventaja Henríquez Ureña. Destaco de sus páginas esta declaración valiosa: «Si yo he ejercido -con intermitencia, y cada vez menos- la crítica literaria, he esquivado todo lo

posible la crítica de artes plásticas, tal vez porque aspiro a persistir en la próxima libertad de mis gustos, creo que en las artes plásticas, aun más que en las letras, ha de ser permanente el reconocer las altas cualidades, pero han de variar en cálida fluidez las preferencias si se quiere que conserven realidad y vida. Si Emilio Pettoruti me cree capaz de hablar de su obra al público de su ciudad natal -y ya reincide-, es sólo porque juzga que los libros y los museos no me han robado la facultad de pensar, ni siquiera la aptitud para ver.» El cansancio del viaje diario y la obligación de madrugar lo decidieron a instalarse en La Plata, hubo, tal vez, otra razón poderosa: su necesidad socrática de continuar el diálogo con los alumnos predilectos, después de clase. Solía vérselo con tres o cuatro de ellos por calles y paseos, supe que las reuniones en su casa se prolongaban hasta después de medianoche. Yo almorcé en ella algunas veces. Solamente con Pedro e Isabel, su esposa. En una ocasión, de sobremesa, mi amigo me propuso organizar en colaboración una antología poética hispanoamericana. Esta obra lo tentaba desde que en 1910 había participado en la Antología Mexicana del Centenario con Luís G. Urbina y Nicolás Rangel. Trabajamos varios meses sobre un plan suyo, abandonamos temporariamente, no recuerdo por qué, nuestra labor, la reanudamos en Buenos Aires, cuando él volvió a radicarse en esta ciudad, y finalmente, con motivo de su viaje a Santo Domingo, quedó interrumpida para siempre. Tengo presente que habíamos escogido numerosas piezas y escrito veinte o treinta notas bibliográficas. La admirable memoria de Pedro anticipó el texto inhallable de dos o tres poesías antillanas, verifiqué después su exactitud.

Amaba los versos y nunca citaba uno solo sin adoptar la entonación reverente que lo destacase en la espontaneidad descuidada de la charla.

La atracción de Buenos Aires -teatro, conferencias, exposiciones-, el reclamo de sus amistades porteñas y otras tareas docentes ya iniciadas en la gran ciudad, lo devolvieron

a ella con su mujer y sus dos hijas, argentina la segunda. Sin embargo, continuó viajando casi diariamente, pues siempre mantuvo, como he dicho, sus tres cátedras en el colegio platense, fuente principal de sus recursos, aunque obligación dura y monótona. Llegaba al tren en el último instante con su cartera abultada, y empleaba la hora de viaje en corregir los trabajos de sus alumnos de segundo y tercer años, o en dormirar, eterno deudor del sueño sacrificado al estudio, a la velada entre amigos. Hallaba tiempo, sin embargo, para escribir un artículo o dar una conferencia, y entre éstos no olvido su espléndida colaboración al ciclo de difusión cultural que como rector del Colegio Nacional de La Plata organicé en 1929. Le correspondió a Henríquez Ureña la disertación octava y nos leyó un estudio sobre «Música popular de América», que fue convenientemente ilustrado por una pianista y una cantante. Ese estudio de cincuenta y siete páginas impresas, nunca reproducido, yace casi ignorado en el volumen de limitada circulación que recogió aquellas disertaciones. Al prepararlo para el libro, el autor le añadió notas bibliográficas y aclaratorias y ampliatorias. He aquí el Principio de su breve introducción: «Que el título escogido para mi disertación sea mi defensa: «Música popular de América» no me compromete a hablar de toda la música de nuestra pareja de continentes: me permite limitar el campo. Ya en el camino de las limitaciones, resulta fácil la primera: no hablar del Río de la Plata, no llevar lechuzas a Atenas ni naranjas al Paraguay. Era natural, además, declarar la separación -a pesar de ligeros contactos y coincidencias- entre nuestra América Latina y la América Inglesa. Era difícil penetrar en la maravillosa selva del Brasil. Y así, de exclusión en exclusión, por que esta variedad de países y regiones multiplica las dificultades, llegué a la limitación definitiva: tratar sólo de la música de las Antillas y de México».

Quede también transcrita aquí la diferencia entre el arte popular y el vulgar, tan nítidamente establecida en aquella introducción:

«Está en crisis el arte popular genuino: en muchos países -los de nuestra América española entre ellos- va camino de desaparecer. Es una forma de cultura que expresa un sentido de la tierra. Hay quienes la consideran cultura arcaica, que guarda, empobrecidos, los restos de forma superiores, nacidas en la alta cultura: así, las reliquias de la música litúrgica de la Edad Media en la canción popular de diversos pueblos de Europa. Pero el arte popular no es sólo conservación: transforma cuanto adopta, lo acerca a la tierra, además, crea. Como actividad espiritual genuina, es creación.

«El arte popular se refugia ahora en los campos, y hasta allí lo persigue y lo acosa el arte vulgar, industria de las ciudades, especialmente de las capitales. Nunca es obra del hombre sencillo sino del que ha entrado a medias en dosis variables, según los casos, heces de civilización y espumas de pueblo. El arte vulgar se extiende desde los cuadros de pintores en boga, los Bouguereau de ayer o los Chabas de hoy, hasta los cromos de almanaque, desde las novelas académicas de Henry Bordeaux y de Ricardo León hasta el sainete de humildes teatros de barrio, desde las óperas triviales que en los grandes escenarios alternan con Don Juan, con Tristán e Isolda, con Boris Gudorov, con Peleas y Melisande, hasta los cuplés de revista.

«No que el arte vulgar merezca siempre desdén; tiene, se ha dicho, sus aciertos, y tantos más cuanto más se acerca a las formas populares. En música los aciertos son más frecuentes que en otras artes: porque las melodías y los ritmos del pueblo se insinúan fácilmente en los gustos del hombre de ciudad y el músico los lleva incorporados a su sensibilidad desde la infancia, mientras que las formas ingenuas de las artes plásticas y de la poesía tropiezan con graves resistencias en el ambiente urbano. El gran pecado del arte no es que pueda errar: yerra también el arte culto, yerra el popular, aunque no lo crean los idólatras del estado de naturaleza. El gran pecado lo lleva en su fuerza de destrucción, que lo empuja a

cegar las fuentes mismas en que bebe mejor: terrible paradoja. La música de jazz que se nutre de invenciones del campesino negro, extraída del Sur de los Estados Unidos, al refluir sobre la región creadora va matando en los antiguos esclavos el don de inventar, el tango, irradiando desde Buenos Aires, arrinconando y desaloja a las danzas criollas del interior de la Argentina. ¡Lamentable visión, la del futuro en que las artes populares hayan perecido bajo la opresión de la imprenta, el cinematógrafo y la radiotelefonía, invenciones de genio esclavizadas para servir de instrumentos: a la mediocridad presuntuosa! Mientras tanto el arte culto se refugiará en atmósferas encarecidas, perdiendo calor y sangre...

«Probemos atajar tales desastres: llevemos nuestro óbolo a la empresa de salvación, como llevan sus tesoros Albéniz y Falla, Igor Stravinski y Bela Bartok».

La esperanza de poder aliviarse un día de la esclavitud que representaba corporal y espiritualmente el viaje y la enseñanza secundaria, era una cátedra en la Universidad de La Plata. Como primer paso para llegar a ella le propuse que optara a la suplencia de una de las mías en la Facultad de Humanidades. Obtuvo ese cargo, dictó anualmente las clases reglamentarias y formó parte de las mesas examinadoras, pero una resolución del Consejo Académico dispuso que sólo podrían ser profesores titulares los argentinos nativos y los extranjeros naturalizados. Henríquez Ureña creyó que la ordenanza le estaba particularmente dirigida, y como nunca pensó en obtener carta de ciudadanía argentina, no pudo llegar a la titularidad en ninguna cátedra de aquella casa de estudios. También fue profesor suplente de la cátedra de literatura hispanoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y juntos formamos repetidas veces tribunales examinadores, pero aunque no se le opuso allí el impedimento de la nacionalidad, tampoco llegó a ser titular, no obstante haberse producido la vacancia del cargo y corresponderle el nombramiento. En cambio, fue incorporado al Instituto de Filología de dicha Facultad, dirigido por el

doctor Amado Alonso, su amigo y colaborador en obras didácticas, y realizó trabajos de gran mérito que editó dicho instituto.

Más suerte tuvo, como docente, en el Instituto del Profesorado Secundario de Buenos Aires. Desempeñó con autoridad inmiscuida la cátedra de literatura hispanoamericana y conquistó siempre la devoción de sus alumnos. Como yo pertenecía al establecimiento y tenía a mi cargo materia afín a la suya, constituíamos mesa examinadora común. Hacia la terminación del año lectivo de 1931, Pedro me dijo que el gobierno de su país lo había designado para ocupar el Ministerio de Educación y que anhelaba desempeñar esa función como un deber patriótico, pero que no se decidía a comprometer la estabilidad de su situación docente en la Argentina. Ignoro si se proponía permanecer corto tiempo en su tierra o si temía que las fluctuaciones políticas, pudiesen obligarlo a abandonar pronto el ministerio, y él no ignoraba la anomalía que significaba obtener licencia en sus cátedras argentinas para ir a desempeñar una función de aquella naturaleza en su país de origen. La proximidad de las vacaciones allanó temerariamente la dificultad, logrando adelantar el examen de sus alumnos, y partió. El 20 de noviembre recibí carta suya, escrita a bordo del Eastern Princes. Me decía:

«De Rosario le había escrito unas líneas, pero, como usted supo, no nos pudimos embarcar allí. El trastorno sirvió para que conociéramos la ciudad y muestras asombrosas de generosidad argentina. Regresamos por unos días a Buenos Aires, y cuando esperaba ocuparme de los amigos, se nos enfermó Natacha de enterocolitis y al fin tuvimos que embarcamos con ella todavía enferma. Ahora el mar y el reposo nos han mejorado a todos. Espero llegar a Santo Domingo con normalización general» De Santo Domingo, mientras ejercía el cargo de Superintendente General de Enseñanza, me escribió el 16 de febrero de 1932 la tarjeta que transcribo:

«Desde que llegué aquí caí en el vórtice, como habría dicho un romántico, y tengo muy pocos minutos fuera del trabajo. La Superintendencia, con escaso personal; atiende las necesidades de una población que parece estar en 1,200,000 habitantes. No he querido comenzar con grandes reformas:

Hay crisis, y toda reforma cuesta algo. He obtenido ya, sin embargo, una disposición del Consejo Nacional de Educación que, si no suprime los exámenes, exime de ellos a los mejores alumnos, como en la Argentina, he acortado los periodos de exámenes y aumentado el número de clases. Hemos organizado, con profesores que trabajamos gratis, la suspendida Facultad de Filosofía y Letras. He visitado el interior del país (yo sólo conocía siete puertos) y me ha sorprendido el aspecto continental, no isleño, de sus montañas y valles: acaso único en las Antillas, porque tenemos las alturas (hasta 3, 140 metros) mayores de todo el archipiélago. Santo Domingo tiene forma de tortuga mientras que Cuba es larga y llana. He dado, además, varias conferencias».

Y terminaba: «He pedido licencias en el Colegio y en el instituto. Si usted puede influir favorablemente, se lo agradeceré.»

Resuelto así el pedido para las cuatro cátedras, el profesor dominicano volvió a ellas al terminar las licencias.

A sus tareas docentes añadió la dirección de una sección de las ediciones Losada: «Cien obras de la literatura y del pensamiento universal». Escogía las obras, escribía para cada una varias páginas de introducción -nunca meras noticias, a veces notables resúmenes de la crítica universal, como en La Ilíada, o estudios sobrios y luminosos, como al frente de Facundo. Y además corregía escrupulosamente las pruebas.

Recuerdo haberle visto aprovechar minutos entre dos turnos de exámenes, para revisar las galerías húmedas. Pero

su siempre soñada Historia de la Literatura Hispanoamericana ¡quién, sino él, era el llamado a dárnosla! esperaba... Me habló de ella cuando nos conocimos, nuestra antología frustrada debió de estar dentro del mismo plan, poco antes de morir le oí lamentarse de no poder consagrarle el tiempo y la exclusividad necesarios. No hay duda que innumerables apuntes, artículos, disertaciones, y sus clases semanales de la materia, iban clarificando, distribuyendo y dando forma parcial a sus enormes acumulaciones, y no todo se perdió, pues sus dos últimos libros fueron extraídos de tan rica experiencia y de tan valiosos yacimientos. Trabajaba sin biblioteca propia, lo que contribuía a la dispersión del esfuerzo y a la pérdida de muchas horas. Sus mejores libros habían quedado en Santo Domingo, en Cuba, en México, en poder de sus hermanos y sus amigos. Solía referirse a obras difíciles de reemplazar, anotadas por su mano, que había dejado en aquellos países, y tengo muy presente su nostalgia de bibliófilo al evocar un ejemplar suyo de la primera edición de André Chénler, que tenía en La Habana. En repetidas ocasiones, cuando debía dictar las clases anuales correspondientes a la suplencia de mi asignatura en la Facultad de Humanidades, con temas de mi programa, pasó horas en mi casa, entre mis libros, tomando los apuntes que necesitaba. Conservo esos ejemplares con la huella de su lectura: un punto dejado por el lápiz en los márgenes para señalar una línea o un párrafo. Sé que era su costumbre, porque en obras que me facilitó o regaló, descubrí esa guía perceptible pero diminuta. A veces subrayaba una palabra. Y poseo un libro que él debió de pedirme cuando trabajábamos en la abandonada antología, pues se trata de la Antología de poetas modernistas americanos, organizada por C. Santos González y prologada por Rufino Blanco Fombona, -edición Garnier Hermanos, París 1913- que en la página XVIII del prólogo muestra una anotación marginal de tres palabras con su letra. Fue probablemente, una reacción de fastidio, un impulso de réplica aleccionadora. El párrafo apostillado se refiere al poeta mexicano Salvador Díaz Mirón y dice: «Su

personalidad potentísima e inconfundible ha troquelado en su nueva manera una estrofa de ocho heptasílabos; el cuarto, agudo, rimando con el octavo, los tres primeros rimando entre sí, y los quinto, sexto y séptimo también monorrimos. Ya le han imitado la estrofa, Rubén Darío el primero”. El sabio lector de mi ejemplar anotó aliado de la ligera afirmación: “El viejísimo cejel”. Como es sabido, Henríquez Ureña mantuvo siempre su devoción a la poesía del gran lírico nicaragüense.

El autor de *La versificación irregular en la poesía castellana* (Madrid, 1920), tenía evidente predilección por los estudios métricos, que no abandonó durante su residencia en la Argentina. Entre sus trabajos platenses figura uno de 1926 titulado «En busca del verso puro», casi veinte años después amplió notablemente el iniciado en 1909 sobre «El endecasílabo castellano», y guardo una carilla de 1945 en que su mano anotó varios trabajos en inglés y en alemán sobre el soneto de Lope de Vega, que no recuerdo si correspondía a investigaciones que hubiera iniciado en los últimos años.

Una tarde, mientras tomábamos exámenes y él presidía, me deslizó un sobre a escondidas, el brillo que sorprendí en sus ojos confirmaba la sorpresa: era la invitación de Harvard a ocupar con un curso de su especialidad la cátedra Charles Eliot Norton, de prestigio mundial, que había contado en años anteriores con las presencias del helenista Gilbert Murray, del físico Alberto Einstein, del músico Igor Stravinsky. El profesor Pedro Henríquez Ureña permaneció en los Estados Unidos durante el año académico 1940-1941. A su regreso, las ocho conferencias dadas por él, en lengua inglesa, en el Fogg Museum of Art, fueron reelaboradas en Buenos Aires y constituyeron el volumen titulado *Leterary Currents in Hispanic América* (Cambridge, 1945). La obra, traducida al español por Joaquín Diez-Canedo, apareció impresa en México en 1949. Tres años antes, el 11 de mayo de 1946, el autor se había dormido, a mediodía, para no despertar, en un tren que lo llevaba a sus cátedras platenses. La cartera abultada,

llena de ejercicios gramaticales, minuciosamente corregidos por el humanista que enterraba horas preciosas en esa labor cotidiana, quedó a su lado, testigo indiferente.

ANEXO III

**CARTAS DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
A MAX HENRÍQUEZ UREÑA Y A ALFONSO REYES**

FAMILIA HENRÍQUEZ UREÑA*

**De Pedro Henríquez Ureña
a Max Henríquez Ureña**

Buenos Aires, 8 de mayo de 1931

Max:

Al fin he podido hacer tiempo y escribir el poder que desde hace más de un mes me pediste. La fórmula me la dio D. Agustín Acevedo, el ministro, a quien veo con frecuencia; excelente persona, como toda su familia, pero que se encuentra muy solitario en Buenos Aires, porque aquí un diplomático no se crea amistades, como tú ya sabrás, sino siendo mundano y disponiendo de recursos, o bien siendo hombre de letras.

He agregado en el poder autorización para reclamar los terrenos de Pedro Díaz, gestión que ya había iniciado Arturo Morales, creo que en combinación con Ignacio Guerra. Me parece que valdría la pena reclamarlos. Esos terrenos todavía producían en 1892; el único que se ocupaba en explotarlos, para esa época, era Cristóbal Díaz, poco antes de irse a vivir a San Carlos, donde murió al poco tiempo; Mon recuerda que Cristóbal vendió muchos animales, de los cuales nunca dio un centavo a nadie. Nosotros hemos autorizado a hacer la reclamación en 1918 y desde entonces nunca se nos ha dicho nada; como ves, no hacía treinta años que se habían abandonado los terrenos. El arreglo que se hizo con Arturo Morales, naturalmente, debe darse por inexistente, y el poder que te envió reemplaza al que le di. Ahora bien: yo creo que sería sumamente fácil, ahora que con el gobierno tienes todas las facilidades posibles, no sólo encontrar los

* Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, Secretaría de Estado de Educación Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, República Dominicana, tomo 11, pp. 190-197.

documentos en el Registro de la Propiedad (todo el problema es averiguar la fecha), como ya los había encontrado Ignacio Guerra, sino hacer que se inscriban a nombre de los actuales herederos, que no somos más que los descendientes de los dos únicos hijos de Pedro Díaz que tuvieron descendencia: Gregoria (Ramona y los cuatro hijos de Salomé) y Victoriano (Nicomedes y los hijos de Cristóbal). Ahora, yo no creo que deban quitárseles las tierras a los actuales ocupantes, si las trabajan de buena fe -o siquiera, no más, porque vivan en ellas y de ellas-, a pesar de que se puede probar que no hay prescripción treintenaria: la tierra debe ser del que la trabaja, y por lo tanto a todos los actuales ocupantes debemos cederles lo que ocupan. Pero sé que aquellos terrenos eran muy extensos; no eran terrenos cultivados, sino dehesas de reses; y, dada la pereza del campesino dominicano, sería raro que hubieran ocupado y trabajado todos los terrenos, nuestra reclamación debe tener como único objeto readquirir lo desocupado y hacerlo poner a nuestro nombre hasta que se pueda hacer algo con ello.

De *Archipiélago* tengo los números 17 y 18, de abril y diciembre de 1930. Pero de tu antología cubana sólo he recibido un pliego, el que comienza en la página 89. *El retorno de los galeones* sí lo recibí: dos ejemplares. Lamento que no me hayas consultado sobre los datos de Santo Domingo: el trabajo en conjunto está muy bien, pero la parte en que se me cita queda precisamente pobre. No sé si conoces las *Rectificaciones* de Apolinar Tejera: rara vez son verdaderas rectificaciones; más bien son adiciones de datos, y no generalmente literarios, pero sobre los obispos -a quienes te refieres con algún detenimiento- sí trae muchas indicaciones. Luego dices que yo digo que la universidad “tuvo cursos de teología, filosofía, derecho y medicina; acaso también de astrología, como México”. El modo de decirlo indica que yo no tenía muy clara idea de cómo estaban organizadas las Universidades coloniales. Si llego a reimprimir aquel trabajo,

diré que nuestra Universidad, de acuerdo con el sistema medieval, estaba dividida en las cuatro Facultades típicas: Artes (que es la que comprendía parte de los estudios filosóficos), Teología, ambos Derechos -Civil y Canónico- y Medicina. La Facultad de Artes, de donde procede el College de Inglaterra y los Estados Unidos, es la que daba el bachillerato en Artes, previo a cualquier estudio en las otras tres facultades: los estudios estaban formados por el Septenario, las siete artes liberales, divididas en dos grupos: el trívio, para comenzar, -gramática, retórica y dialéctica, o sea lógica-, y luego el cuadrívio, -las cuatro artes matemáticas, aritmética, geometría, música y astrología. (Otros dicen física; creo que algunas instituciones hacían este cambio). La gramática, por supuesto, era la del latín; la de las lenguas vulgares no se enseña sino muy tarde; en América, quizás sólo desde el siglo XIX. La física, antes del siglo XVIII, no era sino la de Aristóteles.

Al hablar de Las Casas, dices que su campaña fue sugerida “sin duda” por los sermones de Montesinos. Si este “sin duda” es, contra su valor literal, el “tal vez” de nuestro uso antillano, es innecesario; Las Casas cuenta, en su *Historia de las Indias*, todo el asunto de aquellos sermones de Montesinos y sus compañeros, que lo hicieron entrar en la religión (recordarás que él se hizo sacerdote en Santo Domingo).

Fray Francisco Jarque no era dominicano: ese es uno de los tantos errores que debemos al buen Trelles. Jarque, a quien yo no conocía en 1915, es el conocido biógrafo del evangelizador Ruíz Montoya; no anduvo por otras Américas que estas del Sur, y no sé de dónde se le ocurrió a Trelles hacerlo nacer entre nosotros. Tengo datos sobre otros muchos escritores, que te podría haber comunicado. ¿Crees que habrá modo de publicar en Santo Domingo aunque fuera en una revista, mi Literatura dominicana retocada? ¿Y quizás hacer luego una tirada aparte? ¿Y qué es de mi conferencia

sobre música, que yo te dije que podría darse a la publicidad en la Revista de la Habana? No olvides las correcciones a las citas musicales.

Te escribí desde Montevideo para preguntarte si creías posible mi traslado a Santo Domingo. Supongo que recibiste la carta, que yo recomendé, para echar al correo aéreo, a mi cuñado Vicente, porque tuve que venirme a prisa antes de que terminara el Congreso Universitario. Y supongo también que resulta difícil hallarme acomodado, especialmente porque te expliqué cuánto me cuesta de caro la vida con una familia como la que tengo, no grande, pero que exige mucha atención. Espero que me pintes, cuando tengas algún tiempo, la situación general del país, lo que allí se gana y se gasta. Mi único deseo es asegurar entradas que me permitan vivir cómodamente, cosa que allí no será difícil, y hacer de cuando en cuando algún viaje; tú comprendes que si hago el sacrificio de llevarme a mis hijas al país, es con la esperanza de que de cuando en cuando puedan salir a ver otros países, otras culturas. En cambio, creo que el porvenir de la mujer es allí mucho más amplio que aquí: la Argentina es un país muy anticuado, por culpa de la sociedad de Buenos Aires, que ha ejercido sobre el territorio una enorme fascinación en virtud del esplendor material en que ha vivido y ha hecho que en la Argentina no se conciba a la mujer sino como un ser de lujo. De todos modos, por este lado no tengo ninguna prisa en irme, aunque la situación ofrece sus dificultades; creo que podría esperar, y entre tanto pagar deudas y terminar trabajos comenzados, como la nueva edición de *La versificación irregular* (para Madrid), que me sería muy difícil preparar en Santo Domingo, por falta de libros.

Acevedo me prestó muchos periódicos de Santo Domingo y leí tu informe, que es excelente (salvo una que otra nota demasiado literaria, que no hacía falta). A propósito: creo que es error nuestro que los dos tratemos a menudo unos mismos temas; tú podrías haberte especializado en cuestiones de política, por ejemplo; creo que tu mayor éxito es tu libro

sobre *Los Estados Unidos y la República Dominicana* y que tus éxitos oratorios indican un camino político, que ojalá encuentres ahora en Santo Domingo, donde tanta falta hace la vida cívica activa. Alfonso me ha hablado, por ejemplo, de tu éxito en Madrid. Los García Calderón han sido más hábiles que nosotros: uno tomó para sí la filosofía y la política; otro la literatura, en creación y en crítica. Claro que ellos, estando juntos, pudieron convenir más fácilmente en la repartición. Yo he pensado a veces escribirte esto, pero a la distancia teme uno que las cosas parezcan mal.

Volviendo al informe: me parece muy bien, y el plan para ir instruyendo a los maestros, excelente; supongo que se parece al que hubo en Cuba. Pero hay otras reformas que podrían hacerse: por ejemplo, suprimir los exámenes, reemplazándolos por pruebas escritas frecuentes dentro del año escolar, que es el sistema de toda Europa (excepto la pobre España; pero aun ella va a suprimir los exámenes, porque veo que Marcelino Domingo anuncia que reformará los institutos de segunda enseñanza haciendo que se parezcan al Instituto-Escuela de la Junta de Ampliación de Estudios, escuela perfecta, donde no sólo no hay exámenes, sino que ni siquiera hay años ni grupos de alumnos fijos), de los Estados Unidos y de México. La Argentina es en esto anticuada, como en tantas cosas. Pero en un país pobre, como Santo Domingo, debe dejarse el examen para el alumno libre: veo que sobre eso discute alguien tu informe; pero la discusión es sólo sobre fechas de examen. Para aligerar las tareas del maestro, los exámenes podrían ser los últimos días de clases o muy poco después; con eso, el maestro tendría verdaderas vacaciones, no cortadas por largos períodos de exámenes. Otra cosa: no entendí bien lo que dices respecto de horarios. Es cierto que puede ser conveniente (digo puede: no estoy seguro) que el niño vaya a la escuela de mañana y de tarde; pero también puede convenir que vaya sólo de mañana o sólo de tarde y en vez de cada tres horas, o a lo sumo cuatro (esto más bien en la enseñanza secundaria): de ese modo, el niño tiene una parte del día que puede dedicar a la escuela y otra parte que

pueda dedicar a la preparación de lecciones y de trabajos; y entre tanto, se realiza una gran economía utilizando unas mismas aulas por la mañana para unos alumnos y por la tarde para otros: es decir, se paga un solo local en vez de dos. Es el "Gary sistem" de los Estados Unidos; en la Argentina todos los locales escolares se utilizan dos veces, tanto en primarias como en secundarias, y así lo único que hay que pagar son sueldos de maestros y profesores. Natacha y Sonia asisten sólo de mañana: Natacha, tres horas, a primaria; Sonia, dos horas y media, a jardín. Dos tardes por semana, Natacha va a aprender solfeo al conservatorio de Rafael González.

¿Por qué no inicias -aunque no sea sino en la ley, a reserva de que se cumpla pecuniariamente después-, un sistema de jubilaciones y pensiones? Las jubilaciones serán para personas que hubiesen pasado de los sesenta años, si las desearan; las pensiones, para las familias de maestros que no quedaren en buena situación -que serían casi todos-, mientras las necesitaren.

Recuerdos,
Pedro

De Pedro Henríquez Ureña a Max Henríquez Ureña

Buenos Aires, 18 de mayo de 1931

Max:

Dos veces te he escrito en este año, o tres, la última vez enviándote el poder para los asuntos de la casa solariega. Olvidé indicarte que tenías que registrarlo: supongo que lo habrás hecho.

Deseaba que me informaras si había posibilidad de que yo me trasladase a Santo Domingo. Supongo, por la falta de respuesta, que la posibilidad es escasa. Sin embargo, yo no tengo prisa, y si pudiera esperarse al año entrante, no tendría inconveniente.

Mis motivos para ir:

- 1, servir al país al fin;
- 2, dejar este trabajo mecánico de aquí, en que sirvo muy poco a la Argentina y que me impide trabajar en cosas más; mi influencia es menor de lo que ha sido en México, mucho menor, y de lo que podría ser en Santo Domingo; y no porque aquí no hagan falta -sí la hacen- tales influencias; sino porque muy pocos se dan cuenta de la falta; y mi obra propia se vuelve demasiado escasa;
- 3, este país está anticuado, marcha despacio desde hace años, y no veo que mis niñas vayan a hacer vida muy feliz ni provechosa aquí donde todavía los únicos valores que realmente rigen son los mundanos; claro que eso podrá cambiar pronto, pero no estoy seguro;
- 4, la camarilla que domina en las universidades, reforzada por el actual régimen, es enemiga del que trabaja, así es que mi avance ha sido estorbado sistemáticamente, salvo el resquicio -que no ha llegado a ser hueco- de la Universidad de la Plata, en la Facultad de Humanidades; y no sé cuándo se modificarán estas condiciones. El año pasado llegué a

estar muy bien, pecuniariamente, pero la entrada como titular de cátedras universitarias siguió sin resolverse. Este año he empeorado pecuniariamente -como la mayoría, es verdad-, y las perspectivas de ocupar mi verdadera jerarquía son nulas por el momento. Nadie sabe cuánto durará este gobierno, ni lo que vendrá después.

Mis motivos para no ir:

1, la probable estrechez económica; me he acostumbrado a vivir con entradas de unos 400 dólares mensuales, y creo que eso es inaccesible en Santo Domingo. Dime, sin embargo, a cuánto se puede llegar y cuánto cuesta la vida, en relación con las entradas posibles: sobre todo, si hay perspectivas de ahorrar para adquirir casa y para viajar;

2, la estrechez cultural, sobre todo unida a la estrechez económica: con buenas entradas, no me preocuparía tanto, porque haría venir de Europa parte de lo que necesitara para trabajar y para enseñar; pero, con poco dinero, aquello sería la noche completa, y mi propia acción seguiría siendo infecunda;

3, la duda de que el medio, a la postre, y sobre todo con estrechez, resulte conveniente para las niñas.

En fin, dime lo que puedas, aunque sea en dos líneas. Pero en cualquier otro momento yo podría ir, si el país mejora: dentro de dos, de tres años...

Un consejo práctico: si tienes dinero que invertir ¿por qué no compras terrenos en el lado oeste de la ciudad? Eso tiene que subir mucho de precio, y ahora ha de estar barato.

Otra cosa, y no la olvides: dime qué es de mi conferencia sobre música popular. Supongo que no la enviaste a la Revista de la Habana, que ya no recibo, y supongo que no sale más. Si tienes a mano la conferencia, o si puedes dar órdenes sobre ella, mándasela a Pablo Martínez del Río, Departamento de Intercambio Universitario, Universidad

Nacional de México, indicándole que es colaboración que yo envío para la Revista de la Universidad.

Contéstame pronto sobre esto; por vía aérea.

Muchos saludos a tío Felle y a todos. ¿Qué es de las Feltz?

Pedro

P.S.- ¿No me podrías hacer enviar unos ejemplares del tomo de Poesías de Mamá?

Sé que Papá ha ido a Haití. No sé del resto de la familia.

ANEXO IV
OTRAS CARTAS DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
A ALFONSO REYES

Otras cartas de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes

Buenos Aires. 24 agosto 1931*

Alfonso:

He recibido telegrama de Max, ofreciéndome la Superintendencia general de enseñanza, que él deja, en Santo Domingo, al pasar a Secretario de Relaciones Exteriores. He aceptado. Saldré para la Habana en el Olimpia, noruego, el 26 de septiembre. No hace escalas sino en Montevideo y toma veintidós días.

Vicens, socio de León Sánchez Cuesta, me escribe proponiéndome -sin urgencia- ediciones de clásicos de América. Se ve que desconoce el plan Sáinz. He aceptado, en principio, diciéndole que el plan anterior quedará deshecho de un momento a otro. Yéndome yo a Santo Domingo con mayor razón tendrías que intervenir tú en el plan, puesto que lo de Sáinz Fuentes se reduciría. Así es que cuando vuelva a escribirle a Vicens le diré que tú intervendrías.

¿No podrías hacerte mandar de México un tomo II de Sor Juana? No son caros; y a Lida le haría falta para el trabajo.

Pedro

* Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, tomo VI, 1999, pp. 430-434, Santo Domingo, República Dominicana (Recopilación y prólogo de Juan Jacobo De Lara).

Buenos Aires, 12 de septiembre 1931

Alfonso:

Me piden que te escriba por Juan Manuel Villarreal: piensa ir al Brasil, desterrado, y tendrá que ganarse la vida como pueda.

El piensa encontrar qué hacer en los periódicos: tú sabrás si se puede. Quizás podría dársele trabajo como escribiente en alguna Legación. Ha estado preso ciento treinta días -y está preso aún- porque era presidente de la Federación Universitaria cuando se declaró la huelga. Otros estudiantes han salido libres: él no sé por qué, pues no es comunista ni anarquista; solamente socialista de la "Casa del Pueblo" donde no ha habido muchos choques (algunos sí) con el gobierno.

Nuestro viaje será el 25, de Rosario. El barco no irá a La Habana, sino a Nueva York. Por fortuna el tiempo de viaje es el mismo y la comunicación igualmente fácil con Santo Domingo, o más.

16 de septiembre

Recibí tu carta del 8. Por falta de tiempo, y porque está muy rodeado, no podré ver a Paul Morand.

Pedro

Nueva York, 8 de dic, 1931

Alfonso:

Llegamos aquí el sábado 5. Saldremos para Santo Domingo el jueves 10, en barco rápido que toca en Puerto Rico. Estaremos allí el martes 15.

Nueva York está gigantesca, nunca imaginé que llegara a tanto, pero triste y fea. Muchos de los rascacielos, en vez de buscar efectos propios, los que nacen de su tamaño, tratan de culminar en torres orientales. Los grandes cines, el Roxy, el Paramount, llenos de cargazón Luis XIV: Isabel dice que se parecen a la Embajada Mexicana en Buenos Aires, pero las masas son imponentes.

Saludos Pedro

Santo Domingo, 15 de enero 1932

Alfonso:

Desde Nueva York tenía para enviarte, esos “recortes” pero no había tenido tiempo de ponerte unas líneas. De Río recibo continuamente paquetes: muchas gracias.

Hace un mes justo que llegamos aquí. Comencé a trabajar el día 1ro, “oficialmente” pero antes venía todos los días a conocer el trabajo de la oficina. El trabajo es enorme, y difícil porque falta dinero, y mucha gente busca empleo y se necesitan muchas cosas materiales. El pesimismo de las gentes es muy grande, a pesar de que -con ciclón y crisis y todo- el nivel de la vida es más alto que en 1911, -y entonces todo el mundo estaba contento. Lo que sucede es que lo más grave es sentirse descender y lo más hermoso sentirse subir. En realidad, las cosas están aquí mejor que en otros países: no tan bien como en la Argentina, país privilegiado en esta hora, pero mejor que en los Estados Unidos donde hombres jóvenes y fuertes me pedían diez centavos para comprar sandwiches. Sin embargo, aquí en la capital lo que más deprime es el desastre causado por el ciclón: una cuarta parte de la ciudad está todavía en ruinas y lo demás está deteriorado.

La parte nueva -pequeño Río de Janeiro- es la más destruida, porque las casas eran más frágiles. De la parte vieja, una de las casas destruidas fue la mía, porque le cayó encima otra medio arruinada desde tiempo atrás. En la mayoría de los casos, el viento destruyó los inmuebles: la mayor parte de los planos quedaron deshechos. Mucha gente se ha desmoralizado con el ciclón y han dejado que se le venga encima la vejez.

En cambio, intelectualmente hay gran animación: hay tres asociaciones que organizan conferencias y conciertos. He hablado en dos de ellas; en una estoy dando un curso sobre el teatro y Américo Lugo da uno sobre un periodo colonial ignorado: 1535-1691. La primera lección, crítica

de las fuentes, fue admirable; severa, precisa, pero con uno que otro momento de literatura muy expresiva. Cosa muy europea.

Nadie en la Argentina, muerto Groussac, podría hacer cosa semejante. De salud no estoy bien. Isabel tampoco: padece una crisis tremenda de histeria, como nunca, después de unos días de gran contento. Mi esfuerzo para poder seguir adelante es espantoso.

Saludos a Manuela y a Alfonsito.

ANEXO V

**RECIBIMIENTO A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN
SANTO DOMINGO EN EL AÑO 1931**

El Doctor Pedro Nicolás Henríquez Ureña llegó a esta ciudad esta mañana*

Su recibimiento ha sido un grandioso acontecimiento escolar. Los discursos pronunciados. Nuestro saludo.

Esta mañana, a bordo del vapor Coamo, tal como lo habíamos anunciado, llegó a esta ciudad procedente de New York y la República Argentina, el Dr. Pedro Nicolás Henríquez Ureña, nombrado por el Gobierno para ocupar la Superintendencia General de Enseñanza Pública. Vino el Dr. Henríquez Ureña acompañado de su esposa, Da. Isabel Lombardo de Henríquez y de sus niñas Sonia y Natalia.

De acuerdo con las instrucciones emanadas de la Superintendencia General de Enseñanza, desde muy temprano, las escuelas públicas de esta ciudad, con todo su alumnado y profesorado, concurrieron a las cercanías del muelle, formando desde allí una doble fila de honor, dentro de la cual debía de pasar el nuevo Superintendente hasta llegar a la Universidad, punto final de la recepción.

A las 8 de la mañana atracó en el muelle la gasolinera Coamo que conducía al Dr. Henríquez Ureña y su familia, y allí fue recibido por una comisión del Consejo Nacional de Educación presidida por el profesor Osvaldo Báez Soler, Superintendente General de Enseñanza hasta hoy, y en la cual figuraban además como comitiva todos los empleados de la Superintendencia.

También estaba allí recibiendo al Dr. Henríquez Ureña, su hermano el Dr. Max Henríquez Ureña, Secretario de Relaciones Exteriores; la esposa de éste, Da. Guarina

* Orlando Inoa, *Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo*, Santo Domingo, Ediciones Ferilibro, 2002, pp. 52-56.

Lora de Henríquez Ureña; Lic. Francisco J. Peynado; Dr. Manuel de J. Pellerano Carvajal, Director del Protocolo; Sr. Enrique Apolinar Henríquez; Sr. Francisco Ureña Hernández, Informador Oficial de la Presidencia; Amable Nadal, Manuel de J. Pellerano Amechazurm, y otras personalidades.

Desembarcado el Dr. Henríquez Ureña, púsose en camino en medio de la comitiva que le había recibido en el muelle, deteniéndose ante la Puerta de San Diego, para escuchar las palabras oficiales de salutación y bienvenida, del profesor Osvaldo Báez Soler, Superintendente General de Enseñanza, palabras cordiales y elevadas de un enamorado de la causa de la enseñanza, que ve para ésta un gran porvenir con la llegada a la República del ilustre intelectual que viene a dirigirla desde hoy.

Un gran aplauso premió las palabras del profesor Báez Soler, quien, descendiendo de la histórica puerta, se incorporó a la comitiva principal, presentando sus saludos personales al Dr. Henríquez Ureña, y siguiendo todos adelante, por la cuesta de la calle Colón, por las calles Separación e Isabel la Católica, hasta llegar la comitiva frente al Palacio del Senado.

Allí, los alumnos de las Escuelas Padre Billini y Gerardo Jansen, emanaron el canto “El patriotismo y la escuela”, del educacionista Ramón Emilio Jiménez, acompañados por la banda musical de la ciudad.

Agotadas las notas del himno, dejóse oír desde el pórtico del Palacio Senatorial, la palabra entusiasta y sincera del licenciado Juan Francisco Mejía, Director de la Escuela Normal Superior de esta ciudad, cuyo interesante discurso publicamos un poco más adelante.

Después del licenciado Mejía, hizo uso de la palabra siguiendo el orden del programa, el Dr. Fabio A. Mota,

profesor de la Escuela Normal Superior, pronunciando un justiciero y elegante elogio de la personalidad intelectual del Dr. Pedro Nicolás Henríquez Ureña y de su gran obra literaria y docente, y que ha conquistado para él y para la patria dominicana tan altos lauros en el exterior.

Terminados los discursos, los señores Mejía y Mota se incorporaron a la comitiva, siguiendo todos hasta la Universidad, donde el Dr. Pedro Henríquez Ureña, fue recibido por el Rector de la institución, Dr. Federico Henríquez y Carvajal, acompañado del cuadro de profesores del alto centro docente.

Allí el primero en hacer uso de la palabra fue el Sr. Ramón Emilio Jiménez, Consejero de Educación, a nombre del Consejo a que pertenece.

Su discurso, de una gran importancia y envergadura, lo publicamos íntegro más delante de esta reseña. Pudiendo decir aquí que conquistó aplausos prolongados de todo el auditorio.

Después, pronunció adecuadas palabras al acto en su calidad de Rector de la Universidad, el Doctor Federico Henríquez y Carvajal.

El Dr. Pedro Nicolás Henríquez Ureña contestó a este discurso y a todos los anteriormente pronunciados, manifestando el reconocimiento que sentía por el recibimiento de que estaba siendo objeto, así como por el honor que le había conferido el Gobierno al llamarlo para tan encumbrado puesto. Habló de su larga peregrinación por América, y expresó la gran emoción que sentía al pisar de nuevo la tierra patria para ofrecer a sus conciudadanos el modesto fruto de su experiencia, contribuyendo con la grandeza del mañana.

Con las palabras del Dr. Henríquez Ureña terminó el programa oficial de la recepción. El Dr. fue introducido en un carro para ser conducido a la residencia del Dr. Max Henríquez Ureña, donde permanecerá temporalmente, mientras las autoridades regresaban a sus oficinas y las escuelas iniciaban su marcha de regreso por las calles de la ciudad.

La Opinión, que conoce la personalidad destacada del Dr. Pedro Nicolás Henríquez Ureña y la obra verdaderamente notable que él ha realizado en el campo de las letras en su más amplia y variada expresión, le saluda respetuosamente en su regreso a la patria, en la seguridad de que él sabrá corresponder a los ideales que persigue el Gobierno, prestigiando el cargo que se la ha confiado, por el cual han pasado pocos dominicanos de su talla intelectual.

Palabras del Superintendente interino señor Báez Soler tomados a taquigrafía por Juan A. Gómez

Ilustre compatriota:

Habéis pisado tierra propia después de larga ausencia de la Patria. Salisteis de aquí con un nombre ya consagrado en las Letras y habéis regresado poseedor de una fama digna de vuestros merecimientos.

Es generalmente conocida la copiosa labor con que habéis contribuido al brillo de las Letras Españolas, como crítico, como conferenciante, como catedrático y como prosador eminente en cuyos trabajos resalta siempre la originalidad del pensador y la grandeza del estilista.

Deseoso el Honorable Señor Presidente de la República, General Rafael Leonidas Trujillo, de poner al servicio de la Administración Pública las verdaderas capacidades dominicanas, os llamó confiado en el caudal de conocimientos y el tesoro de experiencia que tenéis como fruto de una vida consagrada durante largos años al arte y a la ciencia.

Todo el país se regocijó con la llamada que os hizo el Jefe del Estado para confiaros la delicada misión de dirigir la Escuela Nacional cuyos destinos van a descansar ahora en vuestras manos.

Ved cómo, maestros y alumnos, con entusiasmo devoto, os reciben dignamente, y fraternizados con ellos todos los que han venido siguiendo con interés la larga serie de triunfos ganados en las luchas mentales que han mantenido en actividad las alas de vuestro luminoso pensamiento.

En mi carácter de Superintendencia General de Enseñanza interino os doy a nombre de la Escuela Dominicana, la más cordial bienvenida.

La admiración y el cariño os abren paso. Penetrad, ilustre compatriota, en la ciudad, que os recibe con los brazos abiertos, orgullosa de teneros como hijo.

El discurso del Lic. Juan Fco. Mejía

Ilustre señor:

La Escuela Normal Superior de Santo Domingo, que para honra mía dirijo, se complace en presentar a Ud. este Mensaje de Bienvenida, no sólo por su feliz arribo a las playas dominicanas, después de largos años de ausencia provechosa para las disciplinas de su espíritu, sino también, porque ella celebra con júbilo el que Ud. haya sido seleccionado por el Hon. Presidente de la República, para desempeñar el alto cargo de Superintendente General de Enseñanza.

De su vasta ilustración como pedagogo americano, la Patria espera una labor fecunda, unos moldes nuevos donde verter los viejos Planes de Enseñanza, que ya han perdido la fuerza de cohesión de otros tiempos bajo la acción de las ideas pedagógicas modernas; y así surgirán otros sistemas educacionales y otra legislación escolar más en armonía con la civilización mundial y con el estado sociológico del pueblo dominicano.

Sea bienvenido señor, a esta tierra que le vio nacer y que ahora recibe alborozada, satisfecha y orgullosa, mirando como se inclina su frente bajo el peso de los laureles conquistados allende los mares en justas académicas.

Meduloso discurso pronunciado por el Sr. Ramón Emilio Jiménez en la Universidad a nombre del Consejo Nacional de Educación

Ilustre Compatriota:

El Consejo Nacional de Educación me ha confiado el honorador encargo de daros, en su nombre, la más cordial bienvenida, misión que no por confiada al menos autorizado de sus miembros deja de revelar el alto aprecio que el superior organismo escolar hace de vuestra elección para dirigir los destinos de la Enseñanza Dominicana.

Al cabo de cinco lustros habéis venido a la patria, llamado por el Honorable Presidente de la República, General Rafael Leonidas Trujillo Molina, para asumir la más alta investidura docente en el país. Ha querido el Señor Presidente, en su obra de reconstrucción nacional, ofrecer una ocasión a vuestra capacidad y a vuestro patriotismo. En vuestra personalidad ha visto él la figura de un colaborador ilustre, y es precisamente el ramo más delicado de su Administración el que os confía. Este solo hecho prueba el interés de su política perseguidora de capacidad y de honradez para el servicio público.

Mago de la depuración y del juicio, sois el más alto valor de la Crítica en América. Sentido elevado de la belleza, espíritu penetrante y sagaz, rectitud al servicio de la verdad en el arte, y agudeza filosófica para desentrañar ocultos designios y tendencias en las obras literarias, a vuestro influjo palpita el documento, se humilla el dato y fluye el testimonio, a la manera como las piedras de los muros arcaicos dan, sumisas sus más íntimos secretos al osado arqueólogo, y las capas profundas de la tierra los suyos al geólogo audaz que sabe ver en ellas la historia de los siglos.

Y sois artista de honda fibra personal, dueño de todos los matices y joyas del lenguaje; orientador de la juventud

hispanoamericana en el orden de las ideas estéticas las que esparcís en el libro, la tribuna académica y la cátedra universitaria: sembrado de entusiasmos para la lucha por la conservación y brillo del idioma cuya pérdida habría de ser para nosotros, los hispanoamericanos, la muerte, por consunción espiritual, de todos nuestros pueblos afines por origen y habla, y herederos comunes de la épica hazaña colombina.

La elección recaída en vos para dirigir la educación de nuestro pueblo se tradujo en confianza general que ofrece vuestro nombre. Si bien es prenda de notoriedad vuestra función de catedrático eminente, no se os conoce como pastor de corderos humanos, cayado de amor en la diestra sensible al vellón de la inocencia; pero venís de sangre educadora: de Salomé Ureña. Que calentaba vuestro origen mientras enseñaba, poetisa como jamás hubo otra en nuestro suelo, águila del numen, que por serlo fue tan buena jardinera de almas como cantora de sus propios sembrados de conciencias.

Así poniendo amor de poesía en la enseñanza, como cumple a los arquitectos de generaciones, que vivió aquella santa mujer cuyos mejores poemas los escribió, más que con cifras de sonoro lenguaje, con almas inocentes de niños. De ese tronco lírico-didáctico y con savia de proceridad por el lado paterno surgisteis a la vida. De ahí la consagración de vuestro espíritu a la ciencia y al arte de lo bello.

En la naturaleza de vuestra vida hay una alondra hereditaria. ¡Cómo no ha de haber también un comprensivo y dúctil pedagogo, capaz de dar un trazo fuerte de orientación nacionalista y humana a nuestra escuela! Para eso unís a un privilegiado cerebro un noble corazón, Hostos no fue todo en punto a educación para el país. Hay que completarlo y aún corregirlo.

Nada más delicado que dar a un país la clase de educación que le conviene. La función de la Escuela debe reflejar la necesidad del ambiente que le es propio, Escuela que no mate las condiciones específicas del medio, antes bien, las reafirme, amando sus costumbres, porque son partes de la estructura anímica del pueblo, y con ellas muchas tradiciones que son aromas de los tiempos remotos. Ha de ser ara porque la Patria no vive sin cultos, como el pueblo no vive, sin creencias. Cuando el Presidente Trujillo hace de manera compulsiva que se adopten actitudes de reverendas al toque del Himno y al paso de la insignia Nacional, sabe el valor religioso de ese culto y el prócer educador de tales símbolos. Hasta que el patriotismo nuestro sea una religión, subsistirá la necesidad de perseguir la irreverencia.

Y es que la formación racional de ese culto concierne a la pedagogía. No podemos pecar de insinceros. Por lo común hay en nuestra enseñanza pobreza de sentido educador. La Historia Patria es explotada fríamente, así en la ética como en la literatura, con haber vocaciones y cultura didáctica, no hay verdadero apostolado: para eso falta más amor. Más que las piedras y las líneas armoniosas, el templo lo hace el sacerdote y la creencia.

En realidad no se ha resuelto el problema universal de la Escuela, y así unos pueblos disponen de mejores escuelas que otros, sin que ninguno de ellos, ni aún los más avanzados en cultura, tengan instituciones de Enseñanza que respondan cabalmente a las necesidades sustantivas del niño, sobre cuya delicada humanidad pesan, como una tiranía, los defectos de la moderna educación. Porque se ha de llegar en los primeros grados a la educación natural preconizado por Barnés Cancelierri, Motessori, Ellen Kee. Delauhaie y otros revolucionarios actuales. La educación natural con las restricciones necesarias. La libertad individual con sus limitaciones pertinentes. Hagamos una infancia gozosa, no

con el juego dado como ración o dosis, juego administrado, prestado o consentido, sino con el juego como derecho, como privilegio, como atributo.

En mis experiencias de maestro yo he visto que lo más importante para el niño no es el juguete sino la libertad preciosa de jugar. La orientación de la enseñanza, como lo requiere el país, desde la escuela de párvulos hasta la universidad, será obra realizada con vuestra dirección, obra de celoso patriotismo para la cual contaréis con el empeño cívico de un gobernante que si formado, a lo espartano, en la dura escuela de las armas, le asiste el culto griego del espíritu, porque sabe que los pueblos más ilustrados han sido siempre bien los más sufridos, los más fuertes de la historia, y contaréis con los esfuerzos que hemos venido realizando por la mejor orientación de la enseñanza los que aquí hemos mantenido por encima de todas las incomprensiones y dificultades materiales, el interés moral de la Escuela, en cuyas manos descansa la plasmación del alma de los pueblos y el porvenir de la Humanidad.*

* La noticia de la llegada de Pedro Henríquez Ureña, así como los discursos de Báez Soler, Mejía y Jiménez aparecen publicados en *La Opinión*, el 15 de diciembre de 1931. La noticia que trae la referencia del discurso de Pedro Henríquez Ureña está tomado del *Listín Diario*, 16 de diciembre de 1931.

El discurso del Dr. Henríquez Ureña

El Dr. Henríquez Ureña, que es un Humanista consagrado; que con su afán de conocimiento ha escrutado los más antiguos tesoros del pensamiento y de las viejas doctrinas filosóficas; hombre de disciplina mental, y un fervoroso de la educación pública, que desde su primera juventud profesó en Institutos y Universidades, lo mismo en los Centros Hispano Americanos, que en los nórdicos-sajones; que ha distribuido sus sabias enseñanzas desde las altas cátedras universitarias de todos estos pueblos, y que ha sido esclarecido por propios y extraños, por erudita cultura y por su profundo saber, se puso entonces en pie y habló en lenguaje sencillo, pero con la convincente expresión de los sabios maestros.

Dijo, que esperaba ser recibido con afecto, pero no como lo sorprendió la manifestación de que había sido objeto.

No sabía, hasta poco antes de desembarcar, que se le hubiera preparado tan gran recibimiento, por las circunstancias de que las cartas por las cuales se le anunció la recepción, parecen haberse cruzado con su viaje a Santo Domingo.

Habló de sus veinte años de ausencia de la patria querida, y de su recorrido por diversos países así como de la experiencia adquirida, a fuerza de ponerse en contacto con la vida, y en la solución de los problemas que comprende la vida de los países recorridos.

Como siempre dijo, puede ofrecer, sobre todo la capacidad de trabajo que ha orientado su vida dentro y fuera del país.

Dice que por su lectura de los periódicos ha obtenido gran revelación que durante los últimos meses, se ha iniciado en Santo Domingo un movimiento de grandes ansias

de cultura. Aludió a las palabras del Profesor R. Emilio Jiménez, Representante del Consejo Nacional de Educación, interpretando las necesidades de la Escuela Dominicana, y observando cómo en los países de mucha prosperidad, la Escuela se ha ido mecanizando, pero, que en cambio, donde hay ansias de cultura se realiza una gran labor en la Escuela. Aludió a la obra de Hostos, que encontró hace cuarenta años un grupo ansioso de trabajar en este país, y cuyo momento de fervor educacional opina que no puede repetirse fácilmente sin una alta calidad espiritual que presida la Escuela como entonces.

La obra de Hostos, anota, se hizo con la palabra y sin recursos, necesitándose ahora de la acción, del trabajo, de esa gran capacidad de trabajo y que ha ofrecido en bellas y elocuentes frases.

ANEXO VI

**LA ESCUELA DOMINICANA: SU PRESENTE Y SU PORVENIR
POR MANUEL E. SUNCAR**

La Escuela Dominicana: Su presente y su porvenir*

*Labor sui generis del honorable Sr. Presidente de la
República*

Por Manuel E. Suncar

Uno de los puntos en que con más laboriosidad y entusiasmo se ha detenido la clarividente visión gubernativa del Honorable Señor Presidente de la República, lo ha sido sin duda alguna, el presente y el porvenir de la Escuela Dominicana como base estable y definida de nuestra nacionalidad, sólidos cimientos del edificio agosto de la Patria y fuente vigorizante en que abreva rica savia el árbol secular de la ciudadanía, en perenne fraternización con las más espléndidas alturas del ideal a la vez que en honda mancomunidad con el propio corazón del terruño, pródigo y ubérrimo.

Y es que además del estadista, del militar de altura y del perfecto hombre de estado -como raras veces lo produce este presente de mediocridades y de asexualismo ridículos- en el Honorable, Sr. Presidente de la República convive el Director de Educación más característicamente delineado que hasta la fecha hemos tenido, en su alta calidad de auténtico conductor de pueblos hacia la meta de la felicidad individual y colectiva.

Pésele a quien le pesare, al intelectualismo retórico de los llamados pero no escogidos o viceversa; a ese *memorismo* y sin luz propia que cree más en el axioma, célebre por la firma que lo calza, que en las indespreciables regulaciones del ambiente como pautas naturales del espíritu de evolución

* Orlando Inoa, *Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo*, Santo Domingo, Ediciones Ferilibro, 2002, pp. 322-325.

de todo un conglomerado social, la vida de la Escuela Dominicana no puede ser la consecuencia híbrida de ajenas realidades sociales en altisonante cópula con ese mismo retoricismo tan distante de lo útil e inmediatamente práctico, como dentro de lo práctico y útil debe moverse la escuela luminosamente forjada al calor de las modernas concepciones pedagógicas.

En ver claro al largo de tan trascendentales perspectivas y en actuar de una manera certera: primero con la atinada iniciativa y después, con la oportuna acción hecha realidad estable ha estribado, precisamente, la visión educacional del actual Jefe del Ejecutivo Dominicano. Él ha sido, sin mezquinas discusiones, nuestro único Director de Educación desde el momento en que echó sobre sus hombros la ponderante responsabilidad de la Primera Magistratura del Estado; y es por eso por lo que, fuera de su sombra de gigante, nada se ha hecho que valga la pena, en tanto que a su amparo fortalecedor, todo se ha circunscrito a ejecutar sus atinados mandatos aún cuando, la mayor de las veces, de la manera más irresponsable.

Para dejar comprobado tan incontrovertible acento, no hay más que hurgar en nuestros archivos escolares y observar cómo, en decidido empeño de avanzar hacia la perfección de nuestras instituciones docentes, se ha venido perfilando la obra personal del Honorable Presidente Trujillo. Hagamos, pues, rápido recuento de los puntos capitales de tan hermosa obra; gracias a su devoción inquebrantable, unió estrechamente el predio agrícola con la empobrecida escuela rural, o mejor: hizo del predio la propia escuela como base de felicidad y fuente de riquezas de nuestro recio y olvidado hombre de campo; hizo de esta misma escuela el verdadero centro de la comunidad rural convirtiendo al maestro, mediante regeneradores soplos de valioso cooperativismo administrativo, en eficiente propagador de las Leyes del Estado, y convirtió, además, al alcalde pedáneo en asesorador eficiente del primero perenne sembrador

de alto civismo, colmó los surcos de la conciencia nacional con la simiente fecunda de su importante Cartilla Cívica en halagadora reacción al desconcepto reinante y con ella abrió amplias brechas enderezadas hacia una más sólida estructura del ciudadano de todos los tiempos, a mayor razón cuando la Enseñanza Cívica ya estaba relegada a un tercer lugar en nuestros lagunosos planes de enseñanza; por su iniciativa oficial se procedió a la total revisión de la Ley General de Estudio y llevó a efecto fundamentales modificaciones a la misma; ordenó por motu propio, la reorganización de la Escuela Normal superior de esta Ciudad, comprobado el franco declive de descrédito en que avanzaba en pos de su propio derrumbamiento, encargando al Intendente e Inspector Especial profesor Osvaldo Báez Soler, la hermosa obra que, felizmente realizada por éste, es hoy orgullo legítimo del Departamento; estableció la Instrucción militar en todos nuestros planteles como medio de crear hábitos disciplinarios y de regenerar el anémico espíritu de nuestra juventud actual, fatalmente entregada a un desvalorizado narcisismo sin precedente alguno; introdujo, por recomendación especial, la enseñanza de la Economía Política (elementos) en los cursos correspondientes a la Enseñanza Primaria Elemental y Primaria Superior con el fin de ir desde temprano, infiltrando en el espíritu del niño las sobrias virtudes que han de hacer del hombre adulto un agente de feliz equilibrio vital entre el cuadro de sus necesidades naturales y los recursos a su alcance para satisfacerlas; trazó en aras del mejoramiento material de nuestros centros educacionales, el plan de mayor magnitud e importancia hasta ahora concebido: la construcción de mil locales para escuelas rudimentarias rurales y aumento gradual de las mismas, a cargo del Partido Dominicano del cual es Jefe Supremo evolucionando así la plataforma de este y trazando nuevas orientaciones a todos nuestros futuros partidos políticos al convertir el suyo en agente institucional de bien para el país, independientemente de la labor que realicen desde las alturas del poder; y por último, acaba de consustanciarse con el medio de observar meticulosamente a través de nuestra naturaleza psicológica, de estudiar,

comparar y establecer, al cabo, la inaplazable necesidad de abolir nuestro actual sistema de escuelas mixtas, como excelente obra de profilaxis dado el estado de relajamiento moral de un gran sector de nuestra juventud, a causa de la promiscuidad de los dos sexos en el aula inadecuada. Respecto a esta discutida cuestión de suma trascendencia un distinguido colega de pluma acaba de decirnos la última palabra: “A mi juicio, -afirma éste en su artículo La Escuela Mixta etc.- la mente del niño es como una flor lista a recibir el polen que le viene de las personas que le rodean. De este modo, la confusión de varones y hembras en las aulas, tiende a producir una saturación mental de los elementos diferenciales de los sexos, en la cual cada uno pierde algo de sus caracteres esenciales y adquiere modalidades distintas de las que corresponden a su propio tipo”.

Ahora bien, ganados tan importantes jalones en el camino evolutivo de nuestra Enseñanza, ¿ondeará, al fin, a los cuatro vientos de nuestras instituciones educacionales y al par que nuestro pabellón cruzado, la bandera de la perfectibilidad y de la personalización definitiva de nuestros planteles docentes edificados sobre el plan de una escuela verdaderamente dominicana?

Nuestra presunciónes del todo afirmativa dada la creadora visión del hombre que ha sabido colocarla en primer término bajo los protectores auspiciados de su voluntad suprema, y quien realizada gran parte de su importantísimo programa eminentemente patriótico, acaba de recordarnos, al recio golpe de sus certeras ejecutorias del momento, muy atinadas palabras de su discurso del 23 de enero del año próximo pasado, al expresarnos cómo había observado —de seguro que a través de las elucubraciones mentales de nuestros reformistas de vanguardia—, cierto empeño de querer aplicar a nuestro medio procedimientos de naciones más adelantadas que la nuestra y que los adoptaron mediante un proceso lento de desarrollo integral.

ANEXO VII
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y SU PATRIA
LA REPÚBLICA DOMINICANA
POR PERICLES FRANCO ORNES

Pedro Henríquez Ureña y su patria la República Dominicana*

Por Pericles Franco Ornes

El sábado 11 de mayo en la tarde, cuando se dirigía a la ciudad de La Plata para dictar su acostumbrada clase de la Universidad, falleció repentinamente en el tren mi gran amigo y compatriota doctor Pedro Henríquez Ureña.

La prensa argentina ha expresado el sentimiento unánime que en este país y en todo el Continente produce la desaparición del ilustre humanista dominicano. Se ha recordado su vasto saber, su atractiva personalidad y sencillez. Todos han manifestado profundo pesar por la inesperada muerte del infatigable investigador, maestro admirado y amigo entrañablemente querido, quien abandona así una labor que todos aplaudían.

Sin embargo, nadie parece tener conocimiento de que don Pedro Henríquez Ureña, al mismo tiempo que sabio literato y profundo ensayista, era también un demócrata apasionado que sentía con visión certera la marcha del movimiento social contemporáneo y, a su manera, militaba en él. Nadie ha recordado que el maestro de América fue también un patriota sincero, dispuesto a la batalla en defensa de su Patria y de su pueblo.

Para dar a conocer este importante aspecto de su personalidad, voy a referir textualmente nuestra última conversación, la única que desgraciadamente sostuvimos en este país.

* Orlando Inoa, *Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo*, Santo Domingo, Ediciones Ferilibro, 2002, pp. 421-427.

Fui a verlo el miércoles pasado (8 de mayo) al Colegio Nacional de La Plata, donde era profesor. Me recibió con un fuerte abrazo, pues nuestra amistad se remontaba muchos años, y había crecido a través de la correspondencia. Salimos a pasear por El Bosque, entre los magníficos árboles que adornan el hermoso y apacible rincón de esta ciudad.

Le pregunté por su obra, por sus trabajos literarios.

-He publicado poco, me dijo. Mi trabajo en la Editorial y en la Universidad no me permite realizar antiguos proyectos... Pues en los años de vida que me quedan, y yo creo que serán muchos, tendré oportunidad de llevarlos a cabo...

Continuamos hablando de otros temas. Al divisar el monumento a Mitres se dirigió a él:

-¿Qué monumento es ese? Hace tiempo que yo no venía por aquí.

Mientras nos aproximábamos a examinarlo, yo charlaba abundantemente sobre toda clase de asuntos ajenos a mi preocupación fundamental. Don Pedro, sin embargo, no tardó en decirme:

-Ud. quiere hablarme sobre Santo Domingo...

-Sí, repuse. Y comencé a explicarle con vehemencia: La actual situación política de nuestro país es diferente a la que yo mismo expuse en el folleto "La Tragedia Dominicana". En aquellas páginas describí el panorama político que el país presentaba en julio del año pasado, cuando logré burlar la persecución policial y asilarme en la Legación Colombiana. Allí puse de manifiesto la terrible condición de esclavitud política y económica que sufre nuestro pueblo, sometido a la doble opresión del imperialismo norteamericano y a la de su instrumento, la dictadura trujillista. Esclavitud, hambre, miseria y muerte para el pueblo dominicano bajo el dominio criminal de un dictador implacable, megalómano, insaciable e inmoral,

que ha conducido a la paulatina formación de un régimen fascista subordinado al imperialismo norteamericano”. Por aquel entonces apenas podía señalar los comienzos de la lucha popular y organizada contra la tiranía.

Pero ahora la situación es distinta, don Pedro. Gracias a las nuevas condiciones internacionales de ascenso del movimiento de liberación nacional y popular en todos los países, y gracias también a la magnífica labor desarrollada por las organizaciones democráticas clandestinas, hoy presenciamos en nuestra Patria un creciente movimiento democrático de masas, apoyado fundamentalmente en la clase obrera y su sector más combativo, los trabajadores del azúcar, un movimiento que constituye la fuerza principal y la mejor garantía para nuestra pronta victoria sobre el trujillo-fascismo.

¿Cómo ayudar para que ese naciente movimiento se desarrolle hasta adquirir una potencia capaz de abatir la dictadura? A mi juicio, esa es la tarea de los dominicanos en el exilio, de todos los dominicanos.

En ese momento, sintiéndose naturalmente aludido, preguntó don Pedro:

-¿Y en qué forma podemos realizar esa labor?

-Ante todo, incorporándose activamente a la lucha contra Trujillo, participando en la urgente tarea de unificar la oposición dominicana en el exilio. Ud. don Pedro, puede constituir un valiosísimo aporte para la solución de este problema: personalmente creo que a su alrededor podría lograrse la unidad de todos los desterrados dominicanos, sobre la base de un programa único, que recoja las aspiraciones más sentidas de nuestro pueblo y a cuya realización se comprometan todos los partidos y sectores antitrujillistas...

-Pero yo creo, me interrumpió, que mi nombre no ayudaría a forjar esa unidad...

-Comprendo a qué se refiere Ud. He sabido que a algunos líderes dominicanos en el exilio se les acusa de albergar ambiciones personalistas y de que sólo persiguen alcanzar la presidencia de nuestro país, etc. Si eso es cierto y constituye un problema importante, su ingreso a las filas de nuestro movimiento amenazaría las aspiraciones de esa gente...

-Por eso yo lucharía con todos como uno de tantos, pero sin pretender encabezar el movimiento.

-Está bien, don Pedro. Así sería. Pero no hagamos concesiones a los canallas que piensan hacer de nuestra lucha un negocio personal. Si este problema del personalismo es realmente serio, si el juego de las ambiciones espurias y las rivalidades mezquinas entorpecen nuestra lucha contra el enemigo, yo sostengo que debe hacerse la unidad antitrujillista aunque sea preciso expulsar a los aventureros. Necesitamos la unidad de los antitrujillistas verdaderos, de los que realmente demuestren estar interesados en la derrota del trujillismo y la instauración de un régimen democrático en nuestra patria.

-Pero me desalienta saber que los exilados están divididos. Yo creía que se habían unificado en la lucha contra Trujillo.

-Están unidos en el interior del país, donde todos trabajan bajo la dirección del Frente Democrático de Liberación Nacional. Ahora es necesario sumar a esa unidad la de los que combaten en el exterior. Tenemos que elevar, don Pedro, el prestigio y la autoridad de la oposición en el exilio congregando a todos los dominicanos anti-trujillistas alrededor de un programa de reivindicaciones políticas y económicas, la primera de las cuales es el aplastamiento de la dictadura trujillo-fascista.

-Otro aspecto, me dijo entonces, que Ud. parece sobreestimar, es el relacionado con mi capacidad política y los méritos que yo tengo para asumir alguna responsabilidad en el movimiento.

-Yo no he venido, don Pedro, a ofrecerle ningún liderato. No he venido tampoco a proclamarlo candidato a la presidencia de nuestra república. No son ni serán dirigentes de nuestro pueblo los que a sí mismos se confieran ese título. Para dirigir nuestro movimiento es necesario dar pruebas de adhesión a nuestra causa democrática, luchar abnegada y consecuentemente contra Trujillo y ganarse la confianza de nuestro pueblo. He venido a invitarlo a emprender ese camino, a ingresar a nuestro movimiento y luchar desde hoy mismo y durante todo el tiempo necesario contra la dictadura y por la solución de los más apremiantes problemas de nuestro país.

Esta invitación es ahora puramente personal. Aunque yo pertenezco al P. D. R. D., al partido de la clase obrera dominicana, en estos instantes le hablo por mi propia cuenta. Sin embargo, quiero ganarme su confianza para que Ud. responda de inmediato a mi llamamiento, para que Ud. acuda a nuestro frente de batalla en el momento oportuno, cuando yo le escriba en ese sentido desde Venezuela, Cuba, o donde me encuentre.

-Pues, Ud. tiene esa confianza, afirmó en seguida don Pedro. Lo que me desalienta es esa dispersión de los exilados. También tengo otros problemas por resolver, como es el de mi familia. ¿Cómo abandono mi trabajo y me voy con la familia a emprender una lucha que puede durar muchos meses o muchos años? Ya sé que para Ud. esos problemas no son fundamentales...

Y así entró nuestra conversación en un terreno difícil. Pero pensaba con enorme alegría en la gran conquista que había hecho al ganarme la confianza de don Pedro, en su decidido propósito de entregarse eventualmente a la lucha

por la recuperación de la libertad de nuestro pueblo. “Todas estas inconveniencias, me decía a mí mismo, encontrarán fácil solución”.

Efectivamente, las dificultades y reservas desaparecieron cuando dije:

-La lucha política en la República Dominicana ha dejado de ser un pleito entre grupos de igual naturaleza social y económica. Ya no se trata de qué persona, qué agente imperialista, qué latifundista, militar o cacique ocupará la presidencia de nuestro país en beneficio de los explotadores. No, don Pedro. La lucha está planteada ahora entre el imperialismo norteamericano y sus instrumentos criollos como Trujillo, por una parte, y el pueblo, la clase trabajadora y los campesinos dirigidos por su Partido el P. D. R. D., por la otra. Ahora la lucha es radicalmente distinta, ya que los comunistas dominicanos han logrado hacer el P. D. R. D. un partido ligado a las masas obreras y capaz de dirigir la batalla contra el trujillo-fascismo.

Fue entonces cuando don Pedro exclamó:

-Todas mis vacilaciones y reservas desaparecen ante su afirmación de que el P. D. R. D. es el partido Comunista Dominicano. El partido Comunista es un partido organizado, disciplinado, ajeno por completo a toda cuestión personal y egoísta.

Estallé de alegría:

-No existe entonces ninguna distancia entre nosotros, don Pedro. Y no podía Ud. haberme hecho una declaración más positiva y que me produjera más honda satisfacción.

Nuestra conversación cobró entonces un ritmo vibrante y entusiasta. Hablamos animadamente hasta el instante en que don Pedro tomó el tren, ya en marcha, para regresar a Buenos Aires. Al día siguiente, jueves, me llamó por teléfono para invitarme a pasar el domingo con él.

Pero no volvería a verlo. La más inoportuna muerte vino a

interrumpir esa vida preciosa. Todos lloran hoy al maestro, al literato y al humanista.

He escrito estas líneas para decir a mi pueblo, a mis compañeros de lucha, y a todo el mundo, que la República Dominicana acaba de perder a uno de sus más valiosos soldados, a un gran demócrata, a un auténtico patriota y a un firme antitrujillista, en los precisos momentos en que se disponía a entrar en batalla.

Ha sido una gran pérdida para la causa de nuestra libertad y nuestra democracia.

Ha sido un rudo golpe contra el porvenir de nuestra Patria, la República Dominicana.

La Plata, 12 de mayo de 1946.

Orientación (Bs. Aires - Argentina)
15 de mayo de 1946.

Esta edición de *El habla de los historiadores y otros ensayos*, de Andrés L. Mateo, consta de 1,000 ejemplares y se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2010 en los talleres de Editora Búho, con motivo del 45° aniversario de la Universidad APEC, UNAPEC, en Santo Domingo, República Dominicana.

